

Inmortia: la legión de acero (Serie Voces de Deonnah)

Jessica Galera Andreu



Capítulo 1

1. La frontera

Millas y más millas de nieve que azotaban su ánimo sin piedad. El blanco había conquistado cada rincón de aquel bosque gélido y sobre su cabeza, el gris de un cielo de acero amenazaba con más.

Seigon suspiró, hastiado y la nubecilla de vaho le envolvió el rostro. Movi6 los dedos en torno a la empuñadura de la daga que mantenía sujeta y trató de desentumecerlos. El frío no concedía tregua alguna ni siquiera en las más cálidas estaciones de Lungeon, si es que algún período allí podía considerarse cálido.

La nivea alfombra solía servir para facilitar el hallazgo de cualquier rastro, pero en aquella extenuante jornada no había hecho sino todo lo contrario: cubrir, borrar, eliminar. Ni siquiera para él, un soldado entrenado y experimentado bajo las más duras condiciones invernales, aquello estaba resultando fácil.

Barrió el bosque con la mirada y atisbó lo que llevaba toda la mañana viendo: árboles desnudos de retorcidas ramas, montañas difuminadas por la neblina creciente y nada. De lo que buscaban no habían encontrado absolutamente nada. Se tragó un sinfín de maldiciones y trató de no morderse la lengua por miedo a envenenarse con aquel nombre que le quemaba. Prefirió escupir.

Fyorn se acercó con la espada echada sobre el hombro, como si fuese un leñador con su hacha, pero su llegada no atrajo la atención de Seigon, inmerso en sus propios pensamientos.

—No hay rastro alguno —se lamentó Fyorn—. Esa zorra se ha esfumado.

—No puede haberse esfumado —respondió Seigon, incorporándose—. Pero ha debido de nevar durante toda la noche; la capa es muy gruesa. Las huellas habrían desaparecido.

—Las huellas sí, pero la sangre, no. Las bestias de este lugar no dejan títere con cabeza ni órgano dentro del cuerpo. Las cacerías duran toda la noche y ella no podía convocar magia; por más que hubiera nevado, deberíamos encontrar las entrañas de esa perra por ahí.

—Hay que volver —sugirió Seigon tras un largo silencio—. Esto es

demencial.

Fyorn negó, mientras sonreía.

—El viejo nos matará si volvemos con las manos vacías.

—Te mataría si se enterase del modo en que te refieres a él. Es el Albor.

Volvió a escupir, aunque esta vez lo hizo en su imaginación por no hacer evidente su sentir.

—A decir verdad, no lo es —replicó Fyorn—. Lungeon está sin Albor desde la muerte de Sarkan. Nadie nos gobierna desde entonces.

—Eso díselo a él. Tienes mucho que aprender si crees que no hay algo deliberado en el hecho de que el trono no tenga un culo sentado sobre él a pesar de que Sarkan tuviera un hijo. Un hijo que de pronto parece mudo, sordo, ciego...

—Idiota... —añadió Fyorn.

—O muy listo.

El joven le dedicó una larga mirada. Ciertamente, nadie osaba cuestionar una orden de Íveron, el más veterano comandante de la legión, convertido en Albor o rey de un tiempo hasta entonces. Nadie osaba cuestionar ni una mísera palabra que saliera de sus labios.

—Vamos, Fyorn. Llevamos todo el día buscando en este lugar maldito y no hay rastro de esa bruja. Lo más probable es que se haya internado en Achas. ¿Por qué iba a ser tan estúpida como para quedarse en estas tierras? Sabe perfectamente que aquí, la cabeza de las brujas tiene precio, mientras que en las tierras oscuras todo vale.

—Pero ha llegado hasta el Bastión. Algo quería y hay que hacerle pagar su afrenta. Es una osadía.

Seigon caminó hasta su caballo, que aguardaba unos pocos metros más allá, junto al del propio Fyorn.

—En ese caso, el Albor deberá confiar en que el bosque y sus criaturas se hayan encargado de ella. Y si no, seguiremos esperando. La guerra con ellas es solo cuestión de tiempo.

—No podemos irnos —insistió Fyorn.

Seigon sonrió.

—Tus ansias por agradecerle son tan comprensibles como absurdas, muchacho.

—No trato de agradecerle —respondió Fyorn, molesto—. Solo quiero cumplir con aquello para lo que hemos sido entrenados: obediencia ciega, actuar sin cuestionar. La inmortalidad del alma a través de nuestros actos, ¿te acuerdas?

Seigon hizo más amplia su sonrisa.

—¿Qué te hace pensar que lo he olvidado?

—¿Que eres demasiado viejo?

El hombre espetó una carcajada, mientras espoleaba a su caballo.

—Recuerdo perfectamente los lemas de la Inmortia, Fyorn. Y me congratula saber que tú también. Ahora solo te falta tiempo y experiencia suficientes como para aplicarlos con inteligencia.

Fyorn volvió a negar con la cabeza mientras se acercaba a su caballo.

—Volver sin cumplir una orden del... Albor no me parece muy inteligente.

Un grito agudo los alertó cuando Fyorn ni siquiera había llegado a montar sobre su corcel. Una espesa columna de humo se retorció al otro lado del pequeño claro en el que se habían detenido y pronto, llegó hasta allí un olor tan extraño como reconocible un hechizo o conjuro.

—Es ella —murmuró Fyorn, montando, ya sí, sobre su caballo.

—¡Vamos! —lo apremió Seigon.

De inmediato se internaron en la espesura dando inicio a una apremiante persecución. Habían llegado a perder la esperanza de encontrar a la bruja que días atrás había osado internarse en las Tierras del Acero, como todo el mundo conocía a Lungeon, pues allí, la espada era la única respuesta, la única solución, el único recurso.

La roja cabellera de la bruja contrastaba con el blanco manto de la nieve y pronto se convirtió en un punto de atención fácil de seguir para Seigon y Fyorn, que sacudían con fuerza las riendas de sus respectivos caballos con el fin de no perderla de vista.

—¡Vamos a abrirnos! —gritó Seigon—. Hay que cortarle el paso. Pero no

te metas en Achas. Si se interna allí, se acabó la persecución, ¿me oyes?

Fyorn agitó las riendas con furia, mientras obedecía a Seigon, cuya voz escuchó convertida en grito de nuevo.

—¡Fyorn!

—Ya te he oído —bramó él.

—¡No quiero jodidas temeridades!

Fyorn ya no dijo nada, pero obedeció de inmediato y los dos caballos se separaron. El avance se tornaba cada vez más fatigoso, habida cuenta de la espesa vegetación que poblaba la selva de Limta, un lugar que Fyorn detestaba. Sin embargo, para la bruja aquello parecía mucho más sencillo; debía serlo. Era su hogar. Las tierras oscuras. Las tierras de nadie. Una vasta extensión poblada de rebeldes y proscritos que habían quebrantado los códigos de la magia y se refugiaban allí, lejos de aquellos que podían ajusticiarlos.

Iba descalza sobre la nieve, pero avanzaba con agilidad y destreza entre los árboles, como una sombra capaz de volatilizarse y convertirse en aire, una exhalación, un suspiro.

Harto de ver prolongada una persecución que se le haría eterna, Fyorn extrajo su arco y aun con la complejidad añadida de ir montado sobre su caballo y en movimiento, tomó también una flecha del carcaj que llevaba en las alforjas de su montura. Siempre había gozado de una gran puntería, destacando de forma sobresaliente en la legión de Inmortia y de aquello trataría de hacer buen uso para ganarse, por fin, el elogio del comandante. Sin embargo, no hizo falta que llegase a soltar la flecha una vez tensada sobre la cuerda del arco, pues la bruja se detuvo sin más y se volvió, aparentemente exhausta.

Fyorn bajó el arco y se mantuvo sobre su caballo, mirándola. El cabello rojizo que le caía sobre el rostro le confería un aire salvaje y conflictivo, una mezcla letal con sus ojos verdes y profundos; con sus labios carnosos y sus mejillas sonrosadas, con la curva de su cuello y su generoso escote. ¿Cómo podía alguien así ser una bruja? Se sacudió la cabeza y desterró esos pensamientos: claro que alguien así podía una bruja o una visión más bien para poder aprovecharse de incautos como él que, en determinados momentos bajaban la guardia para embelesarse con un rostro tan bonito como letal. Tan apetecible como falso. Las había tenido delante demasiadas veces como para no conocer ya la auténtica apariencia de aquellas mujeres, que poco tenían de humanas y más, probablemente de seres salidos desde los abismos de Finnis, el fin del

mundo conocido en Deonnah.

—Postura inteligente —le dijo—. Entrégate y acabemos con esto.

—Cógeme tú —lo desafió ella.

Fyorn escrutó el entorno, tratando de dar con la presencia de Seigon, pero del hombre no había rastro por allí.

—¿Crees que soy idiota?

—Bueno, eres ámago y joven. Una buena combinación para ser idiota.

Fyorn sonrió. Lo último que le faltaba era que una bruja se burlase de él aquella mañana por no controlar la magia y por su corta edad.

Cazó el gesto cuando la mujer se llevó la mano al muslo comprobó que sangraba, una sangre fresca y húmeda. La bruja empezó a caminar, mucho más despacio y renqueante.

—Detente —le ordenó Fyorn.

Pero ella hizo caso omiso y continuó dándole la espalda, mientras él bajaba del caballo.

—He dicho que te detengas —repitió.

Lo ignoró de nuevo y avanzó despacio, mientras sus labios murmuraban algún tipo de letanía, un conjuro, seguramente, que detuviese aquella hemorragia y la ayudase a huir.

Fyorn suspiró y volvió a tensar el arco.

—Tú lo has querido, zorra.

La bruja se detuvo y se volvió, mirándolo. La tenía a tiro, sería probablemente el objetivo más fácil de su vida. A apenas unos pocos metros, desarmada, debilitada, herida y en absoluto dispuesta a evitar lo inevitable.

La imagen de su padre surcó fugazmente su cabeza, mientras mantenía un ojo cerrado, el pulso firme y la flecha tensada: «¿Qué clase de gloria puede existir en dar muerte así?». La del general se colocó en el otro plato de su particular balanza: «No busques honor en las formas, sino en los actos. Estos son los que se recuerdan».

Fyorn bajó el arco momentáneamente y esa vacilación fue oro para ella, que arrancó a correr con toda la determinación que le daba el ultimátum:

el dolor o la vida. Fyorn había alzado el arco de nuevo. Tres segundos de vacilación y ella seguía alejándose. Pero aún la tenía a tiro. Cinco segundos sopeando pros y contras, forma y fondo. Y seguía teniéndola a tiro. Siete segundos, un resoplido y más tensión el arco. La había perdido.

—Mierda —masculló para sí.

La rabia le pudo y arrancó a correr tras de ella. De pronto parecía evidente que el dolor en la pierna de la bruja había desaparecido, si es que había existido alguna vez, y de nuevo, su cuerpo menudo se tornó ágil y escurridizo entre los árboles y la maleza. Pero Fyorn no se rendiría tan fácilmente. Formaba parte de la Inmortia, la legión más temida y temible de Deonah, no solo para sus enemigos, sino también para sus propios miembros. Él era el más joven de ellos; nunca nadie había logrado sobrevivir a las exigencias de su ingreso con tan solo dieciséis años. Nadie salvo él. Ahora, un bosque demasiado poblado, un frío crudo y por supuesto, una condenada bruja no resultarían impedimento suficiente para cumplir con la misión encomendada.

A medida que el frío decrecía, Fyorn fue consciente de que se había internado en Achas, pero la tenía tan cerca que cejar en ese momento hubiera sido un error, a pesar de las órdenes claras de Seigon, que eran las mismas que siempre había recibido. Los oscuros bosques de Achas daban cobijo a hechiceros proscritos, maleantes, traidores y todo tipo de escoria mágica. También a la Dríada, un ejército de mujeres en permanente tensión con Lungeon y más concretamente con la Inmortia. La guerra entre unos y otras sería cuestión de tiempo, pero Íveron no había querido dar ningún paso en falso hasta que esta estallase. Internarse allí les concedería la excusa perfecta a aquellas mujeres, que se habían erigido en defensoras de la peor calaña de Deonah.

Así se lo repetía a él mismo una y otra vez, pero estaba tan cerca... Su padre no hubiera podido cuestionar los métodos en aquella persecución, de igual a igual, de esfuerzo a esfuerzo. Y si la cazaba, el Albor tampoco podría alegar nada. Estaba a punto de darle alcance y solo necesitaba un empujón más.

Recordar los insultos que el viejo solía escupirle lo espoleaban en su mente, arañando su orgullo y a la postre eso resultó definitivo para concluir con éxito su empresa. Saltó tanto como pudo y agarró las vestimentas de la bruja, que cayó al suelo, junto a él. Se revolvió, en absoluto dispuesta a ponerle las cosas fáciles. Forcejearon y llegó a arañarle en la cara. Él la cogió del cuello y ella le golpeó en el mentón, exhausta y ya sin apenas fuerza.

Enfurecido, Fyorn la asió del pelo, alzándola y la puso de espaldas a él. Ella se removió, propinándole un fuerte cabezazo en la nariz, que crujió y

derramó en el chasquido una significativa cantidad de sangre. Pero no había tiempo para maldecir ni lamentar. Fyorn sabía que si no se lo impedía, la bruja haría uso de su poder y aquellos golpes quedarían reducidos a una nimiedad, de modo que se deshizo de la gruesa capa que había llevado puesta y se la echó por la cabeza, obligándola a arrodillarse de nuevo para inmovilizarla. Según contaban las crónicas ancestrales, la magia de una bruja podía quedar neutralizada si se les cubría la cabeza con cualquier cosa que evitase que su fuente de poder y su mente pudieran comunicarse. De ahí que decapitarlas solía ser la mejor opción, pero la inesperada persecución había dejado a Fyorn desarmado. Reparó en ello en ese momento y se tragó una maldición para sí mismo.

La respiración de la mujer chocaba contra la gruesa tela, mientras que la suya propia no fluía mejor. A buen seguro tenía la nariz rota y le costaba un mundo hacer entrar aire a sus pulmones por más que lo necesitase.

Sujetó las manos de ella con fuerza y la obligó a caminar, mientras aseguraba el nudo de la capa que le envolvía la cabeza.

—Se acabó —masculló entre dientes—. Vas a arrepentirte toda tu vida de esto.

El galopar de un caballo los hizo detenerse, pero el joven respiró, aliviado, al comprobar que se trataba de Seigon.

—Te dije que no te internases aquí —le espetó con dureza.

—La tenía, Seigon. La tengo.

—Las órdenes son claras. Serás castigado.

—Lo asumiré entonces, pero estaba demasiado cerca; está herida, así que sabía que no me iba a costar.

—Qué honorable... —murmuró la bruja con la voz amortiguada bajo la capa.

—Cierra la boca —le ordenó Fyorn, sacudiéndola.

Seigon bajó del caballo y desenredó un cabo de cuerda que llevaba en las alforjas del animal.

—Las órdenes son claras, chico —masculló de nuevo—. En cuanto regresemos al Bastión, informaré al Albor.

Mientras Fyorn sujetaba a la bruja, Seigon la maniató y la empujó sobre el suelo para ligar también sus pies e impedir una posible huida. El color del cabello de la joven indicaba que se trataba de una ignis, una bruja de

fuego y la única manera de acabar con su vida era prenderla en llamas. No sucedía lo mismo con las capsias, que exigían ser decapitadas para morir.

Agarró a la mujer y la empujó, llevándola a trancas y barrancas hasta su caballo y regresar cuanto antes a Lungeon.

Seigon colocó su pie sobre la espuela del caballo, ajustó bien el peso sobre la silla y extendió los brazos. Fyorn agarró el cuerpo menudo de la bruja para que Seigon lo agarrase.

—Tú vuelve como llegaste hasta aquí —le escupió con desdén—, andando y desarmado.

Negó con la cabeza y Fyorn se sintió como un niño idiota. No había coleccionado, precisamente, pocos méritos en la Inmortia, pero tal y como su padre solía decirle, era capaz de lo mejor y de lo peor.

Seigon sujetó las riendas de su caballo, pero no llegó a sacudirlas cuando se dio cuenta de que estaban rodeados. Al menos una docena de hombres y mujeres los observaba con gesto impasible. Sus cabellos eran una amalgama de colores que contrastaban con el níveo imperante. Sus pieles aceradas se mostraban pese al frío en brazos y entre los escasos ropajes que cubrían sus cuerpos. Muchos de sus rasgos se hacían llamativos, pero Fyorn solo podía fijarse en el brillo de sus espadas y dagas, de sus arcos y lanzas. De sus hachas. Y de nuevo maldijo su impulsividad al entrar en aquel sitio.

Percibió la tensión en el cuello y la mandíbula de Seigon. Y no era fácil despertar aquel sentir, pero la situación de inferioridad era clamorosa.

—Esta mujer cruzó la frontera—. La voz de su compañero arrastró un eco agónico que se perdió en las cumbres lejanas. Sonaba alta y segura, pero si no servía para aplacar las iras de aquellos brujos y brujas, tampoco lo haría como llamada de auxilio—. Las leyes en Tierras de Acero son claras. Respetadlas y seréis respetados. Quebrantadlas y seréis castigados.

—Ahora no estamos en Lungeon —respondió uno de aquellos hombres. Era alto y aunque recogía su pelo en una coleta, los mechones le danzaban en un rostro largo y delgado.

Fyorn lo escrutó. Un capsia. Su tono de piel era más oscuro y su cabello, de un negro ceniciento y apagado. Sus ojos parecían prendidos en un fuego gélido.

El silbido del viento fue una sinfonía rígida. La única respuesta.

En mitad de aquel páramo carente de vida, con el cielo plomizo como único testigo, las espadas se alzaron. Una mujer de cabello rubio gritó y aquello fue una señal. Seigon empujó a la bruja, haciéndola caer del caballo y después le lanzó una espada a Fyorn, que el muchacho recogió al vuelo.

Cruzó la hoja frente a su pecho para detener la descarga de la mujer rubia, que lo miraba enseñando los dientes, con expresión feroz. Trastabilló, empujado por la fuerza de aquel golpe, pero se recompuso rápidamente y alzó la espada en un vuelo veloz para caer sobre ella.

La mujer seguía gritando en lo que parecía un modo de poner a prueba los nervios de Fyorn. No lograría crisparlos. Para él, la pelea era un ritual, un baile, un don que le permitía casi leer los movimientos que su adversario ejecutaría y anticiparse a ellos con el gesto adecuado, aun en condiciones de inferioridad como las que se le exponían aquella mañana. Dos pasos atrás para evitar la hoja bajando con ímpetu. Media vuelta para cruzar su acero con un ataque traicionero a su espalda. Dos pasos más atrás para no quedar atrapado entre dos adversarios. Medio giro y un brazo extendido atravesando el corazón del hombre del pelo ceniciento.

Notaba las heridas abriéndole trazos en el cuerpo. Pero no era dolor lo que sentía, sino la satisfacción de conocer la posición del rival. Cada corte, cada golpe le proporcionaba una información vital.

Acompasaba la respiración para adaptarla a aquella lucha que había convertido en arte. El sudor perlaba su piel, refrescándolo.

Se apartó, resollando y buscando una tregua. En su haber contabilizaba seis víctimas: cuatro hombres y dos mujeres. Buscó a Seigon con la mirada y añadió otros tres más a la lista: dos mujeres y un hombre. Nueve en total de los diez que habían salido a su encuentro.

Observó el combate en el que su compañero se hallaba inmerso con una inquietud que le soplabla la nuca, advirtiéndole. Y entonces se volvió. No llegó a alzar la espada a tiempo para detener el golpe y la empuñadura del arma enemiga le abrió una brecha considerable sobre el ojo. La sangre le cegaba y se movió por instinto. Había olvidado a la mujer de pelo rojo a la que había perseguido, la que lo había llevado hasta allí. Rojo sobre rojo, sangre sobre sangre.

Su espada rugió en el aire buscando un objetivo borroso y manchado de un líquido escarlata. La hoja gimió y supo que la había rozado. Dio un paso al frente, embistiendo, cegado prácticamente, pero sin perder seguridad en sus movimientos. Extendió el brazo y llegó a agarrarla. Ella trató de zafarse y le golpeó en el abdomen con la rodilla. Fyorn no pudo gritar pese a intentarlo y la hizo girar, sosteniéndola aún del brazo. Oyó un crujido y un quejido, un sollozo y ella cayó de rodillas. Alzó la mirada al

cielo y su hoja se deslizó sobre el cuello de la bruja, rubricando aquella melodía macabra con un gorgoteo ahogado. Después, un golpe sordo sobre la nieve.

Cuando se giró, Seigon se mantenía de espaldas a él y su oponente se derrumbaba hacia el lado.

Fyorn apenas podía hablar, pero se acercó, arrastrando las botas sobre la nieve manchada de sangre y se detuvo al comprobar que las manos de su compañero sostenían aún más tratando de taponar la herida de su abdomen. Los ojos de ambos llegaron a encontrarse y de la boca de Seigon manaba más sangre. Cayó de rodillas y su rostro se hundió en la nieve.

Tres segundos de vacilación y Seigon podría no contarle, si es que acaso seguía con vida. Cinco segundos y era improbable que lo hiciera. Siete segundos y la vergüenza fue más fuerte que él. Cargó con el cuerpo del hombre y lo montó sobre el caballo para retomar el regreso a Lungeon.

Capítulo 2

2. Proditor: el ritual de los traidores

Fyorn efectuaba paseos nerviosos por la enorme estancia. Estaba más que acostumbrado al frío del Bastión, una enorme construcción de sólida roca que albergaba resguardo para todos los miembros de la Inmortia que vivían allí, así como para sus mujeres e hijos. Fuera de sus laberínticos muros de roca solo las sencillas casas de los aldeanos quedaban más allá de su cobijo.

Aquella mañana, sin embargo, el frío le calaba a Fyorn hasta lo más profundo del alma. Seigon había llegado con vida y los sanadores se habían hecho cargo de él, pero de eso hacía ya más de una hora y nadie había vuelto a informarle de su estado.

Se detuvo frente a uno de los pequeños ventanales que picoteaban la pared y observó un cielo plumizo y amenazante. La nieve pronto volvería a hacer acto de presencia. Suspiró, mientras se frotaba las manos y se cuadró cuando lo vio aparecer. El Albor, como todos lo llamaban, no tomaba ya parte activa en las batallas de la Inmortia, debido a su avanzada edad, pero al margen de eso, todo en él resultaba imponente aún. Él seguía siendo aquel que ordenaba y decidía, pues su liderazgo al frente de aquel batallón había sido el más glorioso que recordaban. Su opinión seguía valiendo su peso en oro. Tanto que ni siquiera el hijo del difunto rey Sarkan se había atrevido a reclamar un gobierno que Íveron ostentaba pese a no ocupar el trono.

El hombre avanzó despacio con el rostro tatuado en una expresión de serena ira. Sus cabellos plateados caracoleaban sobre sus hombros, y una espesa barba cana circundaba unos labios finos y apretados. Había perdido un ojo en su juventud y cojeaba ligeramente, pero su presencia prendía una inquietud en Fyorn de la que, estaba seguro, nunca lograría desprenderse. A su lado caminaba Einar, hijo legítimo del rey Sarkan y heredero al trono de Lungeon. Era algo mayor que Fyorn, de cabello claro y ojos grises. Ancho de hombros y una mirada tan fría que podría congelar los bloques de hielo que se creaban en el mar de Spéculos. Fyorn pensaba que aquel joven lo tenía todo para reclamar el trono, excepto la insensatez de desafiar a Íveron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó este con voz grave y profunda.

—Buscábamos a la bruja, mi señor —respondió Fyorn, tratando de concederle una firmeza a su voz que distaba mucho de sentir. Aquel hombre lo había llevado hasta los más infernales castigos sufridos y

aunque se detestase a sí mismo por comportarse como un crío asustado ante él, no podía evitarlo—. Parecía que se hubiera esfumado, pero de pronto apareció y la perseguimos. Se internó en Achas.

—¿Y vosotros?

—La seguí y cuando me di cuenta estaba en tierras oscuras. Pude haber reulado, apenas había cruzado la frontera, pero la tenía a mi alcance y... me adentré. Nos rodearon. Seigon llegó hasta allí y peleamos. Acabamos con todos.

El hombre se acercó unos pocos pasos más. Nada en su expresión dejaba patente si le estaba gustando lo que escuchaba o no.

—¿A cuántos mataste tú?

—Siete, mi señor.

El corazón iba a salirse por la boca.

—¿Y Seigon?

Cuatro.

—Siete a cuatro...

El bofetón asestado fue tal que Fyorn creyó que alguna parte de su cuerpo debía haberse desprendido. Temblando y sangrando a partes iguales, se puso en pie de inmediato y volvió a cuadrarse.

—Llevamos meses preparando la guerra contra esas putas. Y tú lo precipitas todo por colgarte la medalla con una de ellas. O con siete. Conoces las órdenes sacras de sobra y aun así haces lo que te viene en gana. Son tres, no es tan difícil.

—No creo que fuesen...

—Repítelas.

El Albor volvió a golpearle cuando Fyorn guardó silencio y mientras apretaba los puños, conteniendo la ira, respondió:

—En territorio amigo, no se derrama sangre; en territorio enemigo, no hay esclavos. Honor y acero.

—¿Lo ves? No es tan difícil...

—Achas no es territorio amigo. Solo quería cumplir con lo que ordenasteis, mi señor. Quería hacerlo a toda costa.

El Albor se acercó más a él, tanto que la respiración del hombre rebotaba contra su rostro.

—Puede que tengas agallas para estar en la Inmorta, pero te falta mucha inteligencia, bastardo. No te quiero en la legión. No te quiero cerca de mí. Estás expulsado o muerto. Quiero que elijas porque esta noche habrá un Proditor, el Ritual de los Traidores.

—Albor... —murmuró Fyorn.

Percibió un movimiento impaciente por encima de su hombro y vio cómo Einar cambiaba el peso de su cuerpo sobre la otra pierna. ¿Cuánto debía escocerle al joven ver a todos referirse de aquel modo a aquel viejo soldado?

—Elige —le ordenó Íveron.

—¿Por cumplir con lo que ordenaste? —gritó Fyorn, furioso. El temor seguía aferrado a la boca de su estómago, pero la rabia era un sentimiento que solía acompañarlo, como un dudoso refuerzo; rabia hacia sí mismo y rabia hacia aquel viejo—. Si hubiera dejado de seguirla porque se introdujo en Achas, me recriminarías haber regresado con las manos vacías sin tan siquiera...

—¿Acaso no vuelves con las manos vacías? —gritó Íveron. Lo sujetó del cuello y lo estampó contra la fría pared de roca—. ¡No! No vienes con las manos vacías, tienes razón. Vuelves con un cadáver, el cadáver de uno de mis hombres.

—Seigon...

—¡Seigon está muerto!

—¡No me grites! ¡Y no me toques!

Fyorn lo empujó con fuerza, haciéndolo caer al suelo. El viejo lo miró, sorprendido durante unos segundos, pero volvió a ponerse en pie sin necesidad de ayuda.

Tampoco Einar se había movido para prestársela.

—Haga lo que haga me lo recriminarás porque tu odio hacia mí va más allá de lo racional —espetó Fyorn, dolido—. Haga lo que haga, siempre

será así.

—Dime que no vas a llorar porque te juro que te arrancaré los ojos antes que verte hacerlo.

Fyorn sonrió.

—No, abuelo. Te juro que nunca me verás llorar por tu causa. Te lo juro.

—No vuelvas a llamarme así nunca más o por la Inmortia que serán las entrañas lo que te saque con mi espada.

Fyorn se apartó y caminó con paso firme hacia la puerta. De pronto el frío había desaparecido y un calor sofocante le arañaba las mejillas.

—No has elegido. —La voz de Íveron lo perseguía hasta en los ecos de aquel grito furioso a sus espaldas—. Y de la Inmortia no puedes llevártelo todo: honor o vida.

Se detuvo sin volverse para evitar que el viejo disfrutase de todo lo que generaba en él, de la facilidad con la que convertía la calma en miedo; el miedo en rabia y la rabia en lástima hacia sí mismo.

—Deshonor nunca —masculló entre dientes.

—Entonces prepara el Ritual y muérete. Estaré ahí para verlo.

Fyorn trató de digerir el odio latente que destilaban las palabras del Albor, un odio que no le dolía tanto como el que destilaban las de su abuelo. El mismo hombre a la postre.

Magary se irguió al escuchar los golpes en la puerta y permaneció en silencio, tratando de asegurarse de si realmente habían llamado o si podía deberse a cualquier otra causa. Los golpes se repitieron y entonces sí, reaccionó. Corrió hacia el cajón en el que escondía la daga y la ocultó bajo su túnica. A pesar de vivir bajo la protección del Bastión, la joven era plenamente consciente de que una mujer allí nunca estaba segura, aunque todas las que habitaban entre los muros de aquella mole de piedra eran esposas o mujeres de miembros de la Inmortia. Lungeon era un mundo de hombres y solo ellos lograban hacerse respetar de verdad; no así las mujeres, que en la mayoría de los casos eran tratadas como objetos o mercancías.

—¿Quién es? —preguntó, casi con un susurro.

—Fyorn —escuchó al otro lado.

Abrió rápidamente y se encontró con el muchacho convertido en una impactante estampa que la dejó sin aliento.

—Por el cielo, Fyorn, ¿qué ha pasado? —Lo sujetó del brazo y tiró de él, mientras cerraba la puerta, asegurándose de que el muchacho venía solo.

—¿Dónde está Eghorn? —preguntó él.

—Aún no ha llegado, no debe tardar. ¿Qué ha ocurrido?

—Quiero ver a mi hermano. Solo eso.

Magary lo sujetó del rostro con firmeza y lo observó. La sangre seca le ensuciaba el labio desde la nariz, y un imponente moretón se hinchaba en su pómulo, mientras los ojos le brillaban en la ausencia de un llanto que nunca saldría. Ella lo conocía ya demasiado bien.

—Fyorn...

—Solo quiero hablar con mi hermano. Si no está aquí, entonces...

—Sabes que puedes confiar en mí y contarme lo que sea. Te debo mucho.

La mujer lo miraba intensamente y acarició las ondas oscuras de su cabello, justo en el momento en el que la puerta se abrió. Magary ahogó un grito y Fyorn se apartó rápidamente, alertado. Eghorn se detuvo en el umbral, sorprendido por la escena que se desarrollaba.

—¿Qué pasa?

—Quería hablar contigo... a solas.

Eghorn buscó a Magary con la mirada, pero la mujer se limitó a negar con la cabeza, dándole a entender a su esposo que no tenía ni la más remota idea de lo que le había sucedido a Fyorn.

Eghorn se apartó y su hermano pequeño abandonó el lugar. Magary cruzó la sala en dos zancadas y besó a su marido en los labios.

—¿Todo bien? —preguntó él.

Ella asintió.

—Regresaré enseguida.

Cuando Magary hubo cerrado la puerta, Eghorn dio alcance a su hermano, que caminaba despacio sobre el enlosado pasillo cubierto, salpicada la pared de puertas iguales que pertenecían a los miembros de la Inmortalia.

—¿Vas a decirme de una vez qué ha pasado? —preguntó Eghorn, ante el silencio exasperante de su hermano.

—Esta noche hay Proditor.

—¿Para quién? —quiso saber Eghorn, deteniéndose.

Fyorn suspiró y aquello resultó suficiente para su hermano mayor.

—¿Qué cojones ha pasado? ¿Qué has hecho?

—Me envió, junto con Seigon, a buscar a la bruja que rondaba por el Bastión. Ella se internó en Achas y... sé de sobra que no debía hacerlo, pero estaba herida, era una presa fácil. Apenas podía dar dos pasos, Eghorn. Sabía que la capturaría.

—¿Te internaste?

—Sí, pero...

—Conoces las putas órdenes.

—¡Ya lo sé!

—Eso no es suficiente, Fyorn. Si lo sabes y no las cumples, no sirve de nada.

—Me encomendó capturarla. Él mismo me lo encomendó. Seigon llegó hasta allí. Ahora está muerto.

—Nunca una orden es a cualquier precio. Menos aún si este exige meternos en una guerra que no es nuestra y que no...

—Solo quería complacerle —murmuró el muchacho, interrumpiendo a su hermano—. Solo quería que por una jodida vez en la vida fuera capaz de mirarme con orgullo, aunque sus palabras no estuvieran dispuestas a admitirlo. Soy un maldito imbécil —añadió, mientras apoyaba su espalda en la pared—. Me aborrece y ni siquiera debería importarme. A la mierda

con él.

—No te aborrece por ti mismo y lo sabes perfectamente. Nada de lo que hagas cambiará el hecho de que nuestro padre dejó a mi madre por la tuya. Era su hija.

—No la abandonó, pero no estaba enamorado de ella y...

—No me expliques eso a mí, Fyorn. Yo conozco la historia perfectamente y tú también. Él tiene su propia versión de los hechos; su propia opinión. Y a sus ojos tú eres un bastardo. Un intruso. El fruto de la traición.

—Yo no tengo la culpa —susurró Fyorn, dolido.

—Ya lo sé.

Eghorn colocó su mano sobre el hombro de su hermano y lo atrajo hacia sí para abrazarlo. Cuando se apartó, Fyorn buscó a Eghorn con mirada firme y renovada.

—Sé de sobra cómo piensa mi hermano en este asunto. Ahora me gustaría saber cómo piensa el capitán de la Inmortalia.

Eghorn suspiró profundamente.

—Desobedeciste una de las órdenes sacras, y arrastraste en ello a un hombre que ahora está muerto.

Fyorn sonrió con amargura.

—¿Quieres más? —preguntó—. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de dejarlo allí. Fue un pensamiento traicionero que eliminé al instante, siete segundos. Pero fui capaz de concebirlo. Si Seigon hubiera muerto allí, yo hubiera podido inventar cualquier cosa que me salvase de esta. Culparlo a él.

—Tú no eres así.

—Lo pensé...

—No lo hiciste. Es lo que cuenta.

—¿Qué decretas, pues?

Eghorn necesitó unos segundos para ser capaz de exteriorizar la respuesta.

—Proditor.

Fyorn asintió.

—¿Qué has..?

—Muerte, ¿qué si no?

Eghorn negó con la cabeza.

—El capitán aceptaría cualquier de tus determinaciones. El hermano, no. Ni lo sueñes. Destierro, Fyorn. Siempre destierro.

—No vagaré por Deonnah cubierto en el bochorno del deshonor. Y en cuanto al Proditor... no te pediré que seas tú quien lo haga, pero me gustaría.

Fyorn dio media vuelta y sus pasos serenos se perdieron pasillo a través, dejando a Eghorn sumido en la más absoluta desolación.

Eghorn se detuvo sin llegar a cruzar el umbral de la puerta cuando la fría cuchilla de una daga amenazaba su cuello. Magary respiró, aliviada y apartó el arma.

El hombre entró sin decir nada y se despojó de la gruesa capa que llevaba puesta.

—¿Y bien? —quiso saber ella, acercándose.

—Fyorn ha desobedecido una orden.

—¿Y?

Eghorn la miró, mientras se quitaba también el cinturón en el que se sujetaban un par de dagas y los guantes de piel curtida.

—Y eso está penado con un Proditor.

—Pero Fyorn es un niño. Solo tiene dieciséis años.

—Es lo suficientemente hombre como para estar en la Inmortia, con las ventajas que eso comporta y también con sus responsabilidades y

consecuencias.

Magary reculó y frunció el ceño.

—¿Y ya está? ¿Te limitarás a darle sepultura en el camposanto? Es tu hermano, Eghorn. Tienes que hablar con el viejo, a ti te escuchará.

—¿Y qué se supone que debo decirle? ¿Que todos tienen que obedecer las órdenes sacras salvo mi hermano? ¿Que él puede ser la gran excepción solo porque su sangre es la mía? ¿Qué clase de capitán sería?

—¿Y qué clase de hermano serás si te sientas a mirar cómo lo matan? ¿O serás tú mismo quien lo haga?

—Nadie ha dicho que vayan a matarlo. Tiene opción.

—¿Deshonor? ¿Ser expulsado? Lo conoces bien, es un crío orgulloso y además, ¿adónde pretendes que vaya?

—Mil veces le he repetido que se tranquilice, Magary —exclamó Eghorn, más alterado—, que su temperamento impulsivo y temerario no iba a llevarle a ninguna parte. No deja de darle excusas al viejo y este no ha hecho más que aprovechar una entre un millón.

—No puedo creer que lo justifiques.

—¿Y qué cojones quieres que haga?! —gritó él.

—Odio cuando te conviertes en uno de ellos —espetó la mujer.

Eghorn se quitó el jubón y mostró un torso imponente, entre las heridas y cicatrices que colindaban con las líneas perfectas de un cuerpo curtido a base del más duro entrenamiento. Se volvió y caminó hacia Magary, que se mantenía inmóvil, con el mentón alzado y la mirada desafiante. Eghorn sujetó la mano de la mujer y la colocó sobre su pecho, a la altura del corazón, donde una marcada quemadura exhibía el emblema de la Inmorta.

—Soy uno de ellos —murmuró.

Ella apartó la mano con un gesto brusco y empujó ligeramente a Eghorn para abandonar el lugar con un fuerte portazo.

Eghorn entró en la Cámara de Columnas, con paso sereno y rictus tranquilo. Aquel tipo de construcción era muy frecuente en Lungeon, ya que representaba aquello sobre lo que se sostenía todo. Los pasillos del bastión, las habitaciones, las principales salas e incluso las estrechas calles de la ciudad estaban llenas a reborar de columnas de todos los estilos arquitectónicos. Monumentos que equivalían a los dioses que no veneraban. En Lungeon era el acero el que lo mantenía todo en orden, un orden que se sostenía sobre las sólidas columnas de piedra.

Aquella sala estaba completamente rodeada de ellas; más altas y más bajas, más estrechas y más anchas. Y en el centro, una mesa de piedra con un sillón del mismo material esculpido en color blanco.

Allí había esperado encontrar al viejo, como todos conocían a su abuelo, pero quien estaba era Umdar, capitán al mando de la vigésimo primera legión de la Inmortia. El hombre escrutaba unos mapas en torno a una amplia mesa rectangular de piedra, y movía sobre el legajo pequeñas rocas circulares que debían indicar lugares estratégicos.

Umdar no estaba solo, pero cuando Eghorn apareció, el soldado que lo acompañaba lo saludó dándose un golpe en el pecho y desapareció de allí.

—Buenas tardes —lo saludó Umdar.

Eghorn suspiró y siguió caminando hasta la ventana, desde donde atisbó los primeros copos de nieve caer.

—Supongo que estás al tanto de los acontecimientos —le dijo de nuevo Umdar, sin alzar la mirada del mapa.

Eghorn se volvió para mirarlo sin llegar a moverse de su sitio.

—Lo estoy.

—Es una lástima. Aunque joven, Fyorn es un muchacho de una valía incalculable, ¿no te parece? Una enorme pérdida para la Inmortia.

Umdar se detuvo en su tarea y observó a Eghorn, esperando una respuesta.

—Un muchacho de una valía incalculable y bastante insensato.

—Cierto, aunque mi padre solía decir que todo hombre valiente necesita

un poco de insensatez.

—Supongo que por eso tu padre lleva muerto más de diez años.

Umdar sonrió.

—Sí, probablemente fuese por eso. Pero por algo defendemos la inmortalidad de los actos, ¿no? Esa es la que ha de prevalecer por encima de la de la propia vida. Esta legión puede negarle honores a muchos de sus hombres, pero la eternidad no lo hace con ninguno; ni siquiera con los insensatos.

—¿Tratas de decir algo? —preguntó Eghorn. Se cruzó de brazos y apoyó la cadera sobre el alféizar de la ventana.

—¿Algo como qué?

—¿Cuestionas las órdenes sacras?

—En absoluto. —Umdar rio—. No heredé la insensatez de mi padre. ¿Oficiarás tú la ejecución de Fyorn?

—Tiene otra opción —murmuró entre dientes. Le crispaba que todos lo dieran ya por muerto.

—No la tomará.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque lo he entrenado desde que era un crío, Eghorn. Puede ser insensato, temerario y morir en el intento de agradar a su abuelo, pero es un hijo de la Inmortalia.

Eghorn cerró los ojos. Llevaba todo el día escuchando obviedades, cosas que ya sabía, y que atravesaban como espadas afiladas el absurdo escudo que había intentado alzar entre él mismo y la evidencia. Fyorn tenía opción: renunciar a todo honor, sobrevivir y marcharse lejos de Lungeon. Pero no lo haría.

—Honor y acero.

El saludo de Umdar lo abofeteó y apenas fue consciente del momento en el que su homólogo se marchaba.

—Honor y acero —musitó.

Escuchó el saludo repetirse en el pasillo y supo que alguien más llegaba. Se puso en pie y se golpeó el pecho al verlo entrar. Los firmes pasos del

viejo se le antojaron segundos precipitándose a un vacío insondable y sin regreso.

—Espero que no hayas venido a mediar por él —dijo. Observó el enorme mapa y efectuó algunos cambios en la posición de aquellas pequeñas piedras circulares. Ante el largo silencio de Eghorn, alzó la mirada y se encontró con los ojos azules del capitán.

—Por supuesto que no —respondió este al fin.

El viejo asintió.

—Me alegro, no esperaba menos de ti. Hay asuntos serios que requieren tu atención, de modo que no prolongues en exceso el Proditor esta noche.

—¿Qué asuntos?

—Llegan rumores de rebelión en las tierras de Cryda. Te confieso que estoy harto de ese sitio.

—Rebelión... —murmuró Eghorn, irguiéndose. Avanzó unos pocos pasos y observó el legajo que se extendía sobre la mesa—. ¿Cómo se rebela alguien que nunca te ha jurado lealtad?

—Los he considerado siempre territorio amigo —espetó Íveron con dureza—. Y así los he tratado. Pero viven rodeados de brujos y brujas. Con las voces de estos susurrándoles al oído, predisponiéndolos contra Lungeon. Es un territorio demasiado pequeño para tantas molestias.

—La Dríada lo defiende. No será tan fácil. Está muy mermada, pero sus guerreras viven ocultas en las espesas selvas de Onorya, más allá de Achas. Y por lo que dices, asoman con más frecuencia de la que nos gustaría.

—La Dríada... —escupió el viejo—. Son solo mujeres.

—Créeme, subestimas a las mujeres.

La expresión del viejo se modificó y el ceño fruncido dejó paso a una sonrisa como los gruesos nubarrones dejan paso al sol tras la tormenta.

—¿Te dan problemas las tuyas? —preguntó.

Eghorn le dedicó una mirada asesina.

—Solo tengo una.

Íveron negó con la cabeza.

—Quizás ese sea el problema.

—Lo que digo es que la Dríada ha salvaguardado Achas desde tiempos inmemoriales. Es una legión tan poderosa como la Inmortia.

—Perdonaré tu blasfemia solo ante el hecho de que haber de acabar con tu hermano puede haberte producido un ligero malestar. No oses comparar a esa banda de zorras con la legión más brillante de Deonah. Organiza una expedición mañana por la mañana y parte hasta Cryda. Acaba con todo lo que respire y coloca un estandarte a modo de advertencia... por si sigue tentándoles la idea de rebelarse.

—¿Y no crees que, más que enviarles una simple advertencia, nos convendría más prepararnos para la guerra? Si lo que Fyorn ha hecho hoy llega hasta ellas —y llegará—, no tardarán en lanzarnos una ofensiva.

—No estoy tan seguro de eso. Eran hombres y mujeres los que pelearon contra él y Seigon. No era la Dríada. Y además, una de esas hechiceras entró en Lungeon. La ley nos ampara.

—¿Qué ley?

—La mía. Prepara el aviso para mañana.

Capítulo 3

3. Tormenta

Fyorn avanzaba escoltado por dos soldados más en dirección al coliseo. Nunca aquel trayecto se le había hecho tan corto, pero sus labios murmuraban en silencio aquella vieja oración que había de recibir a todo soldado honorable en los reinos sacros de los dioses, buscando calmar su mente y también su alma. Hasta en eso había de ser una deshonra. No había dioses en Lungeon, pues el acero era lo que sostenía todo sobre las columnas del orden, pero su padre siempre le había dicho que la piedra no escuchaba ruegos y que todo guerrero necesitaba algo a lo que aferrarse cuando su vida corría peligro. Un dios, un rostro, una mano. Algunos, incluso, una espada.

Los guerreros de la Inmorta se encomendaban a esto último: el acero, su particular dios. Pero Fyorn pensaba que la lista de aliados, cuanto más larga, mejor: Forge, dios de la fragua; Kymbhill diosa del fuego y Eladth, dios de la guerra. Integrantes todos ellos de los antiguos libros ya olvidados para la gran mayoría.

Era joven y había errado, pero confiaba en que las divinidades sabrían valorar sus cualidades y también sus buenas intenciones. Se ajustó la capa, tratando de protegerse del frío que arreciaba y por un momento se sintió ridículo. Iba a morir, ¿qué importaba el frío?

Aquella tarde la había pasado encerrado en su cuarto, pues a pesar de poder considerarse un condenado, el honor que se le suponía a un miembro de la Inmorta era garantía más que suficiente para no haber de apresarlo. Por contra, sus últimas horas de vida podía dedicarlas a repartir sus pertenencias, a despedirse de aquellos que osasen aún mirarlo a la cara o en los viejos muelles donde se encontraban las tabernas y locales de dudosa reputación. Era como solían sobrellevarlo aquellos que afrontaban un Proditor o Ritual de los Traidores, por la más mínima afrenta que pudieran alzar sobre la Legión de Acero.

El viento soplaba aquella noche con fuerza, apretando en el cielo el oscuro manto de nubarrones que se habían congregado allí, como si también la salvaje naturaleza quisiera atestiguar en primera persona aquel precipitado final. El fuego de las antorchas se bamboleaba con virulencia y las heladas ráfagas traían consigo algún copo de nieve. Y es que así se sentía Fyorn. Formaba parte del ejército más valeroso de Deonah y siempre sospechó que moriría joven, pero en alguna gran batalla o conquista; nunca por la estupidez de internarse en tierras oscuras en la persecución de una bruja. Aquello era tan simple... Rememorarle le

revolvía el estómago y él necesitaba estar sereno, de modo que resopló y desterró de su mente aquellos pensamientos. No importaba el por qué, pues Eghorn siempre había tenido razón: el viejo comandante buscaría cualquier motivo para arrastrarlo hasta aquella situación y si él no lo impedía, ese día acabaría llegando, como así fue, gracias a su propia idiotez.

Fyorn alzó la mirada al cielo, atraído por los zigzagueantes relámpagos que trazaban irregulares líneas en el firmamento. Las teas estaban dispuestas alrededor de todo el coliseo, ancladas a las columnas que salpicaban su perímetro, y a su contraluz, apenas podían distinguirse los rostros de aquellos que ocupaban las primeras filas.

A pesar del frío y la oscuridad, no eran pocos los que se congregaban allí para asistir a la ejecución.

Una fina llovizna anunció el inicio del Ritual.

Cuando Fyorn llegó al centro de la arena, apreció ya una figura acercándose hasta él con la vestimenta de gala de la Inmortia: una regia capa roja que contrastaba con la armadura plateada. El simple uniforme asustaba; los guerreros que había bajo él, más.

Eghorn lo observó con rostro inescrutable y Fyorn reprimió un escalofrío. No dudaba del cariño de su hermano hacia él mismo. Pero ante todo y sobre todo, Eghorn era un capitán de la Inmortia y por encima del lazo sagrado de la sangre o de cualquier otra circunstancia, cumpliría con su deber.

Los soldados que lo habían llevado hasta allí lo despojaron de la capa, la armadura, el jubón y la camisa. Sintió el viento helado lamiéndole la piel desnuda y apretó los puños para no temblar. También él había ido ataviado con su mejor indumentaria, pero el Ritual exigía despojarlo de aquel uniforme que no había llegado a lucir, que no había llegado a honrar.

Los soldados volvieron a sujetarle los brazos y la figura de una mujer se acercó hasta Eghorn para entregarle aquella pieza de hierro incandescente. Recordaba la primera vez que aquel metal se había posado sobre su piel hacía menos de un año para grabar a fuego el emblema de la Inmortia: dos columnas flanqueando una espada. Evocó el dolor lacerante, el grito desgarrador que abandonó su garganta y la vergüenza posterior aún con la herida latiendo.

Ahora, deshonorada la legión por su comportamiento impulsivo y temerario, llegaba el momento de marcarlo como lo que era: un traidor. Algo había, al menos, que lo consolaría: la humillación siempre sería

mayor que el dolor.

Ya podía oír los abucheos desde la grada, voces que se habían transformado después de jalearse y vitorear cada uno de sus triunfos, cada pelea ganada en la arena, cada prueba superada, cada gesta y proeza a las que habían bautizado con su nombre. Pensar en eso le insufló ánimo. Moriría aquella noche sin haber tomado parte en ninguna gran batalla, pero nadie le arrancaría honores que se había ganado por derecho: había sido el miembro más joven en entrar a formar parte de la Inmortalia. Había escuchado a los más experimentados comandantes, guerreros y sabios elogiar el don que poseía con una espada en la mano. Había sentido la sangre fluir en sus venas, conquistando cada parte de su cuerpo a través de una paz serena allí donde otros solo habían albergado terror.

Era joven; impulsivo cuando debía contenerse y dubitativo cuando debía decidirse. Pero también era valiente y esa noche haría buen uso de ese valor.

Apretó los labios y encajó los dientes. El silencio esperaba oírlo gritar, pero no lo hizo. Echó la cabeza hacia atrás cuando Eghorn colocó el metal incandescente sobre su pecho, desfigurando las dos columnas y la espada, eclipsándolas con la palabra 'traidor', pero de su boca no salió el más mínimo sonido ni de sus ojos, lágrima alguna.

El hierro humeó en su piel tensa y engarrotada y el metal despegándose no le produjo alivio.

Cuando los soldados lo soltaron cayó de rodillas al suelo y se maldijo por ello. Intentó levantarse y volvió a caer.

—Fyorn... —murmuró Eghorn.

Un inesperado aguacero empezó a descargar sobre sus cabezas, calándolos de inmediato. La gente emitía exclamaciones en la grada, pero nadie se movió de allí.

Fyorn sonrió. Tal vez aquel fuese un guiño de los dioses. Alivio para sofocar el fuego. Pero no, no lo creía. Aquel agua helada no sofocó sino su piel chamuscada. Solo su piel chamuscada.

Desde el suelo, arrodillado aún sobre la arena mojada, Fyorn fue capaz de discernir la silueta de Íveron, su abuelo, ocupando el sillón preferencial de la grada. Apenas lograba verlo, entre la distancia, la oscuridad y la cortina de agua, pero podía imaginar su gesto de satisfacción, su sonrisa afilada y su regocijo interior.

Eghorn desenvainó su espada lentamente y le dedicó una larga mirada a

su hermano.

No dudaba de que aquello no resultaría fácil para él, de modo que trataría de no ponérselo especialmente difícil. No temía a la muerte tanto como el no haber sido capaz de forjar un recuerdo a la altura de la Inmortal. Al menos, no en batalla. ¿Quién recordaría las tardes de entrenamientos en el coliseo? ¿Quién hablaría de él cuando algún otro joven osado se hiciera un hueco en la legión con su misma edad o algún año menos?

Lamentó lo poco que le había durado el orgullo ante su propia historia, pero supuso que aquello era parte del Ritual. No había gloria para los traidores.

Cerró los ojos y logró, por fin, ponerse en pie.

—Fue un honor, hermano —dijo entonces Eghorn.

Fyorn sonrió, mordiéndose el labio inferior.

—Magary te va reñir.

Aquello era una estupidez. Lo sabía, pero pensó que podía ayudar a destensar los engarrotados músculos de su hermano.

—Sabré contentarla —respondió este.

—Tendrás que...

—Bastar, Fyorn, afronta esto como un hombre y no como un crío estúpido. Por mi mujer, no te preocupes.

Fyorn asintió. Aquello era una estupidez.

—Fue un honor —respondió.

La repentina descarga de un fuerte granizo y la virulencia de un viento que arremetía por segundos llegó acompañada del bramido de la tormenta, feroz, asesina, desconcertante como no lo había sido ninguna otra que los allí presentes pudieran recordar. Las teas impregnadas en brea se apagaron y el coliseo quedó a oscuras, los gritos se alzaron como una telaraña sobre sus cabezas en la oscuridad, mientras que Eghorn trataba de avanzar, sin poder ver absolutamente nada. Extendió los brazos, intentando localizar a Fyorn, pero fue incapaz de hacerlo.

El granizo, que tenía el tamaño de su propio puño, le golpeaba en la cabeza. Corrió, tanteando el terreno ante el desconcierto absoluto de los allí presentes, que solo podían pensar que el cielo acabaría

desplomándose sobre sus cabezas.

Eghorn se puso a cubierto en el acceso subterráneo a través del cual se llegaba al coliseo y desde allí, observó horrorizado la estampa que se estaba desarrollando.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Umdar, que apareció a través del acceso oeste, pasillo también cubierto, como la gran mayoría de los que discurrían en el interior del Bastión.

Eghorn guardó silencio mientras observaba el desastre.

Fyorn logró avanzar a duras penas entre el aguacero, que descargaba como si el mismísimo océano hubiera volcado sus aguas sobre Lungeon.

Las columnas cayeron una sobre otra, levantando una ola aterrada de gritos.

Fyorn vio personas caer a su lado; hombres, mujeres y niños, arrastrados por igual en la furia de la tormenta; cuerpos arrancados por el agua, que se estancaba en el coliseo como si fuera un caldero gigante.

Se detuvo, con el líquido alcanzándole las rodillas y entonces lo vio: Íveron. De él asomaban, solo, sus hombros y su cabeza. La sangre resbalaba sobre su sien, fresca aún, zigzagueante.

Observó que, a su lado, tres de las imponentes columnas, permanecían apiladas, una sobre otra, apenas pedazos de piedra amontonada que debían de haber sorprendido al viejo. Leyó muecas de esfuerzo en sus facciones severas y supo que estaba tratando de liberarse de aquel peso titánico.

Vaciló durante tres segundos. Podía limitarse a verlo morir. Él había arruinado su vida, lo había destrozado por completo. Cinco segundos. Podía aprovechar el caos para huir y no haber de sucumbir a una muerte segura; ni siquiera a la deshonra del destierro. Se lo daría por desaparecido y nadie sabría nunca qué había sido de él. Siete segundos. Los contó en su mente, calibrando su cobardía, su indecisión. Todo cuanto lo hacía merecedor de un Proditor.

Y arrancó a correr, más por instinto que por convicción.

Llegó hasta su lado y ni siquiera se detuvo a regocijarse en el rostro del viejo, una mezcla entre sorpresa y un temor que moriría antes de confesar. Pero lo vio en sus ojos claros y lo entendió porque él acababa de sentirlo: miedo.

Trató de levantar la piedra que apesaba su pierna y el intento se esfumó en un grito de impotencia y rabia. No con la situación de Íveron, por supuesto, sino consigo mismo. Volvió a intentarlo y localizó uno de los postes de madera que sujetaba las teas en la grada, lo introdujo por debajo de la piedra y efectuó una palanca mínima para moverla.

El viejo reculó y su rostro se hundía ya en el agua cuando Fyorn lo agarró. Lo alzó desde la cintura y, arrastrando la cojera y el aturdimiento del viejo, lo sacó de allí.

La tormenta había durado apenas diez minutos.

Cuando Eghorn regresó a su cuarto, encontró a Magary tendida en la cama de espaldas a él, y sus escasos enseres, envueltos en un amplio pañuelo anudado. Ella se alzó, al oír la puerta y observó a su marido, que llegaba totalmente empapado.

—¿Lo has matado? —preguntó.

—No —respondió él, tras un largo silencio.

El hombre cerró la puerta y se despojó de la capa, que cayó pesadamente al suelo, mojada como estaba. Magary se mantuvo sentada sobre el camastro, visiblemente desconcertada.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó él, observando el fardo que había junto a la puerta.

—Me marchó.

—Te marchas... ¿adónde? —continuó preguntando, mientras se despojaba de las botas y el jubón, todo completamente calado.

—Me largo de aquí.

Eghorn sonrió y negó con la cabeza.

—Sabes que tienes las horas contadas si cruzas esa puerta.

—¿Me estás amenazando? —inquirió la joven, alzándose.

Eghorn la miró largamente y se acercó despacio.

—Magary, ¿con quién estás hablando? —preguntó, mientras se arrodillaba frente a ella, que permanecía sentada en la cama.

—No lo sé, Eghorn... No tengo ni la más remota idea de quién eres.

—Sabes perfectamente quién soy desde el primer día. Y sabes que no me refiero a mí. Si sales por ahí, si me abandonas, te conviertes en carne de cañón para todos.

—Carne de cañón para los miembros de tu legión. Qué honorable... Ibas a matar a tu hermano. Tan repugnante me parecería caer en manos de alguno de esos hijos de perra como seguir viviendo a tu lado como si nada hubiera pasado.

—Mi hermano ha salvado al viejo. Le dará otra oportunidad.

—¡Ibas a matarlo! —gritó ella de nuevo—. Solo es un crío.

Eghorn volvió a ponerse en pie y se apartó.

—No vas a ir a ninguna parte.

Magary se puso en pie.

—¿Y quién va a impedírmelo? ¿Tú? ¿Cómo?

Caminó hacia él y lo empujó por la espalda sin que prácticamente se inmutase.

—Dime, Eghorn —insistió—, ¿vas a sacar a relucir el repertorio de la Inmortia? ¿Cómo vas a impedir que me largue, maldito hijo de puta? ¿Atándome? ¿Encerrándome? ¿Cómo? ¿Golpeándome?

—¿iCuándo cojones te he puesto una mano encima!? —gritó él, furioso mientras se revolvía.

Ella volvió a empujarlo y la espalda de él topó contra la pared.

—Acabarás haciéndolo —masculló la joven, con los dientes apretados y dándole rienda suelta ya a las lágrimas—. He sido tan idiota contigo que solo puedo sentir asco hacia mí misma. Porque he creído en ti, porque siempre pensé que eras diferente a pesar de las asquerosas heridas y marcas que surcan tu cuerpo identificándote como uno de ellos.

Magary le golpeó en el pecho y dio dos largas zancadas hacia la puerta, pero Eghorn la agarró del brazo, impidiéndole que llegase a abrirla.

—¡Suéltame!

—Escucha.

—¡Suéltame he dicho!

El forcejeo estaba a punto de colmar la paciencia de Eghorn, que siempre había visto en Magary a una mujer rebelde, guerrera y luchadora con una fuerza muy por encima a la de cualquier otra; eso, además de su exótica belleza, lo habían conquistado desde el primer día.

El hombre la empujó y ella cayó sobre el lecho sin tiempo a evitar el cuerpo de su marido desplomándose sobre el de ella para apresarla. Magary alzó la cabeza con una sacudida, impactando de lleno en la nariz de Eghorn, que empezó a sangrar, impregnándola también a ella de aquel líquido rojo.

—¡Escúchame, joder! —gritó él.

—¡Suéltame, malnacido!

Eghorn logró aferrar las muñecas de su esposa con una mano y taponarle la boca con la otra, logrando un necesario silencio a pesar de los intentos de ella por gritar y seguir despotricando.

—Fyorn está bien. La tormenta no fue algo natural, sino provocado para propiciar su huida.

Magary guardó silencio aun cuando, tras unos segundos desde aquella confesión, la mano de Eghorn le devolvió la palabra, apartándose de su boca y liberándola del agarre sin moverse de encima.

—¿Qué?

—No lo repetiré —susurró él—. Pero en vez de escapar, el muy idiota se ha quedado.

—¿Cómo sé que no mientes?

—Nunca te he mentado.

—¿Y cómo sabes tú...?

—Porque yo lo pedí. Yo fui a buscarlos. Yo lo propicié.

Eghorn se apartó y se llevó la mano a la nariz, mientras se mantenía sentado sobre la cama. Magary se arrodilló a su lado, también sobre el

mullido colchón.

—No es posible... ¿Tienes trato con... brujos?

Eghorn le dedicó una fugaz mirada y alzó ligeramente la cabeza hacia atrás, apoyando sus manos sobre el colchón.

—Por los dioses, Eghorn, júrame que eso es cierto que has tratado de ayudarlo.

—Te lo juro. Pero no se ha ido, se ha quedado, ha salvado la vida del Albor y le dará una oportunidad, estoy seguro. Y en cualquier caso, ahora sí puedo abogar por ello.

Volvió a bajar la cabeza y el hilillo de sangre siguió resbalando sobre sus labios, su barbilla, su pecho.

La mujer avanzó despacio y sujetó el rostro de su marido, que la observó sin moverse. Suspiró profundamente y juntó su frente con la mejilla de su esposo.

—Lo siento mucho...

Se incorporó rápidamente y recogió un apósito impregnado en agua, que después colocó sobre la nariz de Eghorn, mientras se sentaba sobre su regazo y le acariciaba el rostro.

—Perdóname —susurró Magary—. Perdóname, por favor.

Él apartó el apósito y lo dejó caer al suelo, aunque su nariz aún sangraba. Acarició el rostro de su esposa y recorrió su largo cabello con los dedos. Observó su piel oscura, mucho más morena que la de cualquier habitante de aquella nórdica región; no en vano, Magary había llegado hasta allí esclavizada desde tierras muy lejanas. Observó también sus ojos verdes y sus labios carnosos. La distinta raza de Magary, sumada a su condición de mujer y esclava hubieran iniciado de inmediato una cuenta atrás para sí misma de no ser por su relación con Eghorn. La mujer de un miembro de la Inmortalia era sagrada mientras este no se aburriese y la abandonase, en cuyo caso, el resto podía actuar con ella como le viniera en gana. Del mismo modo, un miembro de la Legión de Acero podía contraer matrimonio con tantas mujeres como deseara. Pero la relación entre Magary y Eghorn gozaba de muchos aspectos que pocos entendían y muchos criticaban causando rabia en ella e indiferencia en él.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó la joven con un hilo de voz.

—Fyorn está bien —respondió él, en idéntico tono—. Ahora mismo es lo

único que importa.

Magary seguía limpiando con su mano la sangre que manaba de la nariz de su esposo, hasta que él se la sujetó con suavidad y la apartó.

—Necesito que confíes en mí aunque a veces no entiendas mi proceder. Me debo a la legión.

Ella asintió.

—Lo sé...

—Acabo de poner mi vida en tus manos, Magary. Mantener tratos con brujos es motivo más que suficiente para ser ejecutado. Y ahora tú lo sabes.

Ella sonrió.

—¿Y quién iba a creer a una mujer por encima de un capitán de la Inmortia?

—Probablemente nadie. Pero no me refiero a eso cuando hablo de poner mi vida en tus manos. La mera traición me mataría.

Magary sujetó el rostro de Eghorn.

—Jamás te traicionaré. Te lo juro por mi vida.

—Lo sé.

La mujer colocó su mano sobre el pecho de él y él, puso la suya encima, guiándola hacia la quemadura con el emblema de la Inmortia.

—¿Esto te da asco? —preguntó con un susurro.

Magary lo miró a los ojos y deslizó suavemente su mano, apartándola para posar sus labios sobre la marca.

—Odio lo que representa, pero solo en ti puedo verla con devoción. Solo en tu cuerpo. Ni siquiera en tu mente o en tu forma de pensar a veces.

La joven se puso en pie, frente a su esposo y se deshizo con facilidad del suave vestido blanco que cubría su grácil cuerpo, convirtiéndose casi en una segunda piel. Eghorn la observó, sin decir nada, mientras ella volvía a encajarse sobre su regazo, acariciándole el rostro con suavidad. Sentir las cálidas manos de él sobre su espalda, su regia frente sobre su pecho y su serena respiración golpeándola en la cara cuando alzó la mirada, la hacía olvidarse por completo de la Inmortia, de todo cuanto él mismo

representaba y defendía.

Las frías manos de Magary se deslizaron a través de su torso, su espalda y sus brazos. Acarició su pelo rubio mientras sus labios buscaban los de él, encontrándolos en un latigazo salvaje, apasionado e intenso, como todo entre los dos. Las manos del hombre se posaron sobre el cuello de ella, cuya respiración desbocada temía y deseaba a Eghorn a partes iguales, especialmente en las numerosas ocasiones en las que ella ponía a prueba su paciencia. ¿Cuánto aguantaría él?, solía preguntarse. ¿Acaso no sería capaz de tratarla como el resto de legionarios trataba a sus mujeres?

Sin embargo, el joven deslizó suavemente la palma de su mano a través de su pecho, recreándose junto a sus labios en los voluminosos senos de la mujer.

Eghorn se alzó, sujetando a Magary de las caderas y caminó hasta sumergirse lentamente en el pequeño embalse que existía en todas las habitaciones a modo de tinaja, sin dejar de mirarla, deleitándose en cada curva de su bonito cuerpo. Bajo el agua, se despojó del resto de su atuendo para fundirse por completo con ella, cuyo cuerpo empujó hasta que su espalda topó con la pared de roca de aquel pequeño lago artificial, aprisionándola. Como era habitual, no había sido un gesto cuidadoso ni sutil pero ella ya se había acostumbrado a aquella forma de actuar. Él no la trataba como un ser delicado porque tampoco lo era. Ninguno de los dos lo era. Él había nacido y crecido en el seno de unos soldados ambiciosos y sedientos de sangre y conquista; ella, en una esclavitud que pronto la obligó a endurecerse para sobrevivir.

Eghorn tampoco la dañaba ni la sometía del modo en el que otros legionarios lo hacían con sus mujeres. Nunca le había puesto una mano encima y en su rudo comportamiento, muchas veces creía atisbar un amago de disfrazada delicadeza. Ni siquiera la había obligado nunca a yacer con él, algo a lo que ella misma había terminado accediendo para liberar así sus más ocultos deseos hasta acabar enamorándose por completo de él. Recordaba perfectamente el día en el que se habían conocido, el momento en el que él había perdido la noción del tiempo mirándola hasta liberarla de las manos de aquel mercader que la trajo hasta allí. Tras llevarla al Bastión, le había solicitado un mes para enamorarla. Eghorn se comprometió a dejarla ir en algún lugar seguro si ella no acababa sintiendo algo por él. Magary había rezado por que ese día llegase, convencida como estaba de que jamás llegaría a sentir nada por un miembro de aquella legión de sangre, si bien la duda sobre el valor que un legionario de la Inmorta podía darle a su palabra siempre había planeado sobre su cabeza.

El paso de los días, sin embargo, disipó la importancia de aquello, pues en

Eghorn halló a alguien muy diferente a lo que esperaba.

Observaba sus manos rugosas y hartas de empuñar armas, hastiadas de guerra; acariciaba su cuerpo desnudo y lleno de golpes, cicatrices, arañazos y quemaduras, muchos de los cuales le había provocado su propio abuelo, el Albor. Un cuerpo acostumbrado a luchar, a golpear, a dañar, que, sin embargo, se deslizaba en deliciosas caricias sobre el suyo propio, despertando en ella sensaciones muy alejadas al dolor.

Eghorn la sujetó de la cintura y la arrastró de nuevo fuera del agua para tenderla sobre el suelo y seguir embistiéndola con furia, mirándola a los ojos, golpeándola en el rostro con su agitada respiración y arrancándole constantes jadeos mientras ella se aferraba a su cintura, y sus piernas apresaban sus caderas. El hombre cejó poco a poco y permaneció sobre su pequeño cuerpo unos segundos más, observándola; ambos empapados, a merced de un agua que perdía frescor a marchas forzadas. Magary alzó ligeramente la cabeza, buscando la boca entreabierta de Eghorn que respondió con toda la dulzura que era capaz de convocar. Él también había llegado a enamorarse de ella.

Capítulo 4

4. Falsa lealtad

Siempre le había gustado sentirse observado. Durante las pruebas de acceso a la Inmortia, sus combates llenaban el coliseo. Las gargantas rugían con él, a cada movimiento se alzaban vítores y gritos. También los abucheos de quien apoyaba a la espada rival, pero siempre le había agradado exhibir su insultante superioridad sobre el resto.

Aquella mañana, sin embargo, los ojos no eran sino miradas escrutadoras que susurraban juicios y escupían sentencias. Estaba sentado en el centro de la cámara de columnas. A su derecha, los comandantes de la Inmortia esperaban con el mismo semblante con el que debían hacerlo antes de una batalla, a la espera de que la carnicería se desencadenase. Algo más atrás, los capitanes, con Eghorn al frente, aguardaban también, impacientes. Y en el fondo de la sala, Einar, hijo del último rey que había conocido Lungeon, asistía al acto con indiferencia, como si todo aquello le aburriera. Juraría que el joven prestaba más atención a las formas que las danzantes llamas de las antorchas proyectaban en la pared que a lo que estaba sucediendo allí.

Fyorn volvió la cabeza y observó cómo los sabios discutían con el Albor, un acalorado debate soterrado entre susurros que quedó sentenciado con el puñetazo del viejo sobre la mesa. Se dio la vuelta y Fyorn volvió a distinguir en sus ojos la gelidez de la nada, la ausencia de sentimientos y expresión alguna que solía caracterizarlo. Trató de consolarse pensando en que no era el único al que miraba de aquella forma, pero sabía que cada rasgo se desfiguraba más cuando delante estaba él. Y después se odiaba por la comparativa. ¿Qué le importaba cómo lo mirase?

Los pasos de Íveron se acercaron con lentitud, tratando de disimular aquella cojera nueva que le obligaba a arrastrar el pie derecho. No era extraño, pensó Fyorn. Dos enormes columnas le habían caído encima durante aquella repentina tormenta; lo sorprendente era que pudiera seguir moviéndose. Ni siquiera había accedido a que los sanadores le echasen un vistazo.

Se detuvo delante de Fyorn, que trató de encontrar una pista en los semblantes de los sabios, pero en ellos todo era neutro. Qué irónico. Recordaba que de pequeño siempre se había mofado de ellos. ¿De pequeño? Hasta hacía cuatro días se había mofado de ellos. Aquellos cuatro carcamales creían gozar de algún tipo de importancia o respeto por parte de los comandantes de la Inmortia y del propio Albor, pero lo cierto era que para unos y para otro, su palabra resultaba irrelevante. Su rol en

Lungeon solo trataba de acallar aquellas voces que los acusaban de una belicosidad sangrienta, irracional, llegando incluso a tildarlos de bárbaros. Sangre por la simple sed de sangre. Ante el mundo, Íveron quería proyectar algo más: raciocinio, templanza, implacabilidad y frialdad. Una legión respetada y temida y no una Dríada. Todo eso quedaba representado, de algún modo, en las cabezas pensantes y desarmadas de los sabios. Siempre se había burlado de ellos. Pero ahora ahora buscaba en sus rostros algún atisbo de compasión. Qué bajo había caído.

—La Inmortia castiga con dureza cualquier ofensa que se vierta sobre ella —dijo Íveron, con voz de acero—. Pero también recompensa lealtades.

Fyorn no pudo negarse a sí mismo la satisfacción que generaba en su interior ver a Íveron reconocer aquello. Sabía que la sangre debía estar hirviéndole, y escociéndole a partes iguales, que hubiera dado cualquier cosa por ver cómo sacaban su cadáver del coliseo, envuelto en la vergüenza de la traición, pero el viejo no podía negar lo que él había hecho. Nada que ver con la gratitud, sino con la mera apariencia.

—Tendrás una nueva oportunidad para demostrar tu valía en la legión.
—Su voz sonó más bajo, como si aquello le restase firmeza.

—Os lo agradezco, mi señor —respondió él con una calma que casi lo asombraba—. Y también al Consejo —añadió, rezando interiormente por que la sorna no hubiera sido evidente en su voz.

—Eghorn iba a partir mañana hacia Cryda, capitaneando a un escuadrón. Lo harás tú. Umdar —llamó el viejo.

El nombre rebotó en la roca como un eco invasor. El capitán se acercó con paso firme y se cuadró al llegar tras de él.

—Sí, mi general.

—Conduce a Fyorn ante su escuadrón y da las instrucciones. El alba pronto despuntará y entonces partirán.

Sin mas se retiró de allí, arrastrando a los comandantes y a los sabios tras de él, como una estela de mármol y plata.

A pesar de encontrarse aún frente a un superior, los hombros de Fyorn se vinieron abajo ante la benevolente mirada del Umdar. Él había sido quien lo había entrenado durante la última fase de su instrucción para acceder a la Inmortia, cuando ya había superado las más duras pruebas y aún le quedaban otras peores.

—Respiras aliviado... —observó este.

—Hace horas que debería estar muerto... y aquí estoy, ¿tú qué crees?

—Que ojalá tu cabeza estuviera tan bien amueblada como tus manos. Vamos.

Recorrer de nuevo los fríos pasillos exteriores del bastión volvió a infundir en Fyorn el sentimiento habitual de orgullo y seguridad que había perdido en las últimas horas. Aquello debería hacerle plantearse muchas cosas, pues el valor no había de ser la armadura que cubría al guerrero durante la paz, sino al contrario. Pero ante la inminente muerte a la que se había visto abocado hacía solo unas pocas horas, todo su aplomo se había resquebrajado.

Se ajustó la capa y trató de olvidar aquellos pensamientos. Su padre siempre le había repetido que los guerreros no eran ajenos al miedo, sino más fuertes que él. No era malo temer, ni temblar. Lo malo era sucumbir a eso. Y Fyorn nunca lo haría. Ahora tenía una buena oportunidad para demostrarlo. Y no solo para eso. Si cumplía con diligencia, nadie podría volver a cuestionar su utilidad dentro de la Inmortalidad. Como aprendiz había escrito una historia brillante. Como soldado, debería hacerlo aún más.

Cuando las imágenes y las palabras le dieron tregua en su atolondrada cabeza, ya habían llegado a las antiguas prisiones, vacías desde que la Inmortalidad se había hecho con el gobierno de Lungeon hacía ya varios años. Nunca había prisioneros en un envite con la Legión de Acero; esa era una de las leyes sacras. Por eso a Fyorn lo desconcertó sobremanera que Umdar lo llevase hasta allí.

El muchacho no pudo reprimir un escalofrío. Como no había prisioneros en el bastión, rara vez solía entrar en las viejas mazmorras, pero eran muchos los soldados que, durante las guardias nocturnas, aseguraban oír lamentos, gritos y grotescas risotadas en aquel lugar.

Agachó la cabeza al entrar por el bajo umbral de la puerta y continuó caminando tras los pasos de Umdar.

—¿Adónde va...?

—Obediencia ciega sin cuestionar —lo interrumpió este—. No preguntes cuando no hay que hacerlo.

Fyorn bufó. Odiaba que le recordasen las más elementales lecciones de aprendizaje como si fuera un niño. Y odiaba más aún olvidarlas

continuamente y que fuera necesario repetírselas.

Al fin llegaron hasta la antigua sala de torturas, en las que el rey Sarkam había obtenido de sus prisioneros las más preciadas confesiones. Fyorn repudiaba aquella forma de actuar, como lo haría cualquier miembro de la Inmortia. El honor era algo que no debía negársele a quien había luchado por una causa, fuera cualquiera que fuese, y la humillación o la tortura nada tenían que ver con eso. Fyorn alzó la barbilla y se enorgulleció de pertenecer a una legión capaz de apreciar las virtudes de un enemigo. Eso la hacía diferente a los demás ejércitos de Deonnah, incluidas las regias legiones fortalezanas, de las que tanto había oído hablar aunque nunca las hubiera tenido enfrente.

Había varias figuras en la sala de torturas. Ocho de ellas se mantenían inmóviles, una al lado de la otra: siete hombres y una mujer. Junto a ellos también reconoció a Asdis, uno de los comandantes más jóvenes de la Inmortia. Nunca le había agradado su expresión de autosuficiencia y a Fyorn le habría encantado disponer de cualquier excusa para partirle la cara, pero lejos de eso, el hombre tomaba parte en la benévola segunda oportunidad que se le daba tras deshonar a la legión.

Fyorn se volvió al escuchar unos pasos y respiró, aliviado y reconfortado, al descubrir que se trataba de Eghorn.

—¿Estamos todos ya o hay que esperar también a su madre? —preguntó Asdis, con sorna.

—Adelante. —La voz de Eghorn fue firme aunque baja.

Solo en ese momento, Fyorn reparó en que una de las ocho figuras que parecían exhibirse ante los soldados de la Inmortia como si fueran carne en un mercado, era Einar, el joven príncipe. Su expresión era mucho más incómoda que la que había distinguido en su rostro hacía solo unos pocos minutos, en la Sala de Columnas, y en su pómulo se distinguía la sombra de un débil moretón.

—Tienes que escoger a cuatro compañeros de misión —le ordenó Asdis.

Fyorn pestañeó, incrédulo, y deslizó su mirada desde Umdar, como si esperase que este corrigiera al comandante y revelase la broma.

—El Albor dijo que me acompañaría un escuadrón —repuso, al ver que nadie decía nada.

—No —zanjó Asdis—. Un escuadrón hubiera acompañado a Eghorn, pero tú pugnas por una segunda oportunidad y como comprenderás, los recursos para un posible traidor no son los mismos que para un capitán de

la Inmortia.

—No puedo llegar...

—No puedo... —lo interrumpió Asdis—. Si hay algo que no puedas hacer solo dilo y acabaremos rápidamente con la oportunidad que se te ha concedido y con la que no todos coinciden... mereces. —Fyorn deslizó su mirada desde Umdar hasta Eghorn y este se limitó a rascarse la frente, notablemente incómodo, más por la lengua de su hermano que por lo absurdo de la misión—. Se trata de que llegues a Cryda y destruyas la aldea. Una aldea, ¿me oyes? —continuó Asdis—. No son guerreros, sino campesinos, pastores, comerciantes. ¿Podrás, Fyorn?

—Sí —respondió él, tras un largo silencio.

—Escoge, pues, a cuatro.

El muchacho dio un paso al frente y escrutó minuciosamente a los ocho presentes. No tenía ni la más remota idea de quiénes eran, pero, desde luego parecían de todo menos soldados. Una sonrisa amenazó con asomarse a sus labios, pero la mirada de Umdar le advirtió de lo poco conveniente de hacerlo.

—Ese. —Señaló con la cabeza a un joven de cabello negro y tez oscura. Era bastante más alto que él y fornido, con una mirada asesina y penetrante—. Él. —Señaló a un segundo, algo más bajo y menos voluminoso, pero en sus brazos se hacían evidentes unos músculos trabajados. Tenía una mirada impaciente y un cuerpo igualmente fibroso.

Fyorn caminó delante de la hilera, como si las dos restantes elecciones fuesen más difíciles de efectuar. Se detuvo frente a una joven que debía de tener pocos años menos que él. Sus ojos azules eran soberbios y asomaban entre las greñas de un cabello rubio, casi blanco. Mantenía la barbilla alta, en una pose que acompañaba su expresión, sin llegar a intimidar a Fyorn; más bien generaba en él una gracia que no haría evidente en aquel momento. Siguió caminando y resopló.

—Este. —El interpelado era un hombre bajito, pero recio. De escaso cabello cano y enormes manos.

—Te falta uno —le recordó Asdis.

Fyorn observó a Einar, un muchacho joven, de aproximadamente su misma edad, complexión fuerte y mirada de hielo. Era el hijo de un rey, por lo que debía de saber luchar a la perfección, pero había demasiadas razones para descartarlo a pesar de las muchas otras para elegirlo: era el hijo de un rey destronado. Su padre había sido asesinado y a él lo habían utilizado para que el pueblo de Lungeon apreciase la benevolencia de la

Inmortia. Pero Einar se dedicaba a pasear de un lado a otro, tras los pasos del Albor, como si fuera su sombra o su perrito faldero. ¿Desaprovecharía una ocasión como aquella para hundirle un puñal por la espalda? Improbable. Y dijera Asdis lo que dijese, aquella misión ya disponía de la suficiente complejidad como para añadirle más.

—Él —suspiró. El ánimo se le agarraba a las piernas, suplicante. El elegido era un hombre obeso, no muy alto y cuyo rostro había sudado más en aquel corto espacio de tiempo que él mismo en todos los meses que había invertido en ingresar en la Inmortia. Apeataba a miedo, pero las alternativas no dejaban nada mejor, pues la elección estaba entre el saco de grasa miedoso, la chica, un viejo que a duras penas se mantenía en pie, el príncipe destronado y un hombre al que le faltaba medio brazo derecho. Imaginarle luchando habría abierto otra sonrisa en los labios de Fyorn, si hubiera sido conveniente hacerlo en aquel momento.

—Bien —zanjó Asdis—. Los escogidos pueden dar un paso al frente... y retirarse. El resto acompañará a Fyorn hasta Cryda. Aréngalos o haz lo que tengas que hacer y... —Asdis rio—. Y dirígete al Muro Negro. Partiréis desde allí.

—Espera —se quejó Fyorn—. ¿Cómo que los escogidos pueden irse?

Asdis resopló e hizo una mueca de hastío.

—¿Tienes alguna queja? —preguntó.

—No tiene ninguna queja —intervino Eghorn—. Enseguida estará listo.

Asdis le dedicó una larga mirada y escupió en el suelo antes de retirarse.

—No puedo creerlo... —Fyorn apoyó la espalda en la fría tapia y mantuvo la mirada en los cuatro miembros de su inesperada expedición.

—Te dije que tu cabeza distaba mucho de la destreza de tus manos —le dijo Umdar, acercándose a él—. ¿En serio creías que tu abuelo iba a aceptar sin más lo sucedido? Te mete en Achas para que llegues hasta Cryda, territorio defendido por la Dríada, en compañía de cuatro... de cuatro —escupió—. Morirás y se te habrá quitado del medio pese a darte la segunda oportunidad que te ganaste al salvarlo. Él reafirma su puesto en los altares y te concede a ti una mínima gloria, pero bajo la sepultura, que al fin y al cabo es lo importante.

—Me temo que ni eso —intervino Eghorn—. El Albor no toma el asunto de Cryda a la ligera; no lo utilizará solo como excusa para quitarte del medio. Había planificado enviar a un escuadrón y eso sigue adelante. Sabe que lo necesita para lanzar una advertencia allí. Esa legión salió hace horas, durante la noche. Llegarán antes que tú y si tú llegas con vida allí, ellos se

encargarán de ti. Es la orden que tienen. Lo que llegue hasta aquí será que no pudiste cumplir con tu cometido, pero lo intentaste.

Fyorn sonrió.

—Joder, me siento abrumado con tanta atención por parte del viejo. De veras, no la merezco.

—Déjate de idioteces —le espetó Umdar—. Y no subestimes lo que tienes entre manos.

El capitán se giró y observó a los cuatro integrantes de aquella particular expedición.

—¿Me estás hablando en serio? ¡Míralos!

—¡Vaya! —exclamó la joven—. La deshonrosa rata de la Inmortia no está contenta. Yo, en cambio, celebro cada ocasión con la que voy a contar para hundirte una daga en la garganta. No las desaprovecharé, te lo juro.

—Dioses... —masculló Fyorn.

—Escucha, no son una legión —le dijo Umdar, en voz más baja.

—Gracias por decírmelo.

—Pero en ti estará hacerte con su lealtad. Ganarse el respeto de tu gente es tanto o más importante que ganarte su miedo.

—¿Cómo cojones quieres que me respeten? Acaba de amenazarme de muerte.

—Utiliza de una jodida vez tu cabeza, Fyorn, para algo más que para lograr que la nariz de tu enemigo sangre —exclamó Eghorn, agarrando en las entrañas una furia contenida—. Ahora mismo, el Albor te subestima porque te sabe, o te cree, en una situación de inferioridad. Esa es un arma a tu favor.

—Eghorn, por los dioses, todos y cada uno de ellos van a intentar matarme. La legión también, mi abuelo también, en Cryda también, la Dríada también. Debo de ser la cabeza más cotizada de Deonah.

—Pues saca provecho de eso —lo apremió Umdar.

El joven resopló y sus ojos se fijaron en sus cuatro acompañantes, especialmente, en los tímpanos grises del joven príncipe.

—Umdar tiene razón —intervino Eghorn—. Utiliza la astucia. Busca algo que ofrecerles. Están aquí porque saben luchar.

—¿Quiénes son?

—Sus nombres son lo de menos —respondió su hermano de nuevo—. El lugar desde el que provengan da igual. Su tierra de origen, la sangre que corre por sus venas. Todo cuanto ha de interesarte es lo que estén dispuestos a hacer por ti.

Capítulo 5

5. Ego contra ira

El sol enviaba tímidos destellos entre los gruesos nubarrones cuando Fyorn se dirigía hacia el Muro Negro, la parte posterior del Bastión. Desde allí partiría con su particular expedición, rumbo a Cryda.

Eghorn y Umdar lo habían acompañado hasta allí.

El muchacho se detuvo a poca distancia y observó cómo la chica y el hombre manco ayudaban al viejo a montar sobre un caballo, mientras Einar lo hacía sobre otro. Junto a ellos solo había dos monturas más.

—¿Pretenden que yo vaya andando? —preguntó con sorna.

Un soldado los rebasó entonces, tirando con ímpetu de las riendas de una vieja yegua famélica y escuchimizada que a duras penas se mantenía en pie. Sus costillas eran arañazos en un débil cuerpo, anuncios de una muerte no muy lejana.

Fyorn rio al tiempo que negaba con la cabeza, pero el bofetón de Umdar le arrancó la risotada y le hizo apretar los puños, conteniendo la rabia. Temple, se solicitó. Aquel era un ejercicio que en los últimos tiempos estaba poniendo en práctica más a menudo de lo que su aguante amenazaba soportar. Pero Umdar no solo era un superior, sino también el hombre que le había entrenado desde el primer día, aquel que había invertido horas y más horas en días eternos para que él aprendiera a camuflar debilidades y multiplicar fortalezas.

Eghorn ni siquiera se había inmutado, pese a que lo miraba con hielo en los ojos. Su hermano. Sangre de su sangre.

—Miras al frente —le dijo Umdar— y ves a cuatro personas dispuestas a que hoy sea la última vez que ves la luz del sol. ¿Qué cojones te hace tanta gracia?

—El caballo —respondió él, con desdén. Sabía que estaba tentando a Umdar a repetir el bofetón, si no era Egohrn quien se lo propinaba, pero el orgullo le pedía no mostrarse como un cordero asustado. Jamás—. Ni siquiera me dan mi caballo. Es humillante.

—¿Te parece humillante? —le preguntó su hermano. Aquella fue la primera vez que los ojos claros de Fyorn se apartaron de la escena que le quedaba enfrente. Miró a Eghorn, desconcertado—. El padre de ese

apuesto joven que monta sobre el mejor caballo —prosiguió. Fyorn devolvió su mirada a Einar— fue asesinado delante de él, que ve como cada día el hombre cuya mano dirigía esa espada coloca el trasero sobre su trono. Pero, demonios, monta en el mejor caballo, ¿verdad, Fyorn? Y a ti te han dado una yegua vieja. ¿Qué cojones sabrá él de humillaciones?

—Hablas como si te pareciera injusta su situación —respondió él.

Los ojos grises de Eghorn se encontraron con los de Umdar en un silencio tan desconfiado como cómplice. Y al fin fue este último quien habló.

—Tú no tienes caballo. La Inmortia tiene caballos y cuando entras a formar parte de ella, ella te lo cede. Tú no tienes nada, salvo un símbolo en el pecho que te decreta como un traidor y un cobarde. Yo en tu lugar invertiría fuerza y esfuerzos en hacerme merecedor de que me lo arranquen.

—¿Con ellos? —Señaló con la barbilla a los cuatro jinetes que ya lo miraban, con fuego y hielo en los ojos.

—Con lo que sea.

Llevaba tanto tiempo sin vestir otra indumentaria que no fuera la de la Inmortia que los harapos que portaba se le hacían extraños; demasiado rígidos y acartonados, carentes de la menor posibilidad de efectuar movimientos cómodos. Por supuesto, la espada que le habían dado tampoco estaba afilada y tratando de solventar eso había invertido la primera parada en el camino tras abandonar el Bastión. Mientras lo hacía, miraba su escudo abollado.

Una yegua moribunda, una espada roma, las ropas ajadas de un mendigo, cuatro piltrafas humanas a modo de legión y un escudo abollado... Y no había de sentirse humillado. Suponía que era fácil decir eso desde el honorable uniforme de la Inmortia, pero en aquel momento, la afrenta no le generaba risa, sino más bien una ira ciega que estallaba contra un muro imaginario. Temple convirtiéndose en resignación. No les daría la satisfacción de verlo enfurecido, maldiciendo y despotricando. No convertiría su infortunio en un espectáculo.

A algunos metros, la chica y el viejo masticaban, sentados, unos frutos anaranjados que ella había recogido de unos arbustos cercanos y que pelaba de forma intimidatoria con una daga. Hasta ellos iban mejor

provistos, pensó Fyorn.

Einar continuaba montado sobre su caballo y el hombre manco regresó de entre la espesura con una especie de recipiente hecho de pieles que chorreaba.

—Hay un río no demasiado lejos de aquí —anunció—. He traído un poco de agua.

Se la ofreció, en primer lugar, a Einar, que dio un sorbo sin decir nada. Después, se acercó hasta la muchacha y el viejo, que también tomaron un trago largo.

—¡Demonios! —exclamó el anciano—. ¡Está helada!

La chica sonrió.

—¿Y qué esperas en esta época? Debe de hacer pocas semanas desde que ha empezado el deshielo. Da gracias a poder beber en lugar de tener que ponerte a chupar un carámbano.

—No me importa chupar carámbanos —respondió el viejo—. Lo que me faltan son dientes.

El hombre y la joven sonrieron, mientras el primero de ellos alzaba de nuevo su recipiente.

—Aún queda un poco, ¿alguien quiere más?

Einar negó con la cabeza.

—No, gracias —respondió el viejo.

—Yo tampoco —concluyó la joven.

—Bien...

Guardó el recipiente de pieles en la alforja del caballo ante la indiferencia de Fyorn, que ni siquiera levantó la vista de la espada que continuaba afilando. No había sido ajeno a la circunstancia de que a él no le había ofrecido. No esperaba otra cosa. Más temple. Ya habría ocasión de saldar afrentas.

—¿Y cómo os llamáis? —preguntó el manco, sentándose junto a la chica y tomando uno de los frutos que ella le daba.

El viejo frunció el ceño y alzó la vista al cielo plomizo, que había vuelto a engullir el sol, como si allí estuviera escrito su nombre y como si él

supiera leerlo.

—Creo que Harald —respondió, titubeando.

—¿Crees? —El hombre sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Llevo tanto tiempo sin oír mi nombre que ya no puedo estar seguro...
¿Lo estás tú del tuyo?

—Bastante... Soy Gisli. Y me encargaré de que nadie aquí lo olvide, te lo aseguro. ¿Y tú?

—Isbreer —respondió la joven, sin mirarlo, como si le molestase haber de dar a conocer su nombre.

—Tú puedes estar tranquilo —le dijo a Einar—. Y seguir sin abrir la boca, pues todos conocemos tu nombre... mi rey.

El muchacho lo miró, tratando de descifrar si aquellas dos últimas palabras arrastraban algún deje jocoso, pero nada en el acerado rostro de Gisli lo desvelaba. La momentánea incertidumbre llamó también la atención de Fyorn, cuyos ojos esquivaron a los de Einar en un cruce fugaz. Se puso en pie y guardó la espada en su vaina. Aún distaba mucho de ser el arma a la que alguien como él podía aspirar, pero no dudaba de que fuera a servirle si la necesitaba, pues si algo había aprendido en la Inmortia era que cualquier cosa podía servir para matar si se utilizaba con inteligencia.

Montó sobre la vieja yegua que le había sido asignada, arrancando alguna sonrisa discreta cuando esta flaqueó y estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—Seguimos —ordenó—. Ahora.

Einar azuzó la rienda de su caballo y se movió, mientras Gisli ayudaba a Harald a ponerse en pie e Isbreer fulminaba a Fyorn con la mirada.

—Si tengo que aguantar su soberbia un solo día más, por los dioses de Glacyos, que me cortaré las venas —murmuró.

—Ten paciencia, chica —le sugirió Gisli—. Maldices su ego, pero es su mayor enemigo. Acabará matándolo y mientras tanto, nosotros nos sentaremos a mirar.

—Paciencia... y una mierda. Si los dioses no le arrancan la vida hoy, lo haré yo misma esta noche.

Harald se acomodó con dificultad en la silla de montar.

—No subestimes a ese crío —dijo su voz rasgada—. En la Inmortia no entras solo con ego.

—De su ego también me encargaré, no te preocupes.

El fuego le asomaba en los ojos azules cuando hablaba de la Inmortia y cuando hablaba de Fyorn. Y lo que debía parecer una obviedad se convertía en una exótica especie para Gisli. La Inmortia se había plantado allí hacía varios años, arrasando con toda brizna de oposición a su gobierno, a sus formas y a sus fondos. No debía costar encontrar esa parcela de odio en todos aquellos que la habían sufrido: el que no había pasado a ser algo parecido a un esclavo, había visto morir a uno de los suyos bajo las espadas de la legión de acero. Y eso, considerando solo a aquellos que vivían para contarlo. De lo que menos quedaba, seguramente, era de esa especie de necios dispuestos a alzarse contra la Inmortia y contra Íveron, el Albor que ocupaba un trono manchado de sangre y hielo.

Pero las iras en Lungeon había ido aplacándose con el peso de la nieve y de los años. La furia se había convertido en pragmatismo y las ansias de venganza dejaron paso a la resignación. Los fuegos de la rebelión se había aplacado bajo el espejismo de una vida tranquila. Empobrecida, sometida y ninguneada, pero vida al fin y al cabo.

Pocos eran los que se atrevían a buscar problemas en Lungeon y aunque la Inmortia no sería nunca la protectora de la débil población, su presencia bastaba para disuadir otros problemas en forma de invasión o conquista. Para muchos, incluso, el Bastión era un seguro de vida aunque ellos tuvieran vetado el acceso. Aquella mole de piedra infranqueable se había convertido en el indolente guardián de Lungeon y no eran pocas las familias que, a través de sus hijas, hermanas o sobrinas, encontraban en los soldados la llave de acceso hasta allí.

Pero Isbreer tenía muy poco que ver con ellas, y a pesar de su juventud, conservaba vivo aquel fuego abrasador en la mirada que, durante mucho tiempo había impedido cerrar heridas y hablar de olvido.

—Puede que a ese chico lo arrastre el ego. —La voz pausada de Harald despertó a Isbreer y Gisli de sus respectivos pensamientos—. Pero a ti te arrastra la rabia y esa tampoco es buena amiga, sobre todo si aspiras a conservar la vida.

—Me da igual perderla, si en el camino me llevo la suya.

Hablaba en serio. Gisli y Harald lo sabían, pero ninguno de los dos volvió a

decir nada.

La noche desplegaba sus alas cuando ya habían rebasado la frontera que los internaba en Achas.

Fyorn se ajustó la capa, que a duras penas le protegía del frío, y frotó sus manos por debajo, con discreción. Las sentía entumecidas y apenas lograba mover los dedos.

Se había internado en ese bosque solo un par de días antes. De hecho, haber llegado hasta allí, tras los pasos de una bruja, le había costado su lugar en la Inmortia. Cómo se arrepentía. Pero en aquel momento lo abrazaba una sensación nueva y desagradable. Nada que ver con la embestida ciega de la sangre bramándole en su mente que estaba a punto de conseguir algo que podía, por fin, concederle el favor del Albor, su abuelo. Nada que ver con la férrea voluntad de adentrarse un paso tras otro hasta el mismísimo infierno sin el menor atisbo de temor.

Aquella tarde, el bosque desprendía susurros de ultratumba y las ramas de los árboles se alzaban amenazantes sobre su cabeza. El viento silbaba, burlón, entre los troncos negros y el silencio era tan denso que casi costaba avanzar a través de él.

Fyorn había prendido una tea y dirigía los pasos de su yegua, nerviosa y vacilante. En aquel momento, ni siquiera importaba que no fuera un veloz corcel de los pastos del norte.

—Mala noche para pasar por aquí —murmuró la voz áspera de Harald—. El draugar está despierto.

—¿El draugar? —inquirió Isbreer, nerviosa—. ¿Y quién demonios es ese?

Gisli sonrió mientras avanzaba.

—¿En serio no sabes quién es? ¿Qué clase de cuentos os explican a los niños ahora?

—A mí hace mucho que dejaron de explicarme cuentos.

—El draugar es el morador de las tumbas de los grandes guerreros —empezó a explicar el hombre—. Se cuenta que en Achas hay un enorme camposanto que da descanso a los más valerosos y ese fantasma

monstruoso vela su descanso. Se alimenta de carne humana y de sangre.

Isbreer sonrió.

—¿Y por qué crees que está despierto? —volvió a preguntar la joven.

—¿Oyes eso? —le respondió Harald.

Guardaron silencio durante unos segundos, sin ser capaces de oír el menor sonido.

Fyorn avanzaba, escuchando la conversación a sus espaldas. Se hubiera reído de lo ridículos que se mostraban aquellos aldeanos, parlotando sobre viejos cuentos de fantasmas de no ser por que el frío le habría hecho castañetear los dientes, concediéndole un tono patético.

—No se oye nada —dijo Isbreer al fin.

—Exacto —confirmó el viejo—. Un bosque frondoso y extenso, habitado por todo tipo de criaturas. Pero no se oye nada. El draugar está despierto y si no...

—Cierra la boca ya —ordenó Fyorn, hastiado.

No podía negar que se sentía inquieto. No daba ningún tipo de credibilidad a la existencia de aquel fantasma, pero sabía perfectamente que en Achas muchas cosas increíbles eran posibles. Aquella parcela extensa y frondosa de la que el viejo había hablado era tierra de nadie, escondrijo de brujas y todo tipo de seres mágicos huidos de sus tierras, proscritos, traidores, condenados.

En el bosque que crecía entre Lungeon y Cryda no había leyes y la magia negra amenazaba los pasos de cualquier necio que osase adentrarse allí.

Una sombra cruzó tras de ellos como una exhalación. Fyorn se detuvo y se volvió, inquieto. Einar lo miró, con idéntica expresión, mientras Gisli, Isbreer y Harald buscaban de forma desesperada entre el laberinto de árboles. La joven desenvainó, y Gisli y Einar no tardaron en imitarla.

—Está aquí —susurró el viejo—. Nos ha encontrado.

—Deja de decir idioteces —masculló Fyorn.

—¿Estás asustado? —preguntó Isbreer, sonriendo.

—Estoy harto de oíros. Y estoy...

Una figura se abalanzó sobre el cuerpo de Harald, derribándolo de su caballo. El animal relincho y se recompuso para emprender una carrera frenética a través del bosque.

Fyorn no fue capaz de moverse, incrédulo ante lo que veían sus ojos. No era humano. Tampoco era algo que hubiera visto alguna vez y, en las inmediaciones de Achas, lo mágico se exhibía con frecuencia. Pero aquella figura descarnada debía medir en torno a los tres metros, emitía gruñidos de otro mundo y sacudía el cuerpo de Harald como si fuera un muñeco de trapo.

Tanto como el draugar, le sorprendió la fiereza de Isbreer, pues su espada se había hundido repetidas veces en la piel podrida de aquella bestia, cuyas fauces chorreaban sangre. Fyorn no sabía si era la suya propia o la de aquel pobre infeliz, que parecía seguir aún con vida. También Gisli enfrentaba al draugar con decisión, y había sufrido su ira al salir su cuerpo proyectado contra una roca que le hizo crujir los huesos. Se mantuvo inmóvil durante unos segundos, con las manos apoyadas en el suelo y tratando de recuperar el aire, mientras Einar le cortaba el brazo al monstruo. Isbreer sangraba, pero su determinación la llevó a hundir de nuevo la espada en el pecho del draugar antes de apartar de allí a Harald. Lo arrastró por los brazos cuando Gisli acudía de nuevo en ayuda de Einar. El antiguo príncipe de Lungeon cayó al suelo, herido y gritó cuando el draugar lo asió del brazo y trató de llevárselo a la boca. Gisli le saltó encima desde la espalda, y lo inesperado de aquella maniobra, dio con el monstruo en el suelo. El acero del hombre salió proyectado desde el cielo hasta la garganta descarnada de aquel ser, que ya solo pudo alzar los brazos en un vano intento por atrapar algo y emitir un gorgoteo sordo antes de quedar totalmente inmóvil. Después, empezó a deshacerse, como si fuera algún tipo de ácido en una poción. De su cuerpo, se desprendía un humillo blanquecino que danzó fugazmente antes de perderse en el cielo oscuro.

Apenas habían sido unos pocos segundos de angustia, pero Fyorn los había vivido en una especie de hechizo que ralentizó el ritmo de cuanto había sucedido. Ahora que todo había terminado, las imágenes se repetían en su mente, arrastrándolo a aquella parcela que detestaba en su propio raciocinio: en el campo de entrenamiento, en la arena de los coliseos de Lungeon, en el Bastión... Nadie dudaba en esos lugares de su valor, pero ¿y ante la muerte en el decreto de un Proditor? ¿Y ante una bestia mágica en mitad del bosque de Achas? ¿Dónde quedaba ahí su determinación? Cerró los ojos y volvió a repetir en su cabeza la arenga de su padre: «Sentir miedo es bueno; te mantiene alerta, pero también te paraliza. Por eso, ante la peor situación, lo primero que hay que hacer es moverse».

Y eso era, precisamente, lo que no había hecho, pero ¿para qué, para salvar la vida de aquel viejo? ¿Y qué le importaba a él? Nada en absoluto. Por eso no se había movido. Lo miraba mientras Isbreer, Einar y Gisli lo

abrigaban con sus ropas y tapaban, con jirones de tela, las múltiples heridas que lo hacían sangrar. Con lo débil que parecía, debía ser casi un milagro que siguiera con vida, pero así lo indicaba su tenue respiración.

Einar se acercó, despacio y Fyorn lo miró.

—¿Podrías prestarnos el caballo? —le preguntó—. Harald está malherido. No puede moverse, pero hay que irse de aquí y los demás se han escapado.

—Hay que irse, dices, ¿adónde? —preguntó él, aún montado sobre su vieja yegua.

—Estaría bien buscar refugio para esta noche, un lugar... más seguro.

—¿Un lugar seguro, en Achas? —exclamó él, sonriendo—. Olvídalo. No lo hay. Este es tan buen sitio como cualquier otro y...

Isbreer se puso en pie como un resorte y se acercó también a él, colocándose junto a Einar.

—No has movido ni un solo dedo por él, maldito hijo de puta.

Fyorn bajó de la yegua, empujando a la joven a propósito y alzó el mentón para escupirle un poco de soberbia.

—¿Y por qué demonios iba yo a moverme por ese viejo?

—Se supone que hemos de llegar juntos a Cryda, ¿no? —intervino Einar.

Fyorn lo miró con fastidio. No había abierto la boca durante todo el trayecto y ahora que lo hacía tenía que ser solo para recitar solemnes idioteces.

—Yo he de llegar a Cryda —le aclaró—. Lo que os pase a vosotros me trae sin cuidado.

—Vengaré en tu asquerosa soberbia todas y cada una de las afrentas de la Inmortia —masculló Isbreer con los dientes apretados.

Notó la ira tratando de personificarse, como si fuera otro fantasma, la sintió acariciándole el rostro, amenazándolo casi. Pero se esforzó por no borrar la sonrisa de su cara.

—Pon tu culo lejos de mí y sigue soñando —le espetó—. Pasaremos la noche aquí —anunció—. El que esté vivo por la mañana seguirá.

Isbreer le asestó un soberbio puñetazo que le hizo girar la cara y cuando el acto instintivo de Fyorn fue el de devolvérselo, Einar le agarró del brazo, empujándolo.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo? —exclamó el joven príncipe.

—¡Pega tú primero! —gritó Fyorn, fuera de sí—. ¡Y si te pegan primero, entonces pega el último!

Einar lo empujó, interponiéndose entre Isbreer y él.

—No me recites los jodidos lemas de la Inmortia como si fuéramos tus aprendices.

Fyorn rio, aún con la ira desdibujándole el rostro.

—En la vida podrías soñar con ser un aprendiz en la Inmortia. Hace falta un valor que tú no tienes y dignidad para no rendir pleitesía a los asesinos de tu familia.

Isbreer dio un paso al frente, pero Einar la detuvo, y sobre sus cabezas planeó un silencio nuevo y menos inquietante, aunque igualmente demoledor.

Isbreer se zafó del agarre de Einar y, de mala gana, regresó junto a Gisli, que seguía tratando las heridas de Harald.

Einar se acercó unos pasos a Fyorn, que le mantuvo la mirada.

—Es evidente que para entrar en la Inmortia —le dijo— hace falta valor; no te lo niego. Permíteme poner en duda lo de la dignidad. He visto cómo entrenáis vuestro cuerpo, la dureza de las pruebas a las que os someten. Pero dime, ¿qué es lo que os hacen en el alma? ¿Cómo os pudren tanto?

Fyorn hizo más amplia su sonrisa.

—Escucha, principito...

—No existe nada sobre la tierra de Deannah capaz de conmoveros —lo interrumpió Einar—, nada que os aflija el corazón. Solo sois bestias al servicio de un Albor. No te imaginas cuánta lástima me das.

—Lástima... Cuando recupere mi uniforme...

—No tiene nada que ver con la envoltura patética con la que te envían a una misión suicida. Los actos más vergonzantes los has cometido con tu

asqueroso uniforme, aunque esta noche no te has quedado atrás.

Maldijo al darse cuenta de que aquellas palabras le habían arrancado la mueca burlona. Una victoria para el principito, pero este no la festejó y dio media vuelta para sentarse junto a Harald y los demás, con la espalda apoyada sobre el tronco de un grueso árbol y los ojos clavaos en él. Fyorn lo imitó y observó cómo Isbreer clavaba su daga sobre la tierra.

—Buenas noches, malnacido.

Capítulo 6

6. Vrogkhan

El sol aún no había asomado tras las lejanas cumbres del este, pero el cielo ya se teñía de un dorado desvaído que apuñalaba a la noche, arrancándole fulgores malva.

Fyorn se lavaba la cara en las heladas aguas del río que Gisli descubriera en la jornada anterior. No había pegado ojo y aún auguraba que su insomnio forzado se prolongaría durante varios días más. Prefería no pensar en cuántos.

Ya ni siquiera recordaba la última vez que había dormido a pierna suelta o, al menos, todo lo a pierna suelta que la Inmortia permitía. Tras adentrarse en Achas en busca de aquella bruja, su vida había entrado en una espiral de locura en la que el sueño acumulado se convertía en algo casi anecdótico. Pero pesaba.

Durante toda la noche, había sentido la mirada glacial de Isbreer posada sobre él y eso que la temperatura ya era lo suficientemente fría como para helarle el alma.

Harald había pasado las últimas horas sumido en un sueño inquieto, murmurando palabras ininteligibles y carentes de sentido alguno.

Gisli y Einar, por su parte, habían turnado sus horas de sueño para cuidar al viejo y mantenerse alerta.

Y en medio de todo ese movimiento, la noche se le había hecho a Fyorn aún más pesada.

Sin embargo y aunque no hubiera tenido a escasos metros unas cuantas manos prestas por blandir el arma que acabase con su vida, Fyorn estaba seguro de que hubiera sido incapaz de dormir en aquel bosque. Las normas de la Inmortia prohibían internarse en él, pero esa distancia impuesta y cauta nunca le había impedido sentir erizada toda su piel al recorrer los contornos de su espesura.

Achas era un bosque maldito, cuya vegetación hablaba en susurros, hallando en la noche a una aliada perfecta para el embrujo. Sus pulmones eran el aire de los proscritos, recorriendo en heladas ráfagas el laberinto de troncos oscuros. Sus entresijos, las venas que contenían la sangre de

los traidores.

Su maleza ocultaba solitarias tumbas y concurridos camposantos, custodiados por espíritus errantes que regresaron de la muerte mediante las prácticas prohibidas de la magia oscura.

Prisionero de sus propios pensamientos, la llegada de Einar le hizo dar un respingo, sobresaltándose.

¿Cómo había podido el principito colocar su culo allí sin que él lo oyera? Un descuido semejante le hubiera costado un severo correctivo en el seno de la Inmortia.

Einar se lavó también la cara y llenó de agua el improvisado recipiente que Gisli había fabricado con un montón de pieles.

Fyorn se puso en pie, ignorándolo, y caminó de regreso al pequeño claro en el que habían pasado la noche. Se detuvo, sorprendido, cuando observó que el viejo Harald montaba sobre su yegua, cuyas riendas agarraba Isbreer.

Gisli rebuscaba en las alforjas con su única mano, en absoluto preocupado por su presencia.

—Bájalo de ahí —ordenó el muchacho sin más.

—¿O qué? —preguntó Isbreer.

Fyorn observó que la muchacha ya se había llevado la mano a la daga que guardaba en el cinturón. Poco se molestaba en disimular las ganas que tenía de hundírsela en la garganta y al mismo tiempo, él se molestaba menos en no concederle argumentos para hacerlo. Pero de ninguna manera permitiría que aquella gente se burlase de él.

—Escucha, chico —intervino Gisli. El hombre se giró y masticó con despreocupación uno de aquellos frutos amarillos que podían recogerse en los árboles cercanos—, el viejo está herido y hay que salir de Achas cuanto antes, de modo que dejémonos de idioteces y pongámos en marcha, ¿quieres?

—Devuélveme mi montura —repitió él.

—Harald no puede andar.

Fyorn se giró ante la llegada de Einar.

—No le deis ninguna jodida explicación —espetó Isbreer—. Que se quede

aquí si no quiere andar.

—Quiero que me devolváis mi montura.

Se acercó en una zancada y tiró de la manta que cubría al viejo, pero la rápida mano de Isbreer apartó la suya con un tajo que le hizo sangrar.

—¡Basta! —gritó Gisli.

—¿Por qué no lo matamos ya? —propuso la joven.

—Inténtalo —la retó Fyorn.

No llegó a dar el paso pretendido cuando la mano de Gisli se colocó sobre su pecho, deteniéndolo.

—No me toques —escupió Fyorn, con desdén.

—Entonces mantente tranquilo —respondió Gisli, palmeándole dos veces sobre el tórax—. Vamos a marcharnos de aquí lo más rápidamente posible y Harald lo hará sobre la única montura que queda, ¿de acuerdo?

Fyorn no alcanzó a abrir la boca cuando Isbreer tiró de las riendas de la yegua y empezó a alejarse de allí, junto a Einar y Gisli.

—Idos a la mierda —bramó Fyorn, furioso—. No voy a ir con vosotros a ninguna parte. No me interesa llegar a Cryda a vuestro lado, no me servís para nada y podéis quedaros con esa jodida yegua, cuyo nivel como montura está al vuestro como guerreros. ¡A la mierda!

Isbreer se volvió, pero la férrea mano de Gisli la obligó a seguir avanzando y en pocos minutos, Fyorn los hubo perdido de vista.

Suspiró, tratando de disuadir la ira que le quemaba las entrañas. Necesitaba pensar con frialdad. Chasqueó la lengua y empezó a andar. En aquel bosque maldito ni siquiera podía guiarse por la posición de las estrellas, el musgo que crecía sobre las rocas o cualquier otro de los métodos aprendidos de pequeño, simple y llanamente porque en un lugar embrujado nada de eso servía.

Después de largas horas andando —o eso le estaba pareciendo a él—, Fyorn ya ni siquiera sentía el frío. Nadie que estuviera en su sano juicio, se internaría hasta ahí, pero las pisadas, de todas las formas y tamaños posibles, habían convertido el terreno en una mezcla resbaladiza en la que el muchacho arrastraba los pies. Prefería no imaginar a quién o quiénes pertenecían aquellas huellas. Lo único claro es que no eran de su huida expedición.

La laberíntica extensión de árboles se tornaba cada vez más densa y, por momentos, Fyorn había de avanzar de costado para que su cuerpo cupiera entre dos troncos que le flanqueaban el paso. Casi podía sentir que estos se movían, que lo apretaban cuando pasaba, tratando de capturarlo.

Por momentos la lluvia lograba abrirse paso entre la espesura, aunque al mirar hacia arriba pareciera imposible. Durante un buen tramo, las ramas de los árboles se habían mostrado recortadas contra el cielo como garrudas extremidades, retorcidas y suplicantes hacia una nada de ceniza y plomo. Pero ahora, las frondosas copas habían extendido un techo artificial sobre su cabeza

Chasqueó la lengua ante la enésima rascadura y continuó avanzando mientras tiraba de sus ropas, adheridas a su cuerpo, molestas y aún acartonadas a pesar de estar empapadas. De buen grado se hubiera desnudado para despojarse de tan incómoda sensación. Rio al imaginarse desnudo por Achas y pensar en la cara que pondría el Albor.

Se detuvo y su instinto arrastró su mano hacia su espada. Algo que le habían enseñado en la Inmortal era a desbrozar los sonidos propios del bosque, a separar la lluvia del viento y el crepitar del fuego; los sonidos de distintos animalillos e incluso los murmullos lejanos de las voces humanas. Cada uno por separado debía concederle una valiosa información, pero el ruido que oía ahora no se parecía a ninguno de ellos. Un gruñido continuo, como un fuerte ronroneo, recorriendo con demasiada rapidez el entorno, como si danzase alrededor de él mismo, burlándose.

Era ridícula, pero haría daño si era preciso, de modo que Fyorn desenvainó el arma y paseó sus ojos a través de la negrura. La oscuridad no era total allí, aunque el joven no hubiera sabido identificar el foco del que provenía un fulgor de plata. Y tampoco le importó lo más mínimo cuando lo tuvo frente a sí: un lobo de enormes dimensiones y blanco pelaje. Sus ojos eran de un amarillo vivaz y sobrecogedor. Fyorn nunca había visto nada igual, pero sí había oído historias sobre Vrogkhan; historias a las que no había dado nunca demasiado crédito. El lobo asesino de inmortales. Desde los albores, a través de las vastas tierras de Deonah, habían existido seres con dones sobrenaturales, colmados, muchos de ellos con una inmortalidad robada. Furiosos por ver arrebatada

su mayor virtud y convertida en objeto de codicia para otros, los dioses liberaron a Vrogkhan, un hermoso e imponente lobo con la capacidad de arrancar la vida a aquellos que habían hecho de la inmortalidad su propia armadura. Por desgracia para Fyorn, los mortales eran para Vrogkhan un plato tan succulento y apetecible como cualquier otro.

Y entonces fue consciente de que llevaba frente a aquel animal varios segundos, inmóvil, dudando, vacilando. Como siempre.

Las palabras de su padre en su cabeza amenazaron con potenciar su nulo convencimiento ante aquella situación, aunque a medida que se acercaba a la bestia, espada en mano, era incapaz de repelerlas: «Cuando luchas sobre la arena, has de ofrecer un buen combate; es lo que todos han venido a ver. Pero cuando no hay público, preocúpate por tu vida, desentpolva la sensatez que tan poco gusta en la Inmorta y busca alternativas. Alternativas para vivir. Nunca sobre el modo de morir».

Alzó la espada al viento, como una ofrenda al cielo plomizo y la descargó con ira sobre el animal, cuyas fauces le advirtieron, convertidas en el eco de las palabras que resonaban en su mente.

Fyorn reculó y sesgó el aire con su acero mellado, llegando a golpear al animal, que arrugó más el hocico y se le abalanzó encima. Sonrió al percibir la calidez de aquel frondoso pelaje sobre él mismo. ¿Quién hubiera sido capaz de reparar en algo así en semejante situación? Dudaba una y otra vez de su valor en los devenires más complejos, pero aquella era una prueba de que este existía.

Sintió la calidez del lobo y también la de su propia sangre, derramándose sobre su antebrazo ante la dentellada que le desgarró. Golpeó al animal con furia y, para su propia satisfacción, este llegó a emitir un quejido que lo hizo recular un poco. Solo un poco. Fyorn no había llegado a ponerse en pie —tampoco sabía si podría lograrlo— cuando Vrogkhan sacudía de nuevo la cabeza sobre él. El muchacho sentía sus dentelladas en cada parte de su cuerpo y la sangre que empezaba a faltarle le arrancó un brote de furia que lo hizo ponerse en pie. Respiró de manera acelerada, con el corazón convertido en el voraz martillo de una fragua. Percibía cada latido en su pecho disparándole el líquido escarlata a través de sus venas, renovándolo, como si en vez de desangrarlo, lo hiciera objeto de un potente brebaje.

Lanzó un tajo al aire en una curva que hizo estallar su éxtasis cuando la hoja de su espada lamió las entrañas del lobo con un traqueteo brusco al internarse en su piel. Sintió que atravesaba piedra, la más dura y resistente roca, pero el blanco pelaje de la bestia no tardó en verse salpicada de rojo y, por primera vez, no era la sangre de Fyorn.

La visión del animal empezó a tornarse borrosa frente a sus ojos. Los cerró con fuerza y volvió a abrirlos. Se llevó la mano al muslo derecho y advirtió una importante herida que le bañaba la pierna en sangre. De nuevo, la suya propia.

El alarido de Vrogkhan lo puso en alerta y Fyorn llegó a distinguir la flecha clavándose en el costado del animal. Se volvió y topó con la figura de Einar. Empuñaba un arco y las flechas abandonaban la tirantez de su cuerda, propiciando, de forma increíble y casi humillante, la huida del lobo. ¿Había sido un principito destronado capaz de lograr lo que un miembro de la Inmorta no?

La huida del lobo propició el derrumbe en la determinación de Fyorn, que cayó de rodillas al suelo y después su cuerpo se desplomó hacia el lado izquierdo mientras su mano trataba, inútilmente, de taponar la herida del muslo.

Einar se agachó a su lado y rasgó el pantalón de un seco tirón. No ocultó un bufido y su ceño se frunció con gravedad.

Fyorn apenas lograba mantener los ojos convertidos en dos rendijas para escutarlo. En cualquier otra situación, su mente lo hubiera avasallado a preguntas: ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué lo había ayudado? ¿Cómo había conseguido espantar a aquel lobo? ¿Qué clase de arma era aquel arco, en apariencia viejo y casi rudimentario? En cualquier otra situación. Pero en la suya, lo único que trataba de encontrar en la expresión del joven príncipe era la gravedad de una herida que él mismo suponía importante. No tenía por qué leer nada en el rostro de alguien que había sufrido a la Inmorta; nada sino regocijo al verlo de aquella guisa, mas no fue eso lo que descifró en las facciones del muchacho.

Cerró los ojos y ahogó un grito. Que lo oyeran chillar sería ya el culmen de su deshonor, si es que aún le quedaba margen para caer más bajo. Pero el caso era que Einar estaba haciendo algo en su herida que Fyorn no alcanzaba a ver.

La situación le parecía difícil de creer, mucho. Pero más se lo pareció cuando el rostro de Gisli se colocó al lado del de Einar.

—No pasará de hoy —anunció el hombre, una mortífera sentencia que no sumó pesar al ánimo de Fyorn, pues el muchacho había de enfocar todos sus esfuerzos en seguir respirando.

Isbreer se sentó frente a él y se cruzó de brazos. Fyorn la miró y dio gracias por no ser capaz de sostener una visión nítida de aquella desconocida que destilaba odio y amargura desde unos ojos de hielo y

fuego. Tanto odio y amargura como él mismo.

Estuvo seguro de que tomaba la vereda que debía conducir hacia el río de la muerte cuando adivinó la presencia de Harald, con el brazo en cabestrillo y mucho más pálido. El viejo se agachó ligeramente y no dijo nada.

—Ayúdame —le pidió Einar.

Isbreer alzó la cabeza y la sonrisa se mantuvo instalada en sus labios.

—¿Bromeas? No te imaginas cuánto estoy disfrutando esto.

—Isbreer...

—¡¿Qué?! —bramó ella—. ¿Ante cuántas personas se ha compadecido él?

—¿Y qué te hace diferente si ahora te sientas a mirar cómo se muere?
—espetó Einar—. ¿Qué te hace mejor?

—Ya me da igual si soy o no mejor que ellos. Solo quiero verlo morir. ¿Te duele, cabrón?

Fyorn oía las palabras de forma distorsionada, como si el viento pudiera ondularlas y alejarlas de allí. Temblaba y sentía frío. Su mente se nublaba por momentos y la única idea que se aferraba a su lucidez con uñas y dientes era la de no llorar. Sentía un dolor lacerante recorriéndole las venas, como si los dientes de aquel lobo hubiesen entrado en él y lo recorrieran arrancándole la vida poco a poco.

—Negociar la cabeza de este crío podría reportarnos muchos y buenos beneficios. —La voz de Gisli le llegó de igual manera, distorsionada y lejana, pero había salido firme de la garganta del hombre—. Es un miembro de la Inmortia.

—Un traidor deshonroso —le corrigió Isbreer—. Lo han enviado a una misión suicida en las peores condiciones. Por si te que cabe alguna duda, el viejo lo quiere muerto. Y yo, también. Nunca pensé que tendríamos algo en común.

—El crío tiene valor, pero no para el Albor.

Isbreer miró a Gisli.

—¿Entonces para quién?

—Para su hermano, capitán de la legión. No me esforzaré más de lo necesario en salvarlo, pues no me queda nada en Lungeon y lo que otros

deban o no soportar no es ya problema mío. Yo he tragado suficiente. Pero si este crío sobrevive, podemos destrozarnos a la Inmortal. Una venganza de la que tampoco rehuiré.

—Yo preferiría...

—¡Ahora no hay tiempo para hablar! —gritó Einar, impaciente—. Ayúdame a hacerle un torniquete, Gisli.

Las manos del príncipe y la única del hombre se llenaron de sangre y Fyorn sintió una presión en la pierna.

Gisli lo agarró del brazo y tiró de él, alzando su cuerpo sin llegar a ponerlo en pie, dejándolo sentado.

—¿Estás mareado? —le preguntó Einar.

El silencio fue su única respuesta.

—Traeré a la yegua —zanjó Harald.

Era la primera vez que hablaba y, curiosamente, la suya era la única voz que Fyorn había oído con claridad. Supuso que tenían algo en común: los dos debían de estar muertos.

La noche había transcurrido de una manera extraña. Tendido sobre la tierra y envuelto en una manta, no había llegado a sentir calor, pero todas las sensaciones que abrazaban su cuerpo habían volado lejos. Por momentos se sentía flotando en una nube y el cielo parecía moverse, como si se desplazase sobre él.

Los rostros de Einar y Gisli habían eclipsado la visión de un firmamento salpicado de estrellas, como hacía mucho tiempo que Fyorn no lo veía. Le habían hecho preguntas, habían hablado entre ellos, le habían tocado la cara y también la pierna, pero todo había transcurrido como si aconteciese al otro lado de una gruesa capa bajo la cual él no era capaz de percibir gran cosa.

No sabía si se trataría de alguna mejoría que antecedería a la muerte, pero se sintió más sereno cuando la noche empezaba a retirarse en pos de una nueva claridad. Nunca era demasiado poderosa en la espesura de Achas, pero anunciaba la cercanía de un nuevo día y atestiguarlo era una

recompensa para él.

El rostro de Einar fue el primero en asomar de nuevo y sus ojos grises lo miraron, aún sin voz, o sin palabras quizás.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto el joven príncipe.

Fyorn se llevó la mano a la frente y se apartó el pelo de la cara. ¿Cómo demonios podía haber sudado con aquel frío infernal? Se revolvió y, para su sorpresa, consiguió sentarse. Observó su propia pierna envuelta en jirones ensangrentados de ropa, amoratada e hinchada. Torció el gesto al mover el brazo. Todo el cuerpo le dolía, le quemaba.

—No vais a tener mi cabeza —murmuró.

La voz le salió convertida en un gañido patético que le hizo sentir vergüenza y que le abrió una sonrisa a Einar.

—Si vas a recuperar tu actitud soberbia, procura, al menos, que la apariencia acompañe. Ahora mismo no asustarías ni a una ardilla.

Quiso responderle, pero se sintió mareado y echó la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre el mismo tronco en el que mantenía el cuerpo reclinado.

—Lo digo en serio —logró decir después. Abrió los ojos y miró a Einar—. No sé qué tenéis planeado, pero no...

—Eso tendrás que preguntárselo a Gis.

—¿Pretendes hacerme creer que tú me has salvado desinteresadamente?

—Me trae sin cuidado lo que creas. —Einar se puso en pie—. Ya veo que estás bien. Me congratula.

—¿Cómo pudiste herir a Vrogkhan? Era él, ¿no?

—Sí, asesino de inmortales. Se lo debemos a Isbreer, igual que el hecho de que sigas con vida.

—No me digas...

—Posee un par de ungüentos mágicos, uno para sanar todo tipo de heridas y venenos. El otro, lo que Gis ha dado en llamar «matatodo». Impregné las flechas con uno y tu pierna, con otro.

—Genial... Magia

—¿Preferirías estar muerto?

—¿Antes que deberle la vida a esa?

—También me la debes a mí.

—Pues no esperes que te dé las gracias. No te he pedido nada.

—Yo a ti tampoco. Aún.

Capítulo 7

7. La canción del cazador

Muchos eran los que hablaban de las criaturas que moraban en Achas, de sus oscuros parajes, sus laberínticos bosques y sonidos de ultratumba. A aquellas alturas ya había tenido buena muestra de todo ello, pero Fyorn no entendía por qué su inacabable extensión no formaba parte de la leyenda negra de aquel lugar infernal.

Había perdido la cuenta de los días que estaban invirtiendo en atravesar su espesura y hacia adelante solo había más. Al menos, Fyorn había recorrido esa distancia montado sobre aquella desdichada yegua, que había amenazado con desplomarse un par de veces. Pero no lo había hecho, como tampoco lo había hecho Harald, que caminaba junto al animal con su brazo en cabestrillo.

No podía negarlo y había tenido que pelear, incluso, contra sí mismo en una silenciosa batalla interna, pero aquel viejo enclenque y debilucho despertaba en él una secreta admiración. Estaba herido y debía de tener hambre, sueño, sed. Apenas lograban cubrir las más mínimas y esenciales necesidades para un ser humano y sin embargo, el viejo no se había quejado lo más mínimo; no había cedido, no había exhibido la menor muestra de fallida resistencia.

Mientras, Gisli avanzaba guiando las riendas de la yegua con una calma tal que por momentos Fyorn había de recordarse que estaban en Achas y no en las campiñas de Lungeon en una tarde de primavera. Einar avanzaba a su lado con el arco colgado a sus espaldas, junto a la aljaba. Aún recordaba a aquel enorme lobo desplomándose y huyendo, arrastras y despavorido, ante el efecto de aquel ungüento con el que el heredero al trono de Lungeon había impregnado sus saetas.

Y cómo no, Isbreer. La tensión con ella era tal que cada mirada de aquella joven le abría una herida en el cuerpo, o más bien le reabría alguna de las que ya tenía, que no eran pocas. Y que dolían. En especial la de la pierna. Presentaba mucho mejor aspecto; no podía negarlo. Los cuidados de Einar y Gisli con aquel otro mejunje del que le había hablado el primero de ellos, habían obrado milagros en su maltrecha extremidad.

—Si mis cálculos no son erróneos, deberíamos abandonar Achas en un par de jornadas —observó Gisli—. ¿Qué te darán si llegas hasta Cryda y le das un escarmiento a la Dríada?

—No preguntes qué le darán a él —intervino la voz indolente de Isbreer—. Pregunta más bien, qué nos darán a nosotros.

Cuatro pares de ojos se clavaron en él, esperando una respuesta.

—A mí, espero, mi lugar de vuelta en la Inmortia. A vosotros, me trae sin cuidado.

—Pero se supone que no lo conseguirás sin nosotros, ¿no es así? —quiso saber Gisli.

Fyorn dibujó una sonrisa soberbia en sus labios y se apoyó sobre la horquilla de su montura.

—¿En serio crees que vosotros podéis marcar la diferencia entre...?

Guardó silencio y se irguió, provocando que aquellos que habían estado pendientes de él se volteasen para darse cuenta de que los estaban rodeando. Contó ocho figuras, entre hombres y mujeres. Y aun sin tener certeza de ello, supo que se trataba de brujos y brujas. Como aquellos a los que había dado muerte días atrás; como aquella cuya persecución le había costado el puesto, el honor y prácticamente la vida en la Inmortia.

—Yo no acabaría esa frase si quieres salir con vida de esta —murmuró Gisli.

Fyorn ni siquiera recordaba a qué frase se refería. El hombre se volvió y lo miró, sonriendo. Entre sus labios sostenía una ramita de algo y por momentos, Fyorn no podía dejar de preguntarse si a aquel tipo no se le habría ido la cabeza. Un viejo, una mujer, un príncipe destronado... ¿qué podía achacarle a Gisli, sino algún tipo de demencia, una locura que lo llevaba a actuar de formas extrañas y sin sentido alguno? Además de la falta de su mano, claro estaba. Una cosa era afrontar el miedo con serenidad y valor. Otra, con una mueca sonriente tatuada en los labios y una calma que casi invitaba a bajar la guardia.

—¿Qué quieren? —preguntó Isbreer.

Ninguno de ellos había desenvainado a pesar de que los recién llegados sí sostenían sus espadas en la mano, pero a Fyorn no le cabía duda alguna de que ella sería la primera en hacerlo, llegado el momento. Su mano, descansaba ya sobre la empuñadura que guardaba en su cinturón y a él, el gesto no le pasó inadvertido.

—Venganza... —murmuró.

Isbreer se volvió fugazmente y lo miró.

—¿Contra quién? ¿Contra ti?

—Contra la Inmortalia —confirmó él.

—Qué raro... Entonces, que luchen contra ti.

—Podemos probar —respondió Gisli. Se deshizo de la ramita que llevaba entre los labios y la colocó sobre su oreja—. Oíd, si estáis cabreados por la muerte de alguno de los vuestros, la culpa es del chico. Matadlo a él.

Si algunos de aquellos hombres y mujeres no se hubieran movido, Gisli habría empezado a pensar que estaban rodeados de estatuas. Ninguno de ellos modificó un ápice su expresión, como si estuviesen tallados en mármol, pero sí su posición, adelantándose un pasito y lanzando una vívida advertencia.

—No creo que estén por la labor —observó Einar—. Propongo algo. Olvidamos nuestras diferencias durante... ¿Conocéis la canción del cazador? —preguntó, interrumpiéndose.

—¿Eres idiota? —escupió Isbreer.

—La conozco —irrumpió Gisli—. Todo el mundo la conoce. ¿Qué pasa con ella? ¿Quieres que cantemos mientras luchamos?

—Algo así. Cantadla interiormente... Pongamos tres veces. Durante ese tiempo seremos aliados y lucharemos juntos. Después, saldremos de este bosque maldito. ¿Qué os parece?

—Cuatro veces —solicitó Gisli.

—Cuatro veces —aceptó Einar.

—Eres idiota —repitió Isbreer.

Fyorn sonrió y desmontó con un salto que lo dejó clavado en el sitio. Alzó la cabeza y sus ojos se fijaron en los de Isbreer por encima de la yegua. No importaba que fuera ella, o que fuera el viejo o la propia yegua. Todo cuanto quería en aquel momento era centrar su atención en cualquier cosa que le impidiera expresar dolor.

Por un momento había olvidado la herida de la pierna que, montado sobre su montura, no le había ocasionado molestia alguna, pero bajar de aquel modo había prendido en él los Siete Anillos del Infierno, algo que no evidenciaría en los preámbulos de una pelea. Informar a un enemigo sobre la existencia de un punto débil vendría a ser algo así como una

declaración de inferioridad. Primera lección en la Inmortalidad. No caería en ello.

Observaba a Isbreer, tratando de que el dolor que sentía en la pierna trepara hasta sus ojos y saltase para abrazar a la joven, asfixiándola, ahogándola, matando de un plumazo todo cuanto ella misma congregaba en su mirada. Pero aquel tormento seguía aferrado a la pierna de Fyorn, enviándole latigazos al resto de su cuerpo. Y siguió mirando a Isbreer, cediendo ante aquellos pensamientos que, de forma impertinente y casi repulsiva, derrumbaban sistemáticamente, una tras otra, las ideas que siempre habían conformado el muro de protección de su particular mundo. De pequeño, le habían enseñado a pensar de una manera, defendiendo unos ideales inquebrantables, pero una voz en su mente siempre había logrado abrirse paso entre todas ellas: la de su padre. Una forma diferente de ver las cosas, de pensarlas y de vivirlas. Ciertamente era que nunca se lo habían presentado como a un gran ejemplo, pero él no podía evitar que la rebeldía de su progenitor y el modo en que había cuestionado cada cosa, hubiese arraigado de alguna forma en su cabeza. Por eso, más allá del iracundo rostro de una enemiga, Fyorn empezó a ver otra cosa. Reparó en unos ojos azules, grandes y fríos como el hielo. Reparó en una nariz pequeña, con una sutil curva hacia arriba. Reparó en unos labios carnosos y fruncidos; en un cabello lacio que serpenteaba en trenzas deshechas sobre los dorados mechones. Un cuello largo, delicado y deliciosamente tentador marcado por una cicatriz que le lo rodeaba, como un tortuoso collar.

En aquel momento se sintió incómodo y solo entonces reparó en que la incomodidad había suplido al dolor. Pero la pausa había sido demasiado larga. Lo sacó de ella el puño estampado de una bruja contra su mejilla. Trastabilló y la yegua trató de encabritarse, haciendo caer a Fyorn. Rodó hacia un lado y desenvainó cuando la misma mujer hundió su acero en la tierra, en un vano intento por atravesarlo. Y de forma absurda, en su mente, dio inicio a la canción del cazador:

En las noches de tormenta

sale el viejo cazador,

a su alma nada amedrenta,

en ella no existe el temor.

Logró ponerse en pie y aunque ya no tenía a Isbreer delante, hubo de hacer de tripas corazón para no evidenciar su dolencia. Lanzó un tajo al

aire y la mujer reculó. Lanzó otro y llegó a rozarla. Lanzó un tercero y la atravesó. Dio un tirón seco y recuperó la espada, pero la de su adversario era más larga, brillante y afilada, de modo que se agachó para efectuar el intercambio. No se movió al oír el silbido de una hoja volando sobre su cuerpo y, agachado aún, observó la cabeza de otra mujer rodando hasta acabar debajo de la suya, mirándolo sin expresión alguna, inerte. Se irguió y topó con el sonriente rostro de Gisli.

—Las mujeres siempre han perdido la cabeza por mí —bromeó el chalado.

Porque eso era, un demente manco. Fyorn ya lo tenía claro. Pero el demente peleaba con una destreza que ya hubiera querido para sí el más ducho miembro de la Inmorta con dos manos entre sus recursos.

Chasqueó la lengua ante su propio pensamiento y se lanzó a por un brujo. Más le valía ocupar la mente en algo que no le hiciera cavilar idioteces, así que volvió a centrarse en la canción, que ya había entonado en su cabeza un par de veces. Su rival alzó la espada y detuvo la suya con un choque metálico. Pero Fyorn sujetó la empuñadura con las dos manos y guio la espada en una curva que hizo caer al brujo. Este alzó su acero desde el suelo y provocó otro choque contra la espada de Fyorn, que no pudo aprovechar su ventaja.

El brujo se puso en pie y lo embistió con decisión, pero si bien los pensamientos del muchacho eran muros resquebrajados, su habilidad con la espada era sólida e indiscutible. Con ella en las manos se sentía muy superior a cualquier otro, aunque este otro fuera un brujo. No obstante, si un igual disponía de pocos argumentos con los que sorprenderlo, un ser mágico contaba con muchos más.

Fyorn se movía con decisión, con una técnica depurada y envidiable; un don de los dioses, según decían muchos en la Inmorta. El muchacho poseía una capacidad inigualable para atisbar el flanco, el hueco, el trazado hasta el punto mortal de un cuerpo enemigo. Esta vez no fue una excepción, y aun sin haber causado todavía la muerte de su oponente, ya contaba una baja más en su particular lista. Llevar la cuenta le divertía, pero dejó de hacerlo cuando se sintió incapaz de moverse. Magia. Odiaba la magia por su incapacidad para controlarla y por desequilibrar peleas de forma injusta. La mano le temblaba mientras trataba de moverla y ahora las tornas se habían volteado, siendo el brujo, dueño y señor de aquella seguridad aplastante que antes había sido su bandera. Gritó, furioso y se tragó su voz cuando una espada asomó desde el abdomen del brujo, deteniéndose a escasos centímetros del suyo propio. La espada de Harald.

El brujo cayó al suelo y el anciano le dedicó una mirada severa sin

detenerse a esperar agradecimientos.

Fyorn se dio cuenta, entonces, de que solo quedaba un brujo más y el suelo de Achas prolongaba su leyenda negra con la sangre derramada en un lugar donde se alzaría un nuevo e improvisado camposanto.

Gisli lanzó el acero silbante sin llegar a golpear al hechicero, que descargó con furia su hoja. El demente la detuvo con dificultad y empujó al brujo hacia su izquierda con la espada para que Fyorn lo ensartase con la suya. El hombre cayó de rodillas al suelo y la bota del muchacho sobre su pecho, lo empujó hacia atrás para recuperar su arma, manchada de sangre.

Se quejó al hacerlo y se llevó la mano al muslo. La pelea había terminado, de modo que ya podía exhibir debilidades y dolencias. Buscó a Einar con la mirada y lo encontró, resollando y herido en un brazo, aunque, aparentemente, nada de consideración.

—¡Joder! —exclamó Gisli—. Ha sido una buena escaramuza. Después de todo, formamos un buen equipo, ¿no os parece? He matado a tres y me ha sobrado una estrofa.

Einar se dejó caer de rodillas al suelo, ignorando la absurda cuestión del demente manco. Harald envainó su espada e Isbreer paseaba de un cadáver a otro, tratando de asegurarse de que estaban muertos.

—¡En fin! —añadió el hombre—. Parece que hemos perdido a la yegua, así que nos toca seguir a pie. ¿Puedes andar? —le preguntó a Fyorn.

—Sí —respondió este, con indiferencia.

Einar volvió a levantarse, aceptando la mano que Gisli le tendía, y en un silencio nuevo y extraño retomaron la marcha. Esta vez era Fyorn quien cerraba aquella peculiar procesión, no ya solo porque la pierna no le permitiera avanzar más deprisa, sino también por la absurda necesidad de mirar a Harald, a Gisli, a Einar e incluso a Isbreer en un fácil convencimiento de que, tal vez, no eran tan horribles como había pensado, al menos en lo que a capacidad de lucha se refería. Lo demás no le interesaba.

Sonrió para sí, arrastrando aún la pierna. A él le habían sobrado dos estrofas... pero solo había matado a dos.

Capítulo 8

8. El precio de la vida

La pierna había adquirido un ligero tono amarillento y estaba hinchada. Temblaba, pero su rostro estaba perlado en un sudor frío que anunciaba fiebre. Sentado sobre la hierba, sus ojos buscaron a Isbreer un par de veces. Según le había dicho Einar, ella era la propietaria de aquel mejunje que antes le había hecho olvidarse por completo de todos sus males, pero tenía muy claro que moriría antes que rebajarse a pedirle que le diera un poco más. Del príncipe tampoco había rastro y Fyorn lamentó su ausencia, pues era el único que había mostrado preocupación por él hasta entonces. ¿Dónde demonios se habría metido? Con Harald, seguramente, pues el viejo tampoco estaba allí.

Gisli masticaba algún tipo de fruto violáceo que había recogido de las copas de los árboles más bajos. Escupió con el rostro contraído en una mueca de asco, y volvió a meterse otro en la boca. Definitivamente aquel tipo se comería cualquier cosa que le cupiera entre los dientes sin necesidad de identificarlo, pensó, y casi podía calificarse de milagroso que, siendo así, continuara con vida. Pero a él aquel espectáculo empezaba a revolverle el estómago.

Se puso en pie con gran dificultad y cojeó hasta el río, cuyas aguas podían oírse al otro lado de la espesura. Al llegar allí topó con Harald, bañándose. El viejo estaba completamente desnudo y sus viejos pies se tambaleaban sumergidos bajo el cristalino líquido. Genial, pensó Fyorn, huía del lamentable espectáculo alimenticio de Gisli para presenciar la ducha matutina de Harald, cuyo esquelético cuerpo trataba de verse liberado de suciedad y sangre. Pese al malestar que aquello le generaba no podía negarse que le sorprendía la evidente mejoría del viejo, y todo gracias a aquel mejunje por el que él mataría en ese momento.

Dio media vuelta para desaparecer también de allí y encontrar un lugar en el que agonizar tranquilo, pero algo le hizo detenerse antes y voltearse.

—¿Qué tienes tatuado en el pecho? —quiso saber.

El viejo lo miró con indiferencia y se llevó la mano sobre el corazón.

—¿Esto? —preguntó—. Deberías conocerlo bien.

Fyorn se acercó de nuevo, cojeando y constató lo que ya había creído advertir: el emblema de la Inmortia latía bajo el trazo de los traidores,

como le ocurría a él mismo.

—¿Tú perteneciste a la legión?

—Así es.

El anciano se agachó y ahuecó las palmas de sus manos recogiendo agua para dejarla caer sobre su cabeza, donde apenas se mantenían unas pocas hebras de pelo blanquecino.

—Y fuiste designado traidor... —observó Fyorn.

—De eso también sabes tú.

—Pero estás vivo —espetó el muchacho con desdén.

—¿Acaso eres tú un fantasma?

—¿Elegiste destierro en el Proditor? —preguntó Fyorn.

El viejo volvió a ponerse en pie.

—¿Lo elegiste tú?

—Creo que a estas alturas, todo el mundo sabe lo que pasó en El Bastión la noche de mi ritual.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Que salvé al Albor y me concedió una nueva oportunidad.

Harald espetó una carcajada.

—¿Esto te parece una oportunidad? ¿Para qué, para hacer el ridículo? Vamos, chico.

Gisli hincó las rodillas en las márgenes del río y vomitó en las cristalinas aguas, arrastrando la corriente los restos de su fallido manjar y llegando estos hacia el espacio en el que Harald se bañaba.

—¿Qué cojones estás haciendo? —se quejó el anciano, visiblemente molesto.

—Esa mierda sabe a rayos —respondió él, mientras se enjugaba la boca con el antebrazo—. Y ni siquiera creo que fuera comestible...

—¿Y por qué te lo estabas comiendo, entonces? —preguntó Fyorn,

asqueado.

—Porque pretendo llegar vivo a Cryda, y para eso, a veces hay que comer mierda, ¿lo entiendes? Mierda que no te gusta ni te sacia, pero te alimenta y te mantiene.

—Siempre que no te mate... —musitó el viejo.

Fyorn volvió a mirar a Harald. La llegada de Gisli había interrumpido su conversación, pero en todo aquello había mil extremos que él no tenía claros, ni mucho menos. El viejo sonrió al percatarse de ello.

—El chico quiere saber si elegí destierro durante mi Proditor en la Inmortia —murmuró—. Sí, así fue. Después, volví a Lungeon en un barco de pescadores.

—Destierro... —murmuró Fyorn. El desprecio fue una máscara sobre su rostro o quizás una expresión adherida a él—. Qué honorable. Gente como tú no merece llevar el emblema de la legión ni siquiera debajo de la marca de los traidores.

—¿Eso crees?

Harald salió del agua y pasó por delante de él para recoger la ropa que había dejado algo más apartada.

—Sí, eso creo.

—Tu padre no pensaba así —intervino Gisli de forma inesperada.

Fyorn frunció el ceño ante aquel comentario.

—No oses mentar a mi padre.

Gisli torció la cabeza como si ante sus ojos tuviera a algún tipo de exótica especie, o como si tratase de encontrar algo en su rostro.

—Dioses, resulta curioso verte defender a Obrom y al mismo tiempo, a la Inmortia.

Fyorn abrió la boca después de que aquel chalado aludiera al nombre de su padre. ¿Cómo lo sabía? ¿Por qué decía aquello? Como fuere, lo cierto era que había conseguido dejarlo sin palabras y había muy pocas cosas capaces de lograr eso.

—¿Qué sabes tú de...? —logró balbucear.

—¿De Obrom? —espetó Gisli—. Que en un primer momento, dio todo para entrar en la legión; que empezó pronto a cuestionar formas y fondos, y a ganarse latigazos y severos correctivos. Y que acabó aborreciéndola en última instancia, aunque nunca la dejara. El viejo no pudo con él.

Fyorn examinó a Gisli, dubitativo ante la determinación que había flanqueado a aquellas palabras y, como si adivinase sus dudas, el hombre se alzó la raída camisa para mostrarle el mismo símbolo que Harald sobre su pecho.

—Tú también...

—Yo también fui un miembro de la legión de Acero. Yo también fui decretado traidor y yo también elegí destierro. ¿Sabes por qué? Porque un desterrado puede luchar por todo aquello por cuanto no puede hacerlo un muerto. Y... no sé tú, chico... —Gisli anduvo hacia un matorral que crecía, bajo, a las márgenes del río. Entre sus hojas, de un verde oscuro y afiladas puntas, crecía un fruto negruzco que el hombre arrancó y olisqueó antes de llevarse a la boca—, a mí luchar me parece bastante más honorable que morir. Al menos, si puedes elegir. Y ya que el viejo ha tenido siempre la cortesía de permitirlo...

—Pero vosotros no os conocíais —repuso Fyorn, desconcertado—. Os presentasteis en el bosque. ¿O eso era una mera representación?

—No conocíamos, chico —explicó Gisli—, aunque hubiéramos llegado a olvidarlo, pues largo fue el tiempo sin vernos.

Harald había terminado de vestirse para ese entonces y avanzó un par de pasos, interponiéndose entre Gisli y Fyorn.

—Este símbolo —le dijo golpeándole en el pecho. Fyorn reculó— debería haberte despertado a muchas mentiras de la Inmorta, pero sigues tan ciego como el primer día. Cuando la vergüenza te permita escuchar con claridad, estaré encantado de contarte la historia de Obrom.

—Conozco perfectamente la historia de mi padre —respondió él, reculando un par de pasos para apartarse aún más del viejo—. Murió cuando yo tenía seis años. Fue un leal soldado de la legión... y no un traidor. Mucho menos, un cobarde.

—En eso te doy la razón —murmuró Harald. Lo miró como minutos antes lo había hecho Gisli—, pero te pareces poco a él. Supongo que, después de todo y a pesar de todo, el viejo ha hecho un buen trabajo contigo. Hay granos en el culo que vale más tener de tu parte...

Harald se apartó y Gisli se mantuvo junto a la maleza, masticando y degustando algo que parecía agradarle más que el anterior fruto con el

que había dado.

—¿Por qué...? —Fyorn se interrumpió. Ni siquiera sabía cuál era la incógnita en todo aquello o tal vez, por cuál de todas ellas empezar—. ¿Qué sentido tiene...?

—Tu padre confió en nosotros, chico —respondió el viejo, consciente en apariencia, de las dudas que martilleaban la cabeza de Fyorn—. Y nosotros en él.

—Supongo que no es casualidad que hayáis acabado conmigo en todo esto, ¿no?

—No, no es casualidad.

—¿Qué es lo que queréis?

—Venganza. Y justicia.

Una voz nueva irrumpió en la conversación y Fyorn se volvió ante la figura de Einar. De las heridas que le habían ensuciado el rostro ya no quedaba prácticamente nada; tampoco de su cansancio ni de todos los sinsabores que la noche anterior habían apagado por completo su aura real, si es que acaso eso podía prenderse. Fyorn solía pensar que sí, que a la realeza la distinguía algo invisible aun en las más penosas situaciones. Lo había pensado siempre y lo había confirmado con Einar. Ni siquiera convertido en el perrito faldero de su abuelo, había dejado de verse diferente junto al resto.

—¿Venganza contra quién? —quiso saber.

—Venganza contra el viejo. —Einar se colocó delante de él y por primera vez en mucho tiempo su expresión se le antojó temible—. Por eso es importante que llegues hasta Cryda; allí está la clave de todo. Allí... y en ti mismo.

—No entiendo absolutamente nada de todo esto.... pero si buscáis ir contra el Albor, no lo lograréis conmigo. Por más penosa que resulte la situación, no me pondréis en esa disyuntiva. Ir contra él es ir contra la Inmortia

—¿Qué pasa aquí?

Isbreer llegó hasta allí con su habitual pose. En ella, Fyorn no podía dejar de admirar su capacidad para mantenerse siempre en guardia. Llevaba la capa puesta y aun así, el joven pudo distinguir su mano sobre la daga que portaba en el cinturón. ¿Sería posible sorprenderla alguna vez?, pensó

para sí. ¿Acaso mientras dormía?

—La que faltaba... —murmuró—. ¿Tú también eres un miembro de la Inmortia? —lo preguntó con sorna, conocedor como era de que en la Legión de Acero no se aceptaban mujeres. Pero la significativa mirada de la joven le borró la sonrisa irónica.

—Te sorprendería —intervino Harald.

—Imposible —respondió tajante, Fyorn.

—¿Qué pasa? —escupió ella—. ¿Te horroriza pensar que lo que has conseguido tú lo han logrado también muchas mujeres?

—Mientes.

—No estoy mintiendo, maldito imbécil. —Se acercó hasta él y se apartó la camisa, mostrándole también el emblema de la Inmortia soterrado bajo el de los traidores—. Sin embargo y a diferencia de ellos, yo sí podría cargar con tu muerte a mis espaldas, a pesar de todo. Yo sí lo daría por bueno.

Había un odio tan nítido en su mirada que incluso a Fyorn lo sobrecogía.

—A pesar de todo —murmuró él—. ¿A pesar de qué?

—Una de tus jodidas pruebas de acceso a la Legión de Acero consistió en matar a mi padre —respondió ella.

Los ojos le brillaron mientras se acercaba aún más con los dientes apretados y liberando una ira contenida, amarrada por demasiado tiempo. Cada vez que su mirada lo tomaba como objetivo, Fyorn sentía que algo lo atravesaba, aunque ella no hubiera llegado a desenvainar.

Isbreer dio media vuelta y desapareció, regresando al claro.

—Entiendo el sentir de esa cría —intervino Harald, tras un largo silencio—; es el de mucha otra gente en Lungeon, te lo aseguro, aunque muchos hayan aplacado su sed de venganza bajo una segura comodidad. No han olvidado, solo aspiran a seguir viviendo mientras esperan.

—¿Esperan a qué? —preguntó Fyorn.

—A que la Legión de Acero se largue para siempre de Deonnah —intervino Gisli.

Fyorn sonrió, aunque al hacerlo sintió un puño etéreo golpeándole en el estómago. Aún tenía clavadas en su oído las palabras de Isbreer y por un

efímero instante le dolieron.

«El corazón de un guerrero ha de estar forjado en acero. A veces la justicia se aplica con dolor. Blinda tus sentimientos hacia los demás y límitate a ser justo».

Sobraba decir que la particular justicia de su abuelo solía ir de la mano de sus propios intereses. Aplicarla dolía porque a veces se hacía sobre aquellos que parecían inocentes; solo lo parecían, se repetía Fyorn. Y como siempre, las ideas de su progenitor se bifurcaban en consejos opuestos, abofeteando a las de su abuelo:

«Si al matar, tu conciencia te habla, aunque sea en débiles susurros, aprende a vivir sin sentimientos hacia ti mismo; de lo contrario, terminarás odiando aquello que eres y aquello que haces».

Otra vez la batalla interior de la que él nunca podría salir vivo, simple y llanamente porque lo enfrentaba contra sí mismo. Su padre había muerto cuando él era pequeño, pero en esos escasos seis años juntos, Obron había hecho de él un hombre con férreos valores soterrados bajo la infranqueable armadura que Íveron había construido encima. Y a veces no sabía qué era más fuerte: si el acero que lo cubría y lo mantenía inmune a todo cuanto no fuera la Inmortia o el joven que vivía atrapado en su interior, acallando demasiadas veces unas ansias devoradoras de rebeldía.

Capítulo 9

9. Esclava y señor

Magary cerró los dedos y los sintió completamente helados. No importaba cuánto atusara el fuego de la chimenea ni la cantidad de mantas y pieles que se echase por encima. El crudo helor que abrazaba Lungeon y, más concretamente el Bastión, nunca daba tregua.

También las horas de soledad ayudaban a potenciar la sensación. Eghorn apenas estaba en casa, cumpliendo con las mil responsabilidades que le exigía la Inmorta y no podía negar que lo echaba de menos.

Cerró los ojos y evocó su tierra natal. El sol matutino de la ciudad de Duna la besaba en la frente al arrancar el día y el sudor era una sempiterna capa sobre su bronceada piel. El viento del este era caliente y le lamía el rostro, en una caricia de fuego. Cómo echaba de menos todo aquello. En los días más fríos temía olvidar aquellas sensaciones relegadas tras la esclavitud de la que fuera víctima hacía ya tantos años. Cada recuerdo que la llevaba hasta Duna acababa devolviéndola a los grilletos, a las largas caminatas exhibiéndose como mercancía y al miedo atroz aferrado a su garganta, privándole incluso del aire el día en que llegó a Lungeon; la mortecina tarde en que los ojos de aquellos guerreros de acero, como su propia legión, la desnudaban sin tocarla y murmuraban a su alrededor. El temblor en sus manos y en sus piernas la primera noche en la habitación de Eghorn; una noche en la que ninguno de los dos durmió. Sentado cada uno de ellos en un rincón distinto, agazapada ella, paciente él.

Magary suspiró y recogió el fardo de ropa sucia que debería lavar en el río. Solo pensar en sus manos sumergiéndose en el helor de la gua la enfermaba. Pero la mujer no llegó a cruzar el umbral de la puerta dando cobijo a esa idea. Dos brazos la aferraron con fuerza y la arrastraron ante su incapacidad para reaccionar. Llevaba una daga en la bota, pues Eghorn le había advertido de que no saliera nunca de allí sin ella, y si debía usarla lo haría, aguardando el momento propicio y la ocasión perfecta. Aún no. La búsqueda de a misma, sin embargo, se diluyó cuando aquel soldado la condujo ante el Albor. Nunca había estado frente a él salvo su primer día en el Bastión, cuando su esposo la había escogido y el viejo hubo de dar el visto bueno. Desde entonces, lo había divisado en multitud de ocasiones y en más todavía lo había imaginado muerto bajo su daga, pero en aquel momento, refrenaría sus ansias en pos de la cautela, pues un paso en falso podía acabar costándole muy caro.

El viejo se acercó, con las manos en la espalda y la más absoluta nada en sus ojos grises.

—¿Qué precio le pones a tu libertad?

Magary frunció el ceño, desconcertada ante aquella cuestión.

—¿A qué os referís?

—¿Quién ayudó al bastardo?

Si la primera pregunta la había dejado helada, la segunda la clavó en su sitio.

—No tengo ni la más remota idea de lo que me habláis.

Íveron la agarró de la cara y apretó con fuerza.

Los sollozos de una joven empezaron a oírse a sus espaldas, junto a unos pasos que se aproximaban a trompicones.

—Mañana a primera hora, tu hermana y tú podréis ser libres, si me das la información que preciso. Solo la verdad. Si me mientes, si tratas de engañarme, antes del alba estará muerta y tú cavarás su tumba en medio del coliseo. ¿Quién ayudó al bastardo?

Magary aferró con fuerza su propia falda, tratando de refrenar el temblor de sus manos. Detestaba mostrar miedo ante aquel hombre, pero era plenamente conocedora de que cualquiera de sus soldados temblaría ante él; ¿cómo no iba a hacerlo ella?

—Hubo una tormenta... —masculló entre dientes.

El Albor le dio la vuelta con fuerza y Magary quedó de frente a su hermana. Cynn vivía en Lungeon, pero llevaban sin verse tantos años que la emoción la embargó junto a la rabia, y todo se paralizó cuando la daga del soldado que apresaba a su hermana menor se hundió en el estómago de la joven, que cayó de rodillas al suelo.

—Si no me das la información que preciso, me aseguraré de que ningún sanador se ocupe de ella. Si hablas, la atenderán ahora mismo y mañana al alba, estaréis lejos de aquí. Seréis libres. Solo la verdad. Si me mientes, te aseguro que lo sabré y tú te arrepentirás.

La voz de Íveron fue un susurro amenazante en su cuello. El viejo no necesitaba alzar el tono ni efectuar el más mínimo desgaste de energía. Al

viejo le bastaba con vivir.

—Eghorn... —susurró ella.

Cerró los ojos, asqueada ante su propia traición, pero ¿qué, si no, podía hacer ante aquello? No era ajena a la posibilidad de una mentira, a que el viejo acabase matándolas a ambas de todos modos, pero al menos, aquello le daría cierto margen de maniobra. Si callaba o le mentía, Cynn moriría en ese preciso instante y a ella, no le concedería mucho más tiempo; si acaso el justo y necesario para sufrir cavando la tumba de su hermana y acabar compartiéndola con ella.

El bravío oleaje embistió al cielo en una batalla imposible. Las nubes oscuras parecían responder a la acometida, pero más allá de aquella ardua disputa, solo distinguió la difusa línea del horizonte.

Eghorn apartó el catalejo de su ojo y suspiró, mirando a Umdar, que permanecía apostado tras de él.

—¿Y bien? —le preguntó este.

—Nada —respondió Eghorn, mientras negaba con la cabeza.

Umdar bufó y se arrebujo más bajo su capa.

—Si tenemos que pasar un solo día más aquí, vigilando, por mi madre que acabaré saltando al agua. No puede estar más fría que el aire.

Eghorn sonrió.

—Seguro que a Úrutan le encantaría hacerte la raya en la cabeza con la quilla de su navío.

Umdar espetó una carcajada.

—¿Qué navío? Llevamos cuarenta y ocho horas aquí, sin movernos, y no hemos visto nada. A menos que viaje en un barco fantasma... Asdis estaría borracho como una cuba cuando vio los barcos.

—No creo que lo estuviera. Por muy demencial que un ataque por mar pueda ser, estamos hablando de Úrutan. El fortalezano es capaz de eso y

de más.

—¿De sacrificar a toda una flota? No me cabe la menor duda. No tiene nada que hacer en un ataque por mar. ¿Dónde pretende desembarcar? El viejo puerto está inservible y la costa es escarpada en la isla de Drey. Destrozarían los barcos.

—No lo sé, pero...

Se interrumpió al girar la cabeza y topar con la figura de un soldado, acercándose hasta allí. Umdar se puso en pie, inquieto.

—¡Eghorn! —lo llamó el recién llegado—. El Albor quiere verte.

—Enseguida voy.

El hombre que había llegado hasta allí dio media vuelta de nuevo, mientras Eghorn y Umdar lo veían alejarse.

—Espero que haya entrado en razón y haya decidido relegarnos de esta mierda de guardia —farfulló este último—. Hay cosas más importantes que hacer.

—¿Más que prepararnos para un ataque de Fortaleza?

—Un suicidio de Fortaleza, dirás.

Caminar entre la roca del Bastión casi le supo a gloria. Allí el ambiente era igual de gélido que en el resto de Lungeon, pero al menos el viento no podía colarse entre los cerrados pasillos.

Sus pasos lo llevaron con firmeza y determinación hasta la Sala de las Columnas, donde el Albor aguardaba con gesto implacable. Como siempre. Ni siquiera se inmutó al verlo llegar, cuando Eghorn le dedicó el saludo de la Inmorta, golpeándose en el pecho.

Íveron permanecía sentado sobre el viejo trono, como si formase parte de una regia estatua de piedra y hielo. Su voz retumbó por toda la sala, convertida en un inquietante eco.

—¿Te causa problemas tu mujer?

Eghorn frunció el ceño, desconcertado. Hubiera esperado cualquier cosa por parte del viejo. Cualquier cosa, salvo aquello.

—No —respondió, tratando de escudriñar adónde quería llegar, pues la única manera de no acabar de bruces frente a él era tratar de ir un paso por delante, algo sumamente complicado.

Íveron se puso en pie y se acercó hasta él.

—¿Podría desear venganza contra ti por alguna razón?

Eghorn lo miró largamente.

—No —respondió de nuevo.

No lograba adivinar las intenciones del Albor, pero lo que tenía claro era que la vacilación sería su peor enemiga.

Íveron sonrió, aparentemente satisfecho.

—La ejecutaré esta misma noche. Deberás buscar a otra, si aún te quedan ánimos para ello, aunque si aceptas una sugerencia, deberías centrarte por un tiempo, al menos, en la guerra que se nos aproxima. ¿Habéis visto algo en la costa?

—¿Ejecutarla por qué? —quiso saber.

Íveron lo miró con el ceño fruncido. Era extraño ver a Eghorn cuestionar algo o no limitarse a responder con diligencia sobre cualquier cuestión. Pero acababa de preguntarle por los avistamientos en la costa y él parecía indignado por la noticia dada acerca de la mujer con la que vivía.

—Acaba de comprarme su libertad. Y no ha vacilado demasiado. Te acusa de haber ayudado al bastardo a huir —respondió el Albor, con sosiego—. Pero es evidente que miente y el castigo es claro. Vayamos a lo importante, Eghorn—. Íveron dio media vuelta y caminó de regreso al trono. Tosía y para nadie había pasado inadvertido el empeoramiento de su salud en los últimos días—. Las naves de Fortaleza fueron vistas hace apenas tres jornadas. Han de ser pocas, pues...

—No está mintiendo.

El silencio bramó como un trueno en la sala y por un momento, Eghorn hubo de comprobar que las columnas seguían en su sitio, sosteniendo los elevados techos, pues la impresión que había tenido al soltar aquellas tres

palabras fue de que se le habían caído encima.

—¿Cómo dices?

—No está mintiendo. Dice la verdad.

En aquel momento, su mente era incapaz de procesar el hecho de que Magary lo hubiera delatado. No podía preguntarse razones ni porqués; no podía valorar merecimientos. Lo único que pudo hacer fue tratar de protegerla, impedir a toda costa que el viejo la ejecutase, tal y como había anunciado.

—¿Cómo lo ayudaste? —preguntó.

La serenidad solía ser en él un peor presagio que el estallido de la ira. Eghorn lo sabía bien.

—Pedí a los hechiceros del bosque que propiciasen una tormenta. Aprovecharía el desconcierto para huir. Pero se quedó. El muy imbécil se quedó.

Pronunció las últimas palabras como si no las hubiera dicho en voz alta, como si hubiera hablado solo para sí.

No tenía caso mentir; lo sabía perfectamente. Cualquier jugarreta que pudiera salir mal derivaría en la muerte para Magary y en aquel momento solo podía pensar en ella. Ni siquiera confesando la verdad podía tener la certeza de que el viejo fuese a depararle distinta suerte, pero si pensaba que en la mujer podía hallar una mayor lealtad que en el propio Eghorn, quizás respetase su vida. Solo quizás. En cualquier caso, valía la pena intentarlo. Todo antes que limitarse a darle sepultura.

—¿Los hechiceros?

La mueca de asco en el rostro de Íveron se fundió con la más absoluta incredulidad.

—Así es. Tengo trato con ellos desde hace tiempo.

Sus tratos habían sido escasos y en absoluto perjudiciales para la legión a la que profesaba lealtad, pero no se justificaría de ese modo; no buscaría palabras que sonasen a excusa y lo que hubiera de afrontar, lo haría con valentía y arrojo. No cabía otra opción. No le habían enseñado otra cosa.

—¿Por qué? —preguntó Íveron.

De nuevo su voz fue un susurro, y de nuevo Eghorn tuvo la sensación de

que la sala retumbaba.

—Porque es mi hermano.

El viejo bajó la mirada, como si valorase la situación.

—De todos lo hubiera creído salvo de ti —masculló con los dientes apretados—. De todos, salvo de ti. Capitán de la Inmorta, hijo ejemplar, nieto ejemplar, sangre de mi sangre. Malnacido —añadió, mirándolo con un odio tan afilado como su espada—. Habrá Proditor esta noche.

Entró como una embestida en su cuarto y encontró a Magary atendiendo a su hermana, que se recuperaba del corte asestado. Cynn dormía y ella miró a su esposo, temerosa de su posible reacción. Eghorn nunca se había portado mal con ella, pero acababa de delatarlo ante el Albor y las consecuencias serían fatales. Sin embargo, el hombre se limitó a mirarla, con un gesto de visible gravedad dibujado en su rostro

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió, aún aterrada y con la cara surcada en lágrimas.

—Tienes que irte de aquí.

Eghorn empezó a moverse de un lado a otro, empacando las cosas de Magary, que se adelantó un par de pasos, confusa.

—¿Irme? ¿Adónde?

—No me fío de él. Querrá hacerme el mayor daño posible y matarte sería el mal mayor. Tengo unas horas antes del Proditor. Umdar te acompañará hasta el sur...

Magary lo sujetó del brazo al comprender que Eghorn no le haría daño. Se sintió avergonzada por haberlo temido y lo abrazó con fuerza, rompiendo a llorar.

—Lo siento mucho. Amenazó con matarla, Eghorn; la hirió. Iba a matarla. Tuve que contárselo...

Él asintió, mientras observaba a Cynn. Era la hermana de su mujer, pero

no la conocía. Las esposas de la Inmorta no tenían familia.

—Tienes que irte —se limitó a decir—. Tú y ella, si acaso pudiera seguirte. Umdar os llevará hacia el Sur, hasta el antiguo puerto. Allí os recogerá una embarcación hasta las Atalayas, en Finnis. Más cerca de tu hogar.

—¿Te someterá a Proditor?

—Olvídate de eso.

—¿Cómo voy a olvidarme de eso?

Eghorn se zafó de su agarre y colocó el fardo a medio hacer sobre la cama, junto al cuerpo de Cynn, que dormía en un sueño inquieto, su rostro perlado en sudor.

—Compraste tu libertad, ¿no? Empieza a disfrutarla.

Magary lo agarró de nuevo del brazo.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —bramó, llorosa—. Dime qué querías que hiciera.

Eghorn le dedicó una larga mirada.

—Nada. Supongo que por momentos he llegado a perderme en el espejismo de lo que nunca hemos sido. Ten cuidado.

—¿Qué quieres decir?

—Magary, vete.

—Dime qué has querido decir —le exigió ella, sin soltarlo del brazo.

—¡Esclava y señor! —gritó él—. Eso es lo que siempre hemos sido; nunca marido y mujer. Aunque por momento se me olvidase, aunque tratara de ignorar la realidad.

—¡Nunca he estado aquí por deseo propio! —se justificó ella—. Es cierto que soy una esclava, ¿cómo habría de negar eso? Me arrastraron hasta Lungeon, vivo con una daga permanentemente a mano, temiendo cada vez que sales por esa puerta o cada vez que lo hago yo. Si te aburrieras de mí, cualquier otro soldado podría hacerme lo que le diera la gana. Pero te quiero, Eghorn. Paradójicamente, en mi cautiverio tú has sido el único atisbo de libertad.

—Un atisbo no es suficiente. Márchate y abárcala con los brazos

extendidos. Esa es la libertad que mereces, la que siempre debí darte...

Se llevó la mano a la cara, como si de pronto reparase en una evidencia que había vivido siempre ante él. Protegerla entre los muros de aquel pequeño habitáculo no había sido libertad. Llevarla hasta la costa, meterla en un barco, enviarla a la región de Finnis o la de Kardunia, a la isla de Panteón, incluso; cualquiera de esas posibilidades sí lo habría sido y a nadie le hubiera importado su muerte. Pero el egoísmo había jugado a su favor, proyectándole un reflejo equivocado que solo ahora era capaz de ver.

—La quiero contigo. —Magary lo abrazó por detrás y pegó su frente sobre la espalda de Eghorn—. Escoge destierro y vayámonos juntos. Por favor. Te esperaré hasta el alba en el puerto. Por favor.

Eghorn se zafó de su abrazo y traspasó el umbral de la habitación como una ráfaga de viento.

No había nada especial en aquella noche; ni una actividad inusual, ni un cambio en las rutinas de la guardia, Nada. Si acaso, algo más de movimiento en las cercanías del coliseo, pues apenas habían sido una decena los hombres enterados del Proditor. Y aquello le revelaba mucho a Eghorn. No sería una humillación aleccionadora ni ejemplarizante. No serviría como advertencia para nadie ni exhibiría la ya conocida implacabilidad de la legión para impartir disciplina hasta sus más altas cotas. No. Todo eso ya se sabía. Y en alguien de la influencia de Eghorn, podría suponer un arma de doble filo.

Dos soldados lo sujetaban desde sendos brazos, no porque pensasen que trataría de huir o algo parecido, sino porque eran las premisas que marcaba el ritual. Aquellos hombres, parecían incluso incómodos ante el hecho de haber de sostener allí a Eghorn.

Umdar se colocó delante de él con el hierro incandescente, aquel que corroboraría la deslealtad y el deshonor, pero pocos sabrían lo distinto que era para Eghorn el significado que le daba a aquello.

Colocó el metal despacio y sintió el temblor en el cuerpo de Eghorn, que aguantó estoicamente, con los dientes apretados hasta que el alma le pidió un grito que lo hizo caer de rodillas cuando los hombres que lo sujetaban lo soltaron.

Por primera vez en mucho tiempo un Proditor no alzó abucheos ni gestos de humillación. Por primera vez, el crepitar de las llamas en el coliseo fue

el chasquido de un gigante en la noche, el sonido que gobernaba entre los murmullos horrorizados.

Umdar se agachó frente a él. A duras penas lograba cubrir su pesar bajo una neutralidad que se le resquebrajaba.

—No sé qué cojones has hecho, Eghorn.

—Asegúrate de que Magary está bien —le pidió él, agarrándolo de la pechera—. Cerciórate de que abandona la isla de Drey. Y si mi hermano vuelve... si regresa, Umdar...

—Lo cuidaré, te lo juro. Pero ¿qué voy a decirle, Eghorn? ¿Qué puedo decirle?

—Si vuelve como lo que es, no necesitaré explicaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Hazlo ya —respondió él tras un largo silencio—. Estás impacientando al Albor.

—Que le jodan —murmuró, contenido.

Eghorn sonrió y se mantuvo de rodillas en el suelo. Sujetó a Umdar de la nuca y juntó su frente a la de él.

—Cuídate, hermano.

Capítulo 10

10. Un poco de hogar

El sol siempre había sido todo un misterio para Fyorn. Solía imaginarlo como el objeto olvidado de unos dioses huidizos, tan fascinante como incomprensible. Una bola de fuego levitando inmóvil en el cielo y ofreciendo un calor convertido en burla. Debía de ser capaz de otorgar mucho más, pero en la fría Lungeon su calidez era apenas un tentador espejismo.

Hubo un tiempo en el que los dioses caminaban sobre aquellos senderos, respiraban su mismo aire y saciaban su sed en aquellos mismos ríos. O eso había oído. Y aquel imponente astro debía de ser algo así como un rastro perdido en el momento en el que decidieran no mezclarse más con los simples mortales.

Aquella mañana brillaba con intensidad, como si esos mismos dioses les otorgasen su particular presente por haber sido capaces de abandonar el bosque de Achas y seguir con vida.

Resultaba paradójico. Por momentos, Fyorn no sabía en qué extremo ubicarse. Seguir con vida. Le dolía tanto la pierna, cuyo aspecto había empeorado ostensiblemente, que había llegado a sentirse muy próximo a la muerte; había oído su susurro en el oído y su caricia, sobre su cuello, como una amante fría. Al mismo tiempo, otra vocecilla interna, algo más cálida, le había repetido que el dolor estaba ligado a la vida y que la ausencia del mismo solo auguraba malos presagios.

Se detuvo por enésima vez y se dejó caer sobre la hierba fresca sin rastro de nieve apenas. El sur le abría los brazos, aunque él no pudiera responderle.

Einar se agachó enfrente y alzó una ceja, mirándolo.

—¿Sigues vivo? —le preguntó.

—Jódete...

—Sí, sigues vivo. Supongo que la ponzoña te mantiene, pero hasta esa se te acabará. Isbreer está dispuesta a darte de ese mejunje... si se lo pides.

Fyorn trató de sonreír. Ya ni siquiera le importaba si lograba o no engañar

a alguien.

—Prefiero morirme.

Se sobresaltó cuando una espada se clavó entre sus piernas abiertas. Gisli se agachó a su lado y le dio un seco tirón del pelo, apartándoselo de la cara.

—No puedes morirte, chico —le dijo con desdén—. Te necesitamos, pero puesto que no le pedirás nada a la chica, lo conveniente es que te cortemos la pierna.

—¿Qué cojones estás diciendo?

Las palabras de Gisli habían conseguido arrancarle un latigazo de furia, aletargada toda ella bajo una odiosa debilidad que no le daba ni para mostrar su indignación.

—Se te gangrenará si no la tratas y dado que no pareces dispuesto a hacerlo, habría que tomar medidas antes de que sea demasiado tarde.

Fyorn miró a Einar, como si esperase a que este desmintiera la dura afirmación de Gisli, pero el antiguo príncipe de Lungeon se limitó a mirarlo, esperando respuesta.

—¿Para qué me necesitáis?

—Para llevar a la Inmortalidad donde merece.

Toda respuesta en boca de Gisli parecía natural, como si tratase un asunto que todos debían conocer, pero además de no ser así, todo cuanto decía multiplicaba las dudas y las preguntas.

—¿Llevarla donde merece? ¿Buscáis destruir a la Legión de Acero? Es demencial y solo habla de....

—Chico, no voy a contarte toda la historia para que luego te mueras. Sana esa pierna o córtala y entonces, nos pondremos manos a la obra.

Fyorn buscó a Isbreer con la mirada. La joven se mantenía algo más apartada, junto a Harald, comiendo y, en apariencia, ajena a la conversación que se daba tras de ellos.

—Vamos, la enviaré al río, así tendréis un poco más de intimidad.

Gisli se puso en pie ante la socarrona sonrisa de Einar.

—¿Intimidación para qué? —preguntó Fyorn.

—Para que puedas pedirle el ungüento sin tener que humillarte delante de todos, ¿para qué otra cosa, si no? Si hay algo más que quieras hacer con ella, eso es asunto tuyo, chico.

—Dioses...

El hombre se alejó unos pasos y se agachó junto a Isbreer y Harald. Fyorn no supo qué le habría dicho, pero la muchacha se puso en pie y se alejó. Después, su extravagante compañero lo miró y sonrió, alzando el brazo al aire en señal de victoria

.

A Fyorn ya no le sorprendió que Isbreer se hubiera dado cuenta de su llegada. La chica vivía en constante alerta, pero a pesar de reparar en él, apenas le dedicó una fugaz mirada antes de volver a llenar el recipiente que Gisli le había dado con el agua helada del río.

Fyorn resopló y se acercó, despacio. Cómo odiaba tener que rebajarse. Se arrodilló junto a la joven, con una mueca de profundo dolor y la miró, mientras ella lavaba y rellenaba el recipiente.

—Gisli dice —empezó, sin más— que me darás ese mejunje si te lo pido. Pues bien, te lo estoy pidiendo.

Isbreer sonrió sin que eso le arrancase el más mínimo atisbo de odio en la mirada.

—No he oído tu petición.

Fyorn negó con la cabeza mientras se mordía el labio inferior. No se lo iba a poner fácil, debí haberlo deducido.

—Dámelo.

—Dioses, eso ha sonado como una orden. Patética viniendo de alguien que lleva varias millas arrastrando pierna y alma, pero una orden al fin y al cabo.

—Oye, ¿qué quieres? ¿que me arrastre?

—Sería un principio.

—No sé quién demonios era tu padre y si yo lo maté, entiendo que me odies, pero... no puedo devolverle la vida y... Ellos dicen necesitarme sin que... Tú misma lo...

—¿Lo harías, si pudieras? ¿Le devolverías la vida a mi padre?

Fyorn resopló.

—Si eso fuese a servir para que me des esa mierda...

—Se te ve arrepentido.

Se puso en pie y caminó un par de pasos, pero las palabras de Fyorn la hicieron detenerse.

—No me he arrepentido jamás de matar a nadie. No sé quién era tu padre, pero probablemente tampoco me arrepienta de haberlo matado a él. Si quieres una confesión hipócrita para darme eso, solo dilo.

Se puso en pie, llevándose la mano al muslo y avanzó, arrastrando la pierna.

—No quiero nada de eso. No voy a darte nada.

—Ya me diste una vez. ¿Por qué ahora no...?

—No, yo no te he dado nada. Einar me lo quitó y no volverá a pasar, te lo aseguro.

Fyorn avanzó hacia ella e Isbreer alzó el codo, estampándose en la cara. Furioso, el joven se abalanzó sobre la muchacha sin previo aviso y el forcejeo fue duro a pesar de las condiciones que lo lastraban. Isbreer gritó mientras lo arañaba en la cara y él se volteó, dejándola debajo. La tenía inmovilizada y solo debería esperar a que sus fuerzas desfallecieran. Mientras esperaba, la miraba a los ojos, perdido en la absurda necesidad de encontrar en ellos algo más que ese odio; ese frío glacial; es nada asesina.

Cinco segundos y seguía percibiendo la fuerza contenida; diez y el cansancio empezaba a hacer mella en ella. Quince y había dejado de moverse. Veinte y hubo de recordar por qué estaban así, ella mirándolo a él; él mirándola a ella, sin más.

Hasta que el cabezazo de la muchacha le hizo sangrar la nariz, rompiéndosela y devolviéndole a su traicionera memoria la razón de su disputa. Aquella joven era insoportable, un saco de odio, ira y sed de

venganza. Su crudo reflejo en un espejo imaginario.

Fyorn se apartó de un empujón y ella desenvainó la daga que le hundió en la pierna sin miramiento alguno.

El grito del muchacho fue atroz, un eco retumbando en la inmensidad del bosque. Tendido boca arriba en el suelo, lloró como no lo había hecho jamás, arrastrado por un dolor insoportable que le hizo desear la muerte, un final balsámico y sanador que acabase para siempre con sus sinsabores.

Isbreer lo miraba y él la miraba a ella, entre lágrimas y sangre, derrotado y rendido.

—Lo siento... —balbuceó entre sollozos—. Ayúdame... Por favor... Ayúdame.

—Cielos, deja de hacer sufrir al crío —exclamó Gisli, acercándose—. Te está pidiendo perdón.

—No se arrepiente.

—Se arrepienta o no, no podrá devolverle la vida, Isbreer —dijo entonces Einar—. Ayúdalo. Vamos, hemos llegado más lejos de lo que lo habíamos hecho nunca. ¿Vas a mandarlo todo a la mierda por una venganza personal?

Isbreer se dejó caer de rodillas junto a él y Fyorn cerró los ojos mientras sentía cómo sus manos hurgaban en su herida. Pero nada sería capaz de ocasionarle más dolor de lo que lo había hecho aquella hoja rasgando, arrancando, sesgando. Sintió también las lágrimas bañándole las sienes y aquello ni siquiera le hizo sentir vergüenza; lejos de eso, solo pudo abandonarse a un alivio que lo arrastró hasta un sueño profundo.

Abrió los ojos y los rayos de un sol de bronce incidieron directamente sobre ellos, obligándolo a entrecerrarlos. Si Fyorn siempre había creído que el sol era el rastro perdido de algún dios, en aquel momento, creyó haber llegado hasta su morada. No había dolor y sentía calidez; dos aspectos que rara vez, tal vez nunca, hubiera podido abrazar en vida. No estaba tan mal aquello, después de todo. Si lo hubiera sabido, de hecho, tal vez no hubiera afrontado con tanta fiereza cualquier intento enemigo por acabar con él.

Pero el rostro de Gisli lo sacó de aquella ensoñación, derrumbando de un plumazo su fantasía.

—Hemos cortado. Era lo mejor.

Fyorn dio un respingo y se irguió como un resorte para comprobar que sus piernas seguían en su sitio. El hombre espetó unas carcajadas exageradas mientras se ponía en pie y se alejaba de allí, cruzándose en su camino con Einar, que se acercaba.

—Maldito imbécil... —masculló, respirando aún de forma entrecortada.

—Mucho mejor, ¿no?

Einar tomó asiento frente a él, mientras Fyorn se acariciaba la pierna, que de pronto volvía a parecer una pierna.

—No es tan mala, después de todo —dijo el joven príncipe—. Isbreer, quiero decir.

—Es peor.

—Estás vivo gracias a ella.

—Me hundió una daga en la pierna y hasta que no me tuvo bramando en los infiernos no accedió a ayudarme.

—Supongo que a ti también se te da bien llevar a la gente al límite. Es curioso que veáis como los más atroces defectos en otros lo que en vosotros ensalzáis como las más admiradas virtudes. En cualquier caso, me alegra que recuerdes lo sucedido, pues le debes gratitud.

Einar hizo ademán de ponerse en pie, pero Fyorn lo sujetó del brazo.

—¿Qué quieren de mí? ¿Qué queréis? Es absurdo que me necesitéis para acabar con ella; primero, porque no se puede y segundo, porque yo formo parte de ella y jamás os allanaría el camino.

—Puede que en Cryda te hagan cambiar de opinión.

—¿La Dríada? ¿Crees que me dan miedo esas mujeres?

Einar sonrió.

—No creo que sea miedo lo que deseen generar en ti.

—¿Entonces de qué va todo esto?

—Ya lo sabrás, Fyorn.

Abrió la boca, pero de ella no emergió el menor sonido, mientras veía a Einar alejarse. Lo había llamado por su nombre y aquella simplicidad le había devuelto un poco de hogar, fuera este lo que fuese. Un ideal, pensó. Ningún día en la Inmorta podía considerarse hogar, ni el frío Bastión, ni las órdenes del Albor, ni los entrenamientos en el coliseo. Ni siquiera las tardes de charla con los demás muchachos. Todo era orden, frío, disciplina y obediencia ciega. Quizás solo algo en Eghorn pudiera considerarse hogar e incluso él anteponeía la Inmorta y sus obligaciones para con ella antes que el cariño que, no dudaba, le profesaba a él. Lo habría matado en el Proditor de no ser por la repentina tormenta que había estallado allí aquella noche.

También Magari, aun siendo una esclava, lo había tratado con cariño y calidez, pero él siempre había estado convencido de que lo hacía solo por ser la esposa de su hermano, un sentimiento postizo que se esfumaría si algún día Eghorn decidía romper su matrimonio con ella.

—¡Vamos, señores! —exclamó Gisli a lo lejos, sacándolo de unos pensamientos que lo invadían con más frecuencia de lo deseado.

Mientras recogían los escasos enseres que portaban con ellos, Fyorn comprobó que Isbreer tenía un golpe en la cara. Supuso, además y aunque no le doliera, que él debía de haberse llevado otro en la cabeza, porque el cuerpo le pedía hacer algo nuevo o tal vez fuese la sugerencia de Einar y su necesidad de saber más sobre el misterio que envolvía los intereses de aquellos hombres y de ella misma en torno a él.

Se puso en pie, resoplando y comprobó, aliviado, que la maniobra no acrecentaba el escaso dolor de su pierna. Se acercó a la joven, lidiando con las miradas socarronas de Gisli y Harald, así como con la sonrisa discreta de Einar.

—Gracias —le dijo con un hilo de voz.

Ella lo miró con su habitual gesto.

—No te he oído.

—He dicho que gracias.

Isbreer dio media vuelta sin responder, pero Fyorn la agarró del brazo, impidiéndole marcharse. Los ojos de la joven se clavaron en sus dedos y

él la soltó, como si aquella mirada quemase.

—Lamento haberte golpeado.

Isbreer sonrió.

—No lo lamentas.

—¿Vas a decirme tú lo que lamento y lo que no? ¿Lo sabes, acaso, mejor que yo?

—Un miembro de la Inmortia no lamenta nada que ocasione el dolor de otros. Solo el suyo propio. En eso os habéis convertido.

Fyorn frunció el ceño.

—¿Nos hemos convertido? ¿Y qué éramos antes según tú?

Isbreer negó con la cabeza y dio media vuelta, uniéndose a los demás.

—No pienso dar un solo paso hasta que no me digáis qué queréis de mí, cuál es el interés en mantenerme con vida a pesar del deseo ciego que todos tenéis por verme muerto.

Harald y Gisli intercambiaron una significativa mirada y el primero de ellos se acercó a él, exhalando un amplio suspiro.

—En Cryda hay amigos de la Inmortia —le dijo—, podría decirse que una parte importante de la legión.

—¿Amigos de la Inmortia? ¿Quiénes? ¿Por qué nadie sabe nada de eso en Lungeon?

—¿Y quién te ha dicho que no lo saben? —preguntó Gisli, que no se había movido de su sitio.

—¿Qué hacen en Cryda? —quiso saber Fyorn—. ¿Ayudan, acaso, contra la Dríada?

—¿Contra la Dríada? —respondió Gisli, pensativo—. No, no exactamente.

—No puedo creerlo.

—Si tu incredulidad y tu pierna no lo impiden —intervino Harald—, habremos llegado a Cryda en un par de jornadas. Y entonces podrás dar crédito a todo cuanto ahora oyes. Pero pregúntate únicamente por qué el Albor iba a poner tanto empeño en mantener a raya y advertida a una

población de aldeanos, pastores y campesinos.

—La Dríada los ayuda —se justificó él—. Y esas mujeres están contra la Inmortalidad. No hay más razón.

—La Dríada solo los defiende —zanjó Gisli.

Empezaron a caminar y Fyorn lo hizo en última instancia, dedicándole una mirada al bosque de Achas que ya quedaba atrás. Resultaba curioso: cuando era un destino que había que acometer, todo en él se alzaba inquietante y temible. Una vez rebasada su tenebrosa extensión, nada lo distinguía de un simple bosque, con su vegetación y una asustadiza fauna. Nada que ver con la cruda realidad.

Supuso que a aquella sensación contribuía todo cuanto le esperaba a cada paso que daba, pues el misterio parecía más latente en Cryda que en Achas. ¿Quién más podía haber allí? ¿Y por qué Gisli, Harald e incluso Isbreer llevaban en su pecho el emblema de la legión?

Capítulo 11

Llevaban ya un buen rato caminando y encaraban la última jornada de viaje. Cryda no podía estar ya demasiado lejos y de ello daba fe el calor que empezaba a arreciar por la zona. Fyorn nunca lo había sentido con esa intensidad, pues aquella era la primera vez que abandonaba las tierras de Lungeon.

—¡Última parada, señores! —anunció Gisli, a voz en grito—. Si todo va bien esta noche dormiremos a buen recaudo.

Dejó caer el pequeño fardo con el que cargaba y a su lado tomaron asiento Isbreer y Einar. Harald se alejó y Fyorn se sintió incapaz de seguir prolongando todas aquellas preguntas que lo atormentaban. Se acercó al viejo con discreción y se apoyó sobre el retorcido tronco de un árbol oscuro y de desnudas ramas.

—¿Quién hay en Cryda? —preguntó sin más.

Harald lo miró fugazmente y se entretuvo en tratar de prender una fogata, mientras Gisli y Einar se perdían bosque a través, con la intención, probablemente, de cazar algo. Isbreer se dedicó a afilar su espada en un gesto que, por primera vez, no le resultó intimidatorio a Fyorn.

—Hay respuestas que es mejor tener frente a las narices a que otros te las expliquen.

—Ya, pero yo estoy harto de esperar. Lleváis medio camino posponiendo una explicación y empiezo a pensar que me estáis tomando el pelo.

Harald sonrió.

—A esto es exactamente a lo que me refiero. Por más que te expliquemos no dejarás de pensar que te tomamos el pelo. Sin embargo, creerás en aquello que veas.

—Vamos, por favor.

De nuevo la sonrisa curvó los delgados labios de Harald.

—En menos de un día has pedido por favor dos cosas y te has disculpado

otra más. Sí ha de ser grande tu curiosidad.

—Casi tanto como vuestra desgana por saciarla.

—¿Alguna vez te has imaginado centro de una profecía o del parlamento de un dios?

—No. En Lungeon no hay dioses.

—Y sin embargo tú los has mentado unas cuantas veces durante el viaje.

—Bueno... Mi... mi padre...

—Tu padre conoció a uno.

—¿A un dios?

—Una diosa. Ella le habló de ti y le vaticinó tu papel en todo esto.

—En todo esto... ¿y cuál es mi papel? ¿Qué está pasando?

Los cascos de unos caballos interrumpieron la conversación e Isbreer se puso en pie como un resorte, empuñando ya su acero. Gisli y Einar llegaron corriendo a toda prisa, perseguidos por los inesperados jinetes, que no eran otros más que los miembros de la Inmorta, con toda seguridad, aquellos a los que Íveron había enviado paralelamente a él y su particular compañía. A buen seguro habían hecho ya en Cryda lo que se les había ordenado y regresaban de camino a Lungeon, pero las espadas estaban prestas en sus manos. Llegaron hasta allí una veintena de soldados, que los rodearon, despertando curiosamente en Fyorn, todo menos confianza.

El muchacho alzó la mano y avanzó un paso con timidez.

—Soy Fyorn —dijo—, miembro de la... —Se interrumpió al recordar las líneas que se trazaban sobre su emblema, las del traidor. Sin embargo, el Albor le había encomendado una misión, concediéndole una nueva oportunidad. Siendo así las cosas, ¿cómo de miembro podía sentirse de aquella legión?—. Íveron nos envió a Cryda a lanzarle una advertencia a la Dríada —dijo al fin.

Aquel que parecía estar al mando se despojó del casco y Fyorn lo reconoció al instante.

—¡Batfuld! —exclamó—. Soy Fyorn, el hermano de Eghorn. Hijo de Obrom.

—Traidor de la Inmortia, según tengo entendido.

—Mal entendido, entonces. El Albor me dio una nueva oportunidad después de salvarle la vida. Me envía a Cryda...

—¿Con estos? ¿Esta es tu compañía?

Las burlas estallaron a su alrededor convertidas en risotadas histéricas que trataban de aplastarlo bajo el peso de la humillación. Isbreer lo miraba, curiosa, imaginó Fyorn, ante el hecho de ver cómo los trataba frente a miembros de la Inmortia.

—No os dejéis... engañar por sus apariencias. Son buenos guerreros.

—¿Y dónde te ha plantado batalla la chica? —preguntó alguien entre la multitud.

Las risas volvieron a alzarse, algo más tímidas, mientras la joven hizo ademán de adelantarse, pero el propio Fyorn la retuvo, sujetándola de la mano. Ella se zafó y las burlas se intensificaron.

—Ya veis que sí le da guerra —bramó otra voz.

—Vamos, señores —intervino entonces Gisli, con su habitual sosiego—. Vosotros volvéis a Lungeon y nosotros vamos a Cryda. ¿Dónde está el problema? Toda una poderosa legión como la Inmortia no debería perder el tiempo con cuatro campesinos y un traidor, ¿no es así? Es demasiado insignificante.

—Albergábamos la esperanza de que el bosque se hubiera encargado de vosotros —respondió Batfuld, el capitán al mando—, pero dado que no es así, nosotros lo haremos.

—Oh, no os molestéis —exclamó Gisli, sonriendo.

Si nada era capaz de arrancarle a Isbreer la mueca de odio, nada parecía tampoco capaz de despojar a Gisli de su sempiterno tono jocoso.

Batfuld desmontó de su caballo, probablemente harto de las burlas de aquel tipo, y se acercó a él, con la espada apoyada sobre su hombro.

—Monta un caballo, Fyorn —le ordenó—. Volvemos a casa.

—¿A casa? —preguntó él, desconcertado.

—Dices que el Albor te ha dado una nueva oportunidad, ¿No es así? No pienso arriesgarme a que sea cierto y tener que contarle que te destrocé

cerca de Cryda. Vamos, sube.

—¡Un caballo para el muchacho! —gritó otra voz.

—Pero me ordenó llegar hasta allí y...

—Allí ya no queda nada por hacer. No perderemos más tiempo. Solo con pensar que hemos de volver a cruzar Achas se me revuelve el estómago.

Fyorn avanzó sin atreverse a mirar a aquellos que lo habían acompañado hasta allí.

—Matad al resto —ordenó el capitán.

Cuatro soldados bajaron de sus caballos al tiempo que Einar, Gisli y Harald unieron sus espadas a la de Isbreer, que no se había movido. Los aceros se saludaron y pronto la lucha empezó.

Fyorn apenas se atrevía a mirar y ni siquiera tenía claro por qué. Había llegado hasta allí con aquella gente que había deseado verlo muerto a cada paso, a los que no conocía de nada y que aún significaban menos para él. Lo habían salvado, sí, pero solo obedeciendo a unos intereses en los que él mismo había querido creer, tal había sido su desesperación. Sin embargo, ahora, visto fríamente, resultaba absurdo por completo. ¿La Inmorta dividida? Aquellos hombres venían de Cryda y no habían referido nada sobre la presencia de alguien que los ayudase allí. La Dríada, por contra, siempre había sido enemiga de la Inmorta. ¿Cómo podía haber creído otra cosa?

Volteó la cara, clavando su vista en la lucha, cuando una espada atravesó el abdomen de Gisli, haciéndolo caer de rodillas al suelo. Una patada en la cara lo tumbó y Fyorn cerró los ojos, víctima de una desagradable sensación. Aún no había subido a su caballo y se mantenía junto a la montura, observando los remaches de sus riendas.

Los gritos de Isbreer volaban sobre el choque de aceros de Einar y Harald contra sus oponentes. Resultaba impresionante ver al viejo pelear hasta el agotamiento con una destreza fuera de toda duda. En su juventud hubo de haber sido un diestro guerrero; no cabía la menor duda.

Einar había perdido la espada y los golpes en la cara se la habían desdibujado. Fyorn dejó de verlo al fin como el principito cobarde para empezar a verlo como un guerrero desposeído de lo suyo por derecho y batallando por su causa sin quejarse.

Isbreer cayó al suelo y una patada la incapacitó para levantarse de nuevo. El soldado se acercó a ella y alzó su acero, mientras ella lo miraba, iracunda. Los ojos le brillaban, pero no lloraría; Fyorn estaba seguro de

eso y no pudo más que sentir admiración. Él había temblado como una hoja en la arena del coliseo la noche de su Proditor, pero ella no titubearía lo más mínimo en acepar una muerte a todas luces injusta.

La hoja alcanzó su cénit en el cielo e inició un vertiginoso descenso que se detuvo en seco con la orden de una voz.

—¡No!

La voz de Fyorn. Resopló y anduvo con determinación hasta llegar al centro mismo del cerco trazado por los caballos.

—¿No qué? —preguntó Batfuld—. ¿Quieres hacerlo tú?

—Quiero... quiero que los dejéis en paz. —Ni siquiera él podía creer lo que estaba diciendo. Le tendió la mano a Isbreer y ella vaciló. Llegó a ponerse en pie, pero sin agarrarse a su ayuda—. Esta gente me ha acompañado hasta aquí, me han salvado la vida y.... —Le dedicó una larga mirada a Gisli y algo dentro de él se quebró—. No son... No tiene la menor relevancia que salgan de aquí con vida. Vayámonos y olvidémonos de ellos.

Batfuld paseó su mirada entre sus hombres.

—¿Quieres recuperar tu lugar en la Inmortia, chico?

Fyorn miró a Isbreer, como si esperase a que ella pudiera darle la respuesta.

—Sí, claro... —murmuró.

—Entonces hazlo tú. Mátalos tú.

—¿Pero por qué? —insistió.

—Porque soy tu capitán y te lo estoy ordenando. Obediencia ciega, chico. ¿De veras debo recordártelo? Porque si es así, quizás estés mejor fuera que dentro.

—No pienso matarlos. Esto no es... ¿Qué tiene de honorable matarlos? Son menos, están en... están en clara desventaja y....

Batfuld había bajado antes de su caballo y no había vuelto a subir sobre él. Se acercó, despacio y se plantó frente a Fyorn, que era algo más bajo.

—¿Quieres que perdonemos sus vidas?

—Creo que perdonar la vida de alguien también puede ser un acto de honor.

Batfuld asintió, pensativo.

—Muere tú por ellos —murmuró, como si hubiera dicho una nimiedad, como si hubiera alzado la vista al cielo y se limitase a observar las nubes que eclipsaban al sol de la tarde—. Diremos que tratamos de matarlos y tú te interpusiste. Ellos huyeron, pero nosotros no llegaremos sin botín; el Albor nunca nos lo perdonaría y nosotros servimos al Albor.

Alzó la mirada e hizo un gesto a uno de sus hombres, que avanzó un paso al frente y empujó a Isbreer contra el pecho de Fyorn.

—Vamos, chica, acaba con él —le ordenó Batfuld—. Está dispuesto a morir por vosotros. Es un bonito detalle.

Fyorn la miró, interrogante. Si en cualquier momento del trayecto que los había llevado hasta allí le hubieran regalado a la joven el momento de poder acabar con su vida lo hubiera hecho sin pensarlo; estaba completamente convencido, pero algo dentro de él quería creer que las cosas habían cambiado, aunque no hubiera razón alguna para eso. Ella lo había salvado y él le había dado las gracias. Una solemne estupidez en el cómputo global de todo aquello que los había enfrentado hasta ahora. Él había matado a su padre. ¿Qué pesaría más? Estaba claro.

Isbreer recogió la espada del suelo, se acercó a él y lo miró con aquella frialdad arrebatadora que lograba erizarle el vello. Fyorn había matado a su padre y ahora ella podía matarlo a él. Sería una venganza consumada. La miró largamente y aunque no supo qué era, encontró algo más en sus ojos, una chispa de complicidad que lo hizo apartarse cuando ella lo embistió y hundió su acero en el corazón de Batfuld. Y aquello fue una señal que desencadenó todo después. Fyorn tiró de las riendas de un caballo y su jinete cayó de bruces al suelo. Sin dilación alguna, cogió la espada de la vaina y, ahora sí, dudando, la hendió en su costado, arrancándole al hombre un grito ahogado.

Harald y Einar retomaron la pelea, al igual que la propia Isbreer, pero los miembros de la Inmorta eran demasiados y no lograrían salir con vida de allí.

Fyorn sintió un golpe en la espalda y luego, otro más en la boca. La sangre le dejó un sabor metálico y escupió, enfurecido, mientras soltaba tajos contra aquellos ante los que había empezado vacilando. Eran los suyos, los miembros de la legión de la que había anhelado formar parte cada día de su vida. El latigazo de rabia le dio para derribar a tres hombres, pero los golpes le llovieron después sin que fuera ya capaz de distinguir desde dónde o desde quién. Cayó al suelo y la tierra húmeda se

mezcló con la sangre en su boca. Cerró los ojos y apretó los puños. Iba a morir; eso era un hecho, pero no lo haría tendido en el suelo, rezando a los dioses y evitando un mal mayor; simplemente porque no había mal mayor. Se irguió de nuevo y la espada de Isbreer atravesó al hombre que iba a descargar su acero sobre él mismo. Alzó la vista por encima del hombro de la joven, cuya cara ensuciaba también la sangre y la suciedad, y aunque no tuvo ni la más remota idea de quién era el arquero que asomaba desde la espesura, tiró del brazo de la muchacha, arrastrándola hasta el suelo. La flecha salió proyectada a una velocidad endiablada y el cuerpo del soldado que se acercaba por detrás de ellos, se desplomó también a su lado.

Fyorn se puso en pie y tiró de Isbreer para alzarla; después, corrió entre el combate, buscando a Einar y Harald. Pero ya no fue capaz de moverse al topar con un ejército de mujeres llegando hasta allí a lomos de sus caballos. Eran acero y rabia, fuego e ira. Y sobre todo, eran más que la Inmortal, de modo que en pocos minutos, hubieron arrancado la vida a todos sus miembros. Solo entonces Fyorn pudo ver a Einar; estaba herido y exhausto, pero estaba vivo, igual que Harald.

Una mujer desmontó de su caballo y el viejo agachó la cabeza en señal de respeto. Fyorn no había estado nunca frente a ellas, pero sabía que se trataba de la Dríada.

Caminó junto a Einar y le tendió la mano para que este se pusiera en pie. El joven príncipe la aceptó sin dudarlo y le dedicó una dudosa sonrisa. Todo en su rostro invitaba a duda, pues los golpes lo habían desfigurado de manera considerable.

—Harald...

La voz de la mujer atrajo la atención de todos. La Dríada era una legión de amazonas que se ocultaban en la frontera del bosque de Achas, sin temor alguno a proscritos, hechiceros ni seres mágicos en general. Pero su apariencia física distaba mucho de lo que Fyorn siempre había imaginado: no vestían pieles ni estaban sucias. No parecían simples guerrilleras escondidas en caminos o selvas. No portaban armas rudimentarias fabricadas con palos y piedras. Lucían brillantes armaduras que se amoldaban perfectamente a sus figuras. Portaban refulgentes y afiladas espadas que amenazaban con su sola existencia y desprendían unos majestuosos halos con los que ni siquiera la Inmortal podía soñar.

La mujer caminó hacia Harald, a quién además parecía conocer bien, y se agachó ante el cuerpo sin vida de Gisli. Acarició su rostro y le apartó el pelo de la cara, despejando la sangre que antes lo había ensuciado. ¿Sería, acaso, otra hechicera?

—Un merecido descanso, sin duda —musitó.

Harald la miró y Fyorn no supo si estaba de acuerdo con aquella observación. Probablemente el hombre mereciera descansar, pero no morir.

Después, la mujer volvió a ponerse en pie y se giró, mirando a Fyorn con una expresión curiosa. Sus labios esbozaron una sonrisa fascinada mientras se acercaba, al tiempo que Einar e Isbreer la saludaban con una reverencia. Solo en ese momento, Fyorn reparó en que parecía enferma; irradiaba menos luz que las demás, estaba pálida y surcaba la parte inferior de sus bonitos ojos de color ocre, unas ojeras profundas.

—¿Tú eres el hijo de Obrom? —preguntó.

—¿Conocías a mi padre? —quiso saber él.

—Lo conocí muy bien. Mi nombre es Kymbhill.

—Kymbhill —murmuró Fyorn—. Como la diosa del fuego...

Guardó silencio y buscó a Harald con la mirada. El viejo había llegado a explicarle que su padre conoció a una diosa, la misma que le había hablado de él como el objeto de una profecía o vaticinio. ¿Podría tratarse de ella? Pensar en esa posibilidad le resultó increíble. Kymbhill era uno de los dioses olvidados de la antigüedad, prohibidos en Lungeon, donde todo se sostenía sobre las Columnas del Orden, y relegados también en buena parte de los territorios de Deonah tras el denominado Quebrantamiento, cuando los antiguos hechiceros de Fortaleza habían oscurecido una magia por aquel entonces al alcance de todos, liberándola contra el mundo de manera descontrolada. Aquello marcaría un antes y un después en Deonah: los dioses desposeyeron a los humanos del don de la magia y el mundo se resquebrajó, dividiéndose en tres regiones con intereses alejados unas de otras y con dioses propios más cercanos a ellas.

Poco se hablaba ya de los dioses comunes y, desde luego, menos serían aún los que pensasen que continuaban caminando a través de los senderos de Deonah, mezclándose entre mortales como lo hicieran una vez.

Pero aquellas no habían sido las únicas consecuencias del Quebrantamiento.

Kymbhill acarició el rostro de Fyorn y el muchacho sintió un calorillo que sanó todas sus heridas al instante.

—Te pareces poco a tu padre —observó, sonriendo—. Te pareces más a

mí.

Fyorn alzó la mirada, incrédulo, absorto, desconcertado y sorprendido a partes iguales.

—¿Qué quieres decir? —logró preguntar.

Buscó a Isbreer, a Einar, a Harald. Todos guardaban un solemne silencio.

—Es hora de que las espadas cedan lugar a la conversación —respondió Kymbhill—, pero no deseo que sea aquí, entre cadáveres que tiñen el bosque de sangre y lo alzan con olor a muerte. Vamos, venid conmigo.

Capítulo 12

12. La legión de los dioses

Cryda les había dado un dudoso recibimiento. Si todo cuanto había oído sobre la Dríada no había hecho justicia a la auténtica legión de amazonas, lo que había oído sobre Cryda sí lo había hecho. Aquella no era más que una pequeña aldea de pastores y pescadores, de campesinos y gente humilde, de mirada recelosa y pose encorvada, atemorizada y desconfiada. Pero acostumbrada, aparente y gratamente a la presencia de la Dríada.

La escabechina de la Inmortia no pasaba inadvertida, aunque probablemente la legión de amazonas había reducido el efecto.

Kimbhill los condujo a través de las viejas calles que ni siquiera estaban empedradas hasta una humilde casita de barro que en nada se diferenciaba al resto, por más que en su interior morase una diosa.

Cuando Fyorn se dio cuenta, allí solo estaban ella, Harald y él. Einar e Isbreer habían desaparecido, probablemente con el resto de la Dríada, que les darían el acogimiento que habían vaticinado.

—Tal vez quieras antes darte un baño o comer algo —dijo Kymbhill.

—No. Habrá tiempo.

A Fyorn ya no le preocupaba camuflar su curiosidad, la misma que lo estaba devorando por dentro.

—Te ofrecieron regresar a casa y olvidarte de todo —intervino la voz ronca de Harald—. ¿Por qué no aceptaste?

Kymbhill lo miró, sonriendo, como si tuviera la misma curiosidad que el viejo por conocer la respuesta.

—Quería saber qué había en Cryda, además de la Dríada.

La diosa y el anciano se miraron y el hombre le cedió de nuevo el protagonismo a ella.

—El Quebrantamiento tuvo otra consecuencia, además de las ya conocidas —dijo—. Los guerreros de Fortaleza anhelaban ser los más fuertes de Deonnah, invencibles. Pero la Inmortia era una legión inmortal y ante eso, ellos nunca podrían. El estallido de la magia oscura hizo mucho daño, pero

su principal fin fue el de arrebatarse la inmortalidad a la legión del dios que andaba en la tierra. Y lo lograron. Tras eso, sumaron a sus filas a la peor calaña de Deonah: mercenarios, asesinos, verdugos, delincuentes... y se hicieron llamar la Inmortal. Durante años persiguieron y acabaron con sus verdaderos miembros.

—Eso no puede ser cierto —trató de justificarse Fyorn—. Ese no es nuestro origen.

—Sí lo es —respondió ella, con sosiego—. De ahí provenís, de la sangre y el acero.

»Los treinta y dos miembros de la Inmortal, la verdadera, yacen enterrados en el bosque de Ahas. Tú has visto el camposanto. Allí los sepultaron, a todos, salvo a cuatro.

Fyorn miró a Harald, horrorizado.

—Yo mismo, muchacho —confirmó él—. Gisli, Raynork, el padre de Isbreer. Y ella misma. Somos los únicos que no yacen enterrados allí. Logramos huir y llegar hasta la isla de Panteón, donde pudimos hablar con los magos y narrar la situación. Allí contactamos con los dioses mediante el Oráculo y nos apremiaron a esperar. Después volvimos a Lungeon, cada uno por su lado, y nos perdimos la pista durante largos años; tantos como para olvidarnos unos a otros.

—Los dioses enviaron a la Dríada —continuó la diosa—. Debíamos recuperar a la Inmortal, una de las legiones sagradas, y para ello, el primer paso consistía en derramar la sangre de los impostores. Toda. Por eso iniciamos una guerra contra ellos. Por eso ellos nos temen, Fyorn.

—¿Saben todo esto? ¿Acaso soy el único imbécil que no tenía ni la más remota idea en Lungeon?

—El Albor lo sabe. No creo que todos lo sepan; ni siquiera la mayoría.

—¿Y cómo lo supo él?

Los nervios de Kymbhill se mantenían imperturbables, pero los de Fyorn estaban a punto de explotar. No podía creer nada de aquello; por momentos sentía que la pierna debía de haberlo arrastrado a algún tipo de demencia febril y que pronto despertaría, que toda aquella fantasía se derrumbaría sobre la verdad. La única verdad, la que siempre había conocido.

Pero si algo había confirmado en los últimos tiempos era que todo siempre sería susceptible de empeorar. Y lo corroboró de nuevo cuando Kymbhill

continuó hablando:

—Buscando derramar la sangre de los impostores me acerqué a Obrom. Hombre equivocado. Debía ser el primero en empezar a saldar la deuda, pero me enamoré de él, un amor prohibido y castigado. Él estaba casado y tenía ya un hijo, pero aunque tratamos de relegar el sentimiento, no pudimos. —Kymbhill empezó a sollozar y su aspecto enfermizo se acentuó—. Sin desentenderse nunca de su pequeño, dejó a la hija de aquel que se hace llamar Albor y se entregó por completo a lo nuestro, aun conociendo los riesgos existentes si nos descubrían.

Cada palabra que brotaba de los labios de la diosa, multiplicaba la incapacidad de Fyorn para moverse, para respirar, para parpadear. Nunca nadie le había explicado la causa exacta de la muerte de su padre; no había hecho falta. Obrom salía a incursiones y batallas, como cualquier otro soldado de la Inmortalia y una vez no regresó, como muchos otros. Fyorn nunca había dudado de que hubiera muerto durante una escaramuza, una emboscada o mil posibilidades más para un guerrero, pues si de algo iba sobrada la Inmortalia era de enemigos. Nunca había contemplado otra opción. Su padre había enfermado, sí, como también habían enfermado muchos otros, pero nunca una dolencia lo había postrado en cama ni alejado de sus obligaciones con la legión. Obrom murió lejos de Lungeon; lejos del Campo de los Honores, donde se enterraba a todos aquellos que morían durante la batalla, fuese esta donde fuera.

—¿Qué riesgos? —balbuceó, pensativo—. ¿Qué riesgos comportaba vuestra relación?

—Un humano y un dios no pueden amarse... Nos entregamos a un espejismo, una efímera ilusión, pero dimos un paso más y eso tenía consecuencias.

—Un paso más... Yo.

—Eso es. El hijo de un mortal es motivo de desgracia para un dios. El hijo de un dios es razón de castigo para un humano. Pero ninguno de los dos quiso renunciar a ti. Sabíamos que serías capaz de algo muy grande y que aunque incomprendida, tú podías ser la respuesta de los dioses que tanto habíamos esperado.

—¿Respuesta, yo? ¿Para qué?

—Para recuperar a la Inmortalia, Fyorn. No son esos hombres que moran en el Bastión, destrozando pueblos y gentes. No son ellos. La Inmortalia es la legión de los dioses; no la del acero. Incluso tu padre lo entendió. Él cuestionaba continuamente cada acto, cada palabra del viejo. El látigo

marcó su espalda como la rúbrica sangrienta de una justicia muda.

Y ya no pudo preguntar nada más. Eran tantas las dudas que se agolpaban en su garganta que las unas no dejaban paso a las otras. Y la angustia por la situación de su padre, por el sufrimiento y el silencio con el que lo había protegido toda su vida, lo embargó de emoción.

—Llegué a este mundo con la misión de recuperar a la Inmortia, la legión del dios Eladht. Erré con un humano. Él murió, como consecuencia de una larga enfermedad seis años después. El castigo. Yo soy indigna de pisar la isla de Panteón y la morada de los dioses. La desgracia. Me consumo en una mortalidad temprana y la Dríada quedará descabezada. A menos... A menos que nuestro hijo termine lo que nosotros empezamos.

—Derramando la sangre de los impostores... ¿Tengo que matar a toda la Inmortia?

—Me temo que no hay otra forma.

—Mi hermano forma parte de esa legión. Eghorn es un buen hombre.

—Lo siento, Fyorn.

Kymbhill desenvainó con suavidad la espada que llevaba cruzada en la vaina en su espalda y se la mostró a Fyorn, con orgullo.

—Quisiera que fuera tuya, que la empuñes y guíes a la Dríada hasta que puedas tomar la Inmortia. Después, ambas serán tus legiones, pues aquel que las alza las comanda y una legión es más necesaria en la tierra que en la morada de los dioses. Así lo entendería Eladht.

—Son legiones divinas, es lo que has dicho, ¿no?

—Tú eres el hijo de una diosa; no un dios completo, pero sí...

—Un semidiós —completaron los dos al unísono.

No recordaba haber vivido jamás una noche tan serena. El sol se había sumergido en el horizonte, engulléndolo las aguas del mar de Ítala, allá donde debía de encontrarse la isla de Panteón, cuna sacra de la magia en

Deonnah.

Las estrellas punteaban un cielo de terciopelo y el fuego sereno de los candiles iluminaba las pequeñas ventanas de aquellas modestas casitas.

Fyorn permanecía sentado sobre un viejo tronco derrumbado en la base de la montaña. Desde allí podía distinguir el brillo de la luna sobre las aguas del mar. Con esfuerzo, lograba abrir pequeñas treguas en su mente para disfrutar de todo aquello que siempre le había pasado inadvertido, que siempre había quedado eclipsado tras las hojas de las espadas, los brocales de los escudos y los campos de batalla. Pero eran solo débiles suspiros que no lo aislaban de una realidad difícil de digerir. Por primera vez se preguntó por qué nunca se había interesado por su madre, cómo una figura tan importante le había pasado completamente inadvertida. Tenían razón aquellos que siempre habían asegurado que el Albor había hecho un buen trabajo con él, pues no solo había invertido cada instante de su existencia en agradar al viejo, sino que había conseguido también que la guerra y el odio rellenaran cada hueco en su vida.

Ni siquiera se inmutó cuando las figuras de Einar e Isbreer tomaron asiento a sendos lados de él.

—Kymbhill dice que ya lo sabes todo. —La voz del príncipe de Lungeon quebró aquel inusual silencio—. ¿Cómo estás?

—¿Tú también lo sabías? —preguntó él, sin mirarlo.

—Solo hace unos pocos años desde que la Inmorta llegó al Bastión y mató a mi padre, arrancándolo del trono. Pero todo lo que tu madre te ha referido data de muchos más años atrás, según sé. Al rey de Lungeon se lo contó un tipo llamado Raynork.

—¿Y cómo lo sabía él?

—Era mi padre —respondió la joven—, miembro de la Inmorta. Los dioses le hablaban.

Fyorn suspiró hondamente sin atreverse a mirarla.

—Él nos dijo que en Lungeon vivían dos miembros más de la antigua Inmorta, la verdadera, además de él mismo y su hija. Pero a aquellas alturas, ellos ni siquiera se acordaban los unos de los otros, tras largos años vagando entre penurias por Deonnah.

—Hasta que yo se lo conté todo —volvió a decir la muchacha—. Gisli y Harald esperaban cada uno una señal de los dioses, un paso de los magos. Ignoraban todo cuando había sucedido entre la diosa y tu padre.

Pero el mío sí lo supo.

—Raynork lo supo siempre —repitió Einar—, pero había que esperar a que te convirtieras en un guerrero hecho y derecho con capacidad para acabar con los impostores. Paradójicamente, esos debían ser quienes hicieran de ti ese guerrero.

—Por eso él ni siquiera intentó defenderse durante la prueba en la que tú... —La voz de Isbreer se quebró.

Fyorn se llevó las manos a la cara y así se mantuvo durante unos segundos.

—No entiendo por qué el viejo no me mató si sabía quién era yo. Porque lo sabía, ¿verdad? Todos lo sabían.

—No, no todos —respondió Einar—. Además, eras el hijo de una diosa, el riesgo era muy grande si la furia de estos se desencadenaba sobre él. Pero se lo pusiste fácil demasiadas veces, Fyorn; la última de ellas, con el Proditor. Ahí hubiera sido tu hermano el que te matase, no él. Por eso buscó mil formas de arrastrarte al Ritual por eso te envió, después, a un suicidio seguro.

—No tan seguro...

Fyorn sonrió y colocó una mano sobre su hombro.

—Siempre supe que eras la única oportunidad que tengo de recuperar mi trono y de restablecer las cosas en el Bastión, en Lungeon e incluso en la Inmortia. Después de lo sucedido en la noche de tu Proditor, el viejo ordenó buscar despojos que te acompañasen, prometiéndoles la libertad. Por eso tu hermano nos reunió.

—Despojos... y ahí estabais vosotros, ¿no?

Isbreer lo golpeó, con una sonrisa tímida a la que él respondió.

—Era previsible a quiénes escogerías entre nosotros y unos tipos algo más apetecibles para una misión así —dijo el príncipe—. Y también lo era pensar que no permitirían que te acompañasen los mejores.

—Una chica, un principito desvalido, un viejo y un manco —intervino Isbreer. Fyorn la miró por primera vez aquella noche y la vio distinta. Había tomado un baño y su cabello, siempre encrespado y sucio, caía ondulado sobre su espalda. Sus ojos parecían más claros cuando no los ensombrecía el odio. Incluso, a la penumbra de la noche, Fyorn juraría

que era hermosa—. El panorama era fácilmente mejorable.

—O eso creían ellos —respondió él.

—Eso creían —confirmó ella.

—No debemos tardar en retomar el rumbo a Lungeon, Fyorn —concluyó Einar, poniéndose en pie—. Sé que tienes buen encaje, así que digiere todo lo que has sabido y honra a quienes de verdad lo merecen: tus padres sacrificaron todo para que tú estés aquí.

»Tu padre no abandonó la Inmortia porque si nacías bajo su seno, estarían obligados a protegerte, a cuidarte y a hacer de ti un guerrero. Él mismo trató de hacerlo hasta el final.

»El viejo temía cada evolución en ti, cada tarde de gloria en el coliseo. Fuiste el miembro más joven de la legión y él sabía que no era casualidad. Por tus venas corría la sangre de una diosa. Pero no podía hacer nada; apresado por sus propias leyes y por el miedo a los actos divinos.

Fyorn no dijo nada y Einar se marchó, perdiéndose despacio entre las sombras de Cryda.

—Eso es exactamente lo que me contaba mi padre.

Los ojos claros del muchacho siguieron fijos en Einar, que ya apenas era un bulto moviéndose en la negrura, para no tener que mirar a Isbreer. Pero no posar sus ojos sobre ella, no lo asilaba de nada, salvo de su propia vergüenza.

—Tengo la sensación de que no he controlado absolutamente nada en mi vida —dijo al fin—. He pasado mi existencia dejándome el alma por los ideales de otros, unos ideales de mierda, odio, sangre... y acero. Todo equivocado. Todo del revés. Todo mal. Entre todo eso, maté a tu padre y créeme que lo lamento.

—Te creo. Ahora sí.

—Volverá a vivir cuando la Inmortia se alce, ¿no?

—No. Mi padre fue enterrado en una fosa común, en Lungeon. No en tierra mágica, como el resto. Ni él ni Gisli regresarán.

Fyorn bajó la cabeza y suspiró profundamente. Ni siquiera se atrevió a preguntarle quién era su padre, pues no deseaba saber durante qué ejercicio de la instrucción había acabado con su vida.

—No pienses más en eso. —La miró, cuando Isbreer habló—. Todos aquí teníamos nuestro papel, nuestro sacrificio. Él estaría orgulloso.

—Él no sé. Yo, no.

—Resulta curioso verte... impregnado de humildad, aceptando errores y despojado del desafío intrínseco. Verte... triste.

Isbreer distinguió un brillo nuevo en los ojos de Fyorn. Por primera vez no era ira ni odio, sino algo que la hizo compadecerse de él. Alzó la mano tímidamente y la pasó sobre sus hombros, atrayéndolo hacia sí. Lo abrazó y el silencio desgranó los minutos sin que ninguno de los dos se moviera.

—Tengo una duda —murmuró él un rato después.

Permanecía con la mejilla apoyada sobre el hombro de la joven y solo en ese momento reparó en que la mano de ella descansaba sobre la de él.

—Dime... —respondió Isbreer, en idéntico tono de voz.

—Te abalanzaste sobre mí cuando mataste a Batfuld, el capitán de los impostores en el bosque. ¿Ibas a matarme o a apartarme?

Isbreer guardó silencio y Fyorn alzo la cabeza para mirarla, tratando de descifrar aquel mutismo que no le revelaba nada. Sus ojos se encontraron en un lazo nuevo y familiar al mismo tiempo.

—¿Importa eso ahora?

—Un poco...

Fyorn sonrió y le acarició la mejilla a la joven, apartándole un mechón de pelo que la brisa nocturna le había cruzado en la cara. Tragó saliva, espoleado por las sensaciones que aquella cercanía generaba en él. Nunca había prestado demasiada atención a las chicas, absorbido por su obsesión con la espada. A Isbreer había llegado a odiarla de veras, casi tanto como ella a él. Y sin embargo, ahora estaban allí los dos, al amparo de la noche testimonial, en Cryda a punto de besarse.

Fyorn se acercó, despacio y ella reculó, colocando su mano sobre los labios de él.

—Has estado toda tu vida engañado, Fyorn —susurró la muchacha—. Y ahora que sabes la verdad, puedes resarcir mucho del daño que has hecho. Pero yo no puedo... no puedo hacer esto con...

—Con el asesino de tu padre.

Isbreer cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. Hubiera elegido otra forma para decir las cosas, pero supuso que finalmente hubiera dicho lo mismo.

—Bueno, yo...

—Tienes razón. Lo siento.

Apretó con fuerza la mano de ella y se puso en pie, regresando entre las sombras hasta la modesta casita de su madre, la diosa del fuego.

Capítulo 13

13. La última sangre

No sabía qué era, pero hasta los caballos de Cryda eran distintos a los de Lungeon; tal vez algo más altos; puede que más rápidos. ¿Serían también los caballos de los dioses? No importaba.

Se volteó mientras avanzaba y reparó de nuevo en el rostro enfermo de Kymbhill, que se había enfundado una gruesa capucha para afrontar los rigores de Lungeon. Detrás, la Dríada. Resultaba curioso y paradójico al mismo tiempo: el viejo se había pasado la vida menospreciando a las mujeres, convirtiéndolas en objeto de distracción para sus soldados. Y ahora sería un ejército de amazonas el que acabase para siempre con su gobierno. De pronto sentía como si la vida los golpease con todo aquello a lo que habían querido hacerle daño y una parte de él mismo, se alegraba. Miró a Isbreer y ella lo miró a él, fugazmente.

Habían rodeado el bosque de Achas a través de unos angostos senderos que Fyorn desconocía y que, a buen seguro, al viejo le parecerían oro si supiera de su existencia, pero nunca lo haría. El trayecto, además, les había permitido recortar considerablemente el tiempo hasta regresar al frío crudo de Lungeon

Aquella tarde los recibió una fuerte nevada que había borrado los escasos rastros verdes de la llanura. Al fondo, la mole negra del Bastión se alzaba, imponente y ajena a todo cuanto había descubierto.

Habían refrenado la marcha entre la espesura para concederle a su llegada un factor sorpresa que impidiera a la Inmortia preparar la defensa.

Fyorn observaba la espada que su madre le había entregado y, cuya brillante hoja le devolvió el reflejo de la mujer tras de sí. Bajó el arma y se mantuvo inmóvil cuando ella se puso a su lado. La miró, mientras ella le acariciaba el rostro.

—Hemos crecido lejos, Fyorn. Pero he estado más cerca de lo que crees.

Estaba enferma y algo en su interior le gritaba lo que debía sentir pro ella; lo sabía perfectamente, pero otra parte se rebelaba ante un silencio, el suyo, que a la postre, había terminado siendo cómplice del Albor y de la falsa Inmortia.

—Ojalá hubiera sabido todo esto mucho antes —respondió, bajando la cabeza—. A tiempo de evitar tantas y tantas cosas.

—Debías ser lo que eres, hijo. Él te teme. Por eso te ha odiado siempre. No podías ser otra cosa. No podías ser otra persona. Albergas poco parecido físico con tu padre, pero interiormente eres como él. Siempre lo decía.

—Tengo dieciséis años. Cuando él se marchó de mi lado, apenas había cumplido los seis. Él no tendría ni idea de cómo soy ahora. Y no estoy demasiado seguro de que le hiciera sentir orgulloso.

—Nos has escuchado. Y ahora estás aquí, liderando a la Dríada para recuperar a la Inmorta, que te seguirá ciegamente como muestra de tu poder, de tu buen hacer.

—Será mejor que nos vayamos ya —concluyó Fyorn, suspirando.

Kymbhill se acercó y sujetó su cara, lo besó en la frente y le dedicó una sonrisa apagada y mortecina.

—¿Qué pasará contigo? —quiso saber él, compungido.

—Cruzaré la frontera, junto a tu padre. Volveremos a reunirnos y miraremos con orgullo a nuestro hijo, entre las nubes.

—Suenan muy idílico. Demasiado.

—La vida no es idílica, Fyorn. ¿Por qué no habría de serlo la muerte? Te quiero, hijo —añadió tras un largo silencio.

Desapareció, envuelta en su oscura capa y fundiéndose con un bosque que la engulló para siempre. Fyorn hubiera querido detenerla, gritarle que también él la quería, pero no era cierto. Aunque en el fondo le debiera tanto, aquella mujer era solo una desconocida para él.

La Dríada llegó hasta Lungeon convirtiendo la blanca llanura en una mancha negra que atrajo la atención de todos. Ni siquiera la habían visto aparecer hasta que la tuvieron encima, como una amenaza latente y vívida.

Fyorn reconoció algunos rostros entre los sorprendidos soldados y lamentó haber de ponerle fin a más de una vida. Por primera vez la idea de un castigo divino surcó su mente. Esa sería su penitencia, pues no podía hacerse tanto daño sin haber de enmendarlo después y él había hecho de la sangre un líquido tan vital como el agua.

Desenvainó su espada y la alzó hacia el cielo plomizo de Lungeon, que bramó en un trueno ensordecedor.

—Vengo a devolverle el trono a su legítimo rey —dijo gritando—; el honor, a su legión y la libertad, a su gente.

Los cruces de miradas evidenciaron un desconcierto total. Fyorn se sentía mucho más tranquilo de lo que hubiera imaginado y solo la hipotética imagen de su hermano, apareciendo entre aquellos rostros, le hacía temer un derrumbe de esa seguridad. Pero no veía a Eghorn por ninguna parte. Y pronto, la calma confusa que los había recibido se transformó para arrancarle aquellos pensamientos.

Una gigantesca ola de soldados montados a caballo recorrió el llano al encuentro de la Dríada. El viejo no había querido prolongar demasiado la espera. Fyorn se puso el casco que había llevado amarrado a las alforjas del caballo y se adelantó unos pocos pasos.

—¡Preparada, Dríada!

Se volvió ligeramente y observó a Einar e Isbreer listos para la batalla. Y esta estalló, furiosa.

La estampida fue brutal entre los dos ejércitos y los gritos entretejieron un techo de acero entre ellos y el cielo. La lluvia descargó sobre sus cabezas, uniéndose a la épica de un día memorable.

Fyorn actuaba por instinto, tratando de no prestar atención a los rostros. No había identidades ante él, solo la representación de un acto cobarde y traicionero, cruel e injusto, pero a medida que su acero hablaba por él, las fuerzas del argumento amenazaban con caérsele encima. Aquellas personas ni siquiera conocían los orígenes de la Inmortalia; solo habían luchado en el intento de formar parte de la legión más poderosa de Deonnah. Pero en nombre de eso habían cometido auténticas atrocidades. ¿Valía un puesto en la legión la vida de tantos inocentes? La batalla interna lo tuvo entretenido hasta que los gritos se apagaron y la propia guerra se murió. No sabía cuánto tiempo había durado la lucha, pero el negro había engullido la luz del cielo, como la lucha había engullido la vida.

La nieve era un manto de sangre y armaduras, de piel y espadas rotas. Y las figuras que quedaban en pie eran tan escasas que el combate se dio

por concluido. Muchos agonizaban, pero no verían nacer la luz de un nuevo día.

Unos pasos crujían sobre todo aquello que se encontraba en su camino, sin importarle a qué o a quién pertenecía. La figura del Albor nunca le había parecido tan poderosa como en aquella aciaga tarde de derrota. Así era como Fyorn la sentía. Habían muerto todos bajo la implacable espada de la Dríada, cuya legión se mantenía al completo, al amparo de la inmortalidad que las abrazaba; la legión de una diosa, pero en aquella jornada nadie podía sentirse victorioso.

—Sabía que este día llegaría —murmuró el viejo.

Sostenía su costado con la mano, aunque Fyorn lo achacó más a una posible dolencia que a una hipotética herida. Dudaba que hubiera luchado junto a los demás, pues hacía ya largo tiempo que Íveron no tomaba parte en las batallas.

—Sabía que llegaría —volvió a decir, como si lo repitiera para sí.

—Y aun así no pudiste evitarlo.

—¿Acaso puede evitarse el vaticinio de un dios?

—Cuando el vaticinio de un dios es un crío, mortal y a tu merced, me parece bastante fácil haberlo evitado. Pero supongo que había muchos otros caminos para no llegar a esto.

—Te horroriza haber de matarme, ¿verdad? —preguntó con ironía.

—A ti, no.

Fyorn paseó la mirada a través del campo de batalla. No quedaba nadie con vida o al menos, nadie capaz de mantenerse en pie. Eghorn había de estar allí, alguien debía de haber acabado con él, pero constatarlo lo apremiaba tanto como lo asustaba.

—Vamos, chico.

Íveron extendió los brazos, sabedor de que su destino era ya inevitable—. Hazlo, acaba conmigo.

Fyorn lo miró y ante sí no tuvo, de pronto, al más alto rango de la Inmorta, sino a un pobre viejo enfermo y demente, insaciable de poder y de sangre. ¿Qué clase de honor residía en dar muerte a alguien así?

Trató de aunar en su mente cada castigo, cada humillación, cada bofetón

y cada latigazo; no ya solo a él, sino a su hermano y a su padre.

—Vamos, Fyorn —lo apremió Isbreer—. Él no vaciló nunca. No lo hizo para hundir su espada en el corazón del padre de Einar.

—Tampoco él vaciló para hacerlo en el de tu padre —respondió el viejo.

Sus palabras prendieron la rabia en Fyorn, que arrancó a caminar en largas zancadas hasta atravesar a Íveron con su acero. No había honor en dar muerte así, pero no todo en la vida debían ser causa de honor; algunas simplemente debían serlo de justicia. Y con la muerte de Íveron se derramó la última gota de sangre en la impostora Inmortia.

Cayó de rodillas junto a Íveron y el viento sacudió su pelo, su capa y su ánimo. Detectó otra sombra acercándose y se puso en pie con el corazón a mil. Miró su espada, hundida aún en el pecho del viejo y aunque batalló con la necesidad de recuperarla, finalmente no lo hizo.

Magary rebasó cadáveres con cuidado y tras un largo silencio de interrogantes miradas, se abrazaron con fuerza. A pesar de su condición de esclava, Fyorn nunca había dudado del amor de Magary hacia su hermano y verla allí, llorando, constató lo peor, lo que ya sabía. O más bien, lo que creía.

—Hay algo que quiero darte —le dijo ella.

Extendió los brazos y Fyorn recogió algo envuelto en una tela familiar: la capa de Eghorn se retorció alrededor de una bonita daga que también reconoció.

—Era de mi padre... —murmuró emocionado—. Y la capa...

—La capa era de Eghorn.

—¿Cómo ha podido él...?

—Tu hermano no ha muerto esta noche aquí. El viejo le alzó un Proditor hace días. Eligió morir.

Fyorn negó con la cabeza y reculó un par de pasos.

—Eso no tiene sentido. Siempre... siempre me apremió a elegir destierro y además él... él era intachable; él nunca se hubiera ganado un Proditor y...

—Fyorn, fue él quien te salvó la noche de tu ritual. Él quien contactó con los seres mágicos del bosque para provocar la tormenta. Lo supe esa misma noche, él me lo contó. El viejo me lo sonsacó y... Ahora lo

entiendo, Fyorn. Tu hermano sabía que debía morir. Él me dejó una carta explicándomelo todo. Hasta la última sangre de la Legión de Acero.

»Quería que la leyera si él algún día... Si algún día no regresaba a casa, como siempre dijo.

—Lo delataste... —murmuró, incrédulo—. Él me ayudó y tú lo vendiste.

—No...

—No puedo creerlo, Magary....

—¿Hubieras preferido tenerlo aquí esta noche? —gritó ella, furiosa.

Su rostro llevaba bañado en lágrimas desde que había aparecido entre las sombras. Y Fyorn ya no se atrevió a decir nada más. Ya no quiso decir nada más.

Adentrarse en Achas con la Dríada no era lo mismo que adentrarse en Achas con tres compañeros, por más aguerridos que esto fueran, por más valerosos.

Llegar al camposanto les había exigido apenas unas dos jornadas y media, y en ese tiempo, Fyorn no había logrado olvidar nada de lo vivido ni atenuar el dolor ni serenar el recuerdo.

—Es el momento, muchacho.

Leherna era una de las guerreras de la Dríada, la legión de la diosa Kymbhill, y su voz grave lo sacó de aquellos pensamientos asesinos.

Se adelantó un paso y sintió el alma encogida al profanar el camposanto donde descansaba la Inmortia, la auténtica legión del dios Eladht. Algunas lápidas eran relativamente nuevas, mientras que otras habían contemplado demasiados inviernos dando descanso a sus guerreros. Treinta y dos tumbas que no albergaban a los treinta y cuatro miembros que habían fallecido de aquella legión que había llegado hasta la isla de Panteón y que había paseado protegiendo a su dios sobre las vastas tierras de Deonah antes de que Fortaleza lo hiciera estallar todo por los aires, quebrando, incluso, el mundo.

Dejó caer el guante de Íveron, el mismo con el que el viejo había tratado inútilmente de taponar su herida. Estaba impregnado en sangre y era la

última.

Sintió que el suelo temblaba, que el bosque se sacudía y que los árboles caídos se alzaban en señal de respeto. Las piedras de las tumbas cayeron, la tierra se apartó y de entre sus húmedas entrañas emergieron soldados tan terroríficos como imponentes, hombres y mujeres. Sus pieles pálidas hablaban de años privados de luz, de libertad; sus cicatrices susurraban historias sobre heridas mortales, pero en sus ojos empezaba a brillar la luz de una nueva esperanza en el mismo instante en el que el sol despuntaba en el horizonte. Fyorn los miró, atónito. Se giró y observó a Isbreer, tan emocionada como Einar. Extendió la mano y ella correspondió, apretando las suya y acercándose a él.

Uno de los guerreros avanzó hacia Fyorn y saludó a Lehera con la cabeza.

—Me llamo Osrakh —se presentó, desde una voz grave y profunda—, capitán de la Inmortia.

Fyorn tragó saliva y apenas se atrevió a sostenerle la mirada.

—Yo soy Fyorn...

Su presentación, que siempre había alzado miedo a su alrededor, le sonó de pronto tan ridícula que agachó la cabeza, avergonzado.

—Nuestro general —murmuró el hombre.

Clavó la rodilla en el suelo, como la clavaron también todos aquellos que se habían alzado con él. Y los miembros de la Dríada. Y allí solo él quedó en pie, él mismo junto a Isbreer y al heredero al trono de Lungeon.

—Pero... Eladth es vuestro dios —respondió él, abrumado.

—Eladth regresó a la morada de los dioses. —Osrakh se puso en pie de nuevo y lo miró desde un rostro paternal—. En Deonnah, tú eres nuestro general.

Tragó saliva y ni así logró deshacerse del nudo en la garganta. Cuánto había costado llegar hasta allí; cuanta sangre inocente había regado un camino eterno. Eghorn y su padre lo apremiarían a mirar hacia adelante y tratar de guiar a aquellos soldados a través de un camino honorable, pero a él no le resultaría tan sencillo establecer un punto de partida, forjarse una nueva voluntad y un nuevo ideal soterrando todo cuanto dejaba atrás.

Alzó la mirada sobre las cabezas de aquellos soldados y topó con los ambarinos ojos de un oscuro animal: el draugar. Ya se las había visto con

él, pero no volvería a hacerlo. El lobo que custodiaba el descanso de los grandes guerreros inmortales se perdió entre las sombras de Achas y el primer rayo de sol del nuevo día, incidió en el centro mismo del camposanto.